

REVISTA CONTEMPORANEA

MADRID: 1877.
TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA CONTEMPORÁNEA
PIZARRO, 15, BAJO.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO

AÑO II—III—TOMO VII

ENERO—FEBRERO 1877



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJOS

PARIS, 49, RUE RICHER

BUENOS-AIRES

Jacobsen et Soederstedt

HABANA

A. Chao y Compañía.

VENEZUELA

J. M. Larrazabal.

REVISTA

CONTEMPORANEO



OPINIONES
MARTÍN BARRO, J. L. BARRIO
L. BARRIO, J. L. BARRIO

EL TÚNEL.

Más olvidadizo que Cervántes cuando no queria acordarse del lugar de la Mancha, donde vivia el más sublime de los locos, no quiero acordarme ni de la provincia, ni de la línea del ferro-carril, ni de la estacion donde tiene comienzo la presente historia, y á donde el lector aficionado á los viajes fantásticos puede, si gusta, seguirme por el etéreo-carril de la imaginacion. Desde su blanda y somnífera butaca, sin más gasto que un céntimo de paciencia, ni más equipaje que un milígramo de curiosidad, llevado por la locomotora psico-eléctrica del pensamiento, podrá, durante algunos minutos, hacer un viaje de recreo, con billete de ida y vuelta, entre el mundo real y el ideal, sólo con encajar las ruedas de sus pupilas sobre los negros rails de estos renglones y seguir el impulso de mi palabra. El viaje será cómodo, rápido, sin tropiezo ni descarriamiento, á pesar de ser á través de este rincon y esquina del viejo continente que se llama España.

¡En marcha! ¡Alto!

¡Veinte minutos de parada y fonda! Cambio de tren.

Nos hallamos, errante lector, en una estacion cuyo nombre, como de costumbre, se ha comido el mozo anunciador. Está situada en una de las líneas del Norte que empalman con la de Madrid á Irun, esa arteria que con sus dos férreas paralelas nos enlaza al cuerpo de la civilizacion, salvo cuando la católico-apostólico-vascongada mano carlista la corta, interrumpiendo la circulacion del oro y las ideas, sangre vital que el corazon de Europa nos envia.

Por demasiado visto no merece los honores de la descrip-

cion, ni el anden con su incesante ir y venir de hormigas humanas cargadas de fardos, cajones, sacos y mundos; ni la confusión babélica de gritos, saludos, despedidas, campanadas y silbidos, interrogaciones é interjecciones; ni las escenas grotescas y dramáticas de familias que se deshacen con la partida ó se completan con la llegada; ni los cuadros del hambre en la mesa redonda, ni los dibujos á la tortilla, por no decir al pastel, junto á la ventanilla del despacho; ni los tipos de todas formas, sexos, edades, trajes, países y condiciones, que están pidiendo el lápiz de un caricaturista que perpetúe su extravagante originalidad; ni la arquitectura rectangular, geométrica, reglamentaria y, por decirlo así, de uniforme, que hace casi iguales en el fondo (aunque no en la fonda) á todas las estaciones inglesas, rusas, turcas, japonesas y españolas.

Pero en cambio merece el privilegio y los honores de particularísima atención un grupo de jóvenes alegres y bulliciosos que se destaca en uno de los extremos del anden, mientras el resto de los viajeros se ocupa en todos los aprestos corporales para emprender su kilométrica peregrinación á través, no de la tierra, sino del hierro, ese nuevo elemento añadido á los cuatro que conoció el bueno de Aristóteles.

Acerquémonos, y para enterarnos, sigamos el sábio consejo de ver, oír y callar.

—César, César, como tu gran tocayo, como aquel incomparable romano, como aquel portentoso calvo que llevaba peluca de laureles, tú tenías el don de la victoria. Llegabas, te veían, y vencías. Tus ojos eran dos legiones romanas invencibles; tus águilas triunfantes tendían el vuelo por el mundo de la hermosura. En el imperio del amor ejercías la dictadura y no eras un dictador de tres al cuarto, pues para tí no había triunvirato posible. ¿Qué Craso, ni qué Pompeyo podrían *triunvirar* (pasadme el verbo) contigo? ¿Qué no dominaste en España? ¿Qué no conquistaste en las Galias cuando trasladaste tu campo á Paris y fuiste el *enfant gaté* de las duquesas, el favorito de las *cocottes* y el encanto de las *grisetas*? Y en la Bretaña, ¿qué no sojuzgaste? ¿Cuántas rubias, blancas, hermosas, angelicales *ladies* inglesas no se deslumbraron con el rayo de sol de tus irresistibles ojos meridionales? Cuando pasaste el

Rubicon y volviste á España con la fama de tantos triunfos, ¿quién pudo ya disputarte la palma? Tu Farsalia fué aquel duelo á muerte en que mataste al hermoso Moncada, único que podia hacerte sombra. Tu Cleopatra fué aquella reina de los salones, aquella fascinadora duquesa, inexpugnable como un castillo, inaccesible y fria como el Himalaya, blindada como la *Numancia*, orgullosa como una emperatriz, y que sólo al eco de tu voz dejó, como los muros de Jericó, caer todas las piedras de sus muros, todas las torres de su virtud ó de su orgullo, rindiéndote la plaza de todos sus encantos y perfecciones. Tu Farnacio, rey del Ponto, fué aquel arrogante y presumido Carlos Avendaño, á quien de una mirada le quitaste, como un secuestrador, la preciosa y archimonísima Julia. Venciste á Metelo Scipion, es decir, á Alejandro Peñafior, quien por disputarte el corazon de la poética Luisa Montero, probó primero la punta de tu pié, y luego la de tu florete. ¡Oh César, César, César, no te conozco! Tú, que, si como el romano, escribieras tus Comentarios, darias en ellos el arte de la guerra del amor y la estrategia de la conquista galante; tú, con esa hoja, mejor dicho, con ese árbol de servicios; con tu hermosura de Antinoo, tu fascinacion de Tenorio, tu astucia de Lovelace y tu saber de Fausto, vas (*horresco referens*) á quitarte la corona, desceñirte la púrpura, arrojar el cetro de oro; vas á caer ¿quién lo creyera? como César asesinado, no en el Senado, al pié de la estatua de Pompeyo, y envuelto con cesárea dignidad en los pliegues de tu manto, sino al pié de un altar, ante la triste, escuálida y helada estatua de Himeneo, con tu frac y tu corbata blanca, humilde como un borrego, cursi como un *bourgeois*, y con esa actitud resignada del más vulgar de los maridos. Oh César, César de Guzman, César de Guzman y Peñalver, yo te creia digno de tu nombre, y hoy veo con dolor que no eres un César, sino un Bruto, y no bruto con mayúscula, sino con minúscula para mayor ignominia.

Una explosion de carcajadas, aplausos y bravos interrumpió la humorística peroracion, la clásico-romántica catilinaria de aquel Ciceron que trataba de salvar á aquel César de la más ignominiosa de las muertes.

Dominando el tumulto con su voz robusta, su actitud melodramática de tribuno y profeta, con su mirada cómicamente imperativa y ostentando una cabeza grande como la de un Mirabeau y llena de la fogosa, pintoresca y desordenada expresión de un artista, prosiguió el orador:

—Oye mi voz profética. Yo soy la Calpurnia que te grita: «¡César, no vayas al Senado! ¡César, no vayas á Madrid! ¡César, no te cases! Sé grande, sé fuerte, véncete á tí mismo, salva tu libertad, salva tu vida. Dentro de quince minutos llega el tren que debe conducirte al matadero de los maridos, á la guillotina de los solteros, al altar de las víctimas de Himeneo, ese dios coronado de tantas rosas y armado de tantas espinas. Piénsalo bien, sigue mi consejo: deja pasar el tren descendente, el tren polizonte que debe llevarte maniatado al Saladero de los casados, y en el primer tren ascendente y libertador, súbete aunque sea en tercera clase, en la perrera misma, y á todo vapor y pavor, huye á Irun, de Irun á Paris, de Paris á Calais, de Calais á Dover, de Dover á Liverpool. Allí que el Océano no te detenga: embárcate, pon el Atlántico por medio, vete á la ex-virgen del mundo, á la América ex-inocente, á los Estados-Unidos, á la tierra de los hombres libres, donde no te alcancen ni las cartas de la novia, ni las imprecaciones de la suegra, ni las garras de la policía, ni la red pescadora del tratado de extradición. Aún es tiempo. Sólo el vapor con su fuerza titánica puede romper la cadena de hierro de tu compromiso; sólo la locomotora puede salvarte. Todo es cuestión de dirección: al Norte, la vida; al Sur, la muerte. A Nueva-York ó á Madrid: *to be or not to be, that is the question.*

—Ser ó no ser: esta es la cuestión de las cuestiones. Tienes razón, querido Bernardo, y no necesitabas los esfuerzos de tu elocuencia, ni el arma de tu ingenio, ni los alardes de tu erudición en historia romana para convencer al que de antemano está convencido. Pero ¿qué quieres? No siempre César ha de ser vencedor ni todos han de ser laureles. ¿Qué tratas de probarme? ¿Que hago una barbaridad? Lo sé. ¿Que cometo la mayor calaverada de mi vida? Convenido. ¿Que el matrimonio es la tumba del amor, la fosa de las ilusiones, el sudario de la libertad, el gusano roedor de la alegría? De acuerdo.

¿Que la union conyugal es el absurdo de los absurdos, la parálisis del corazón, la negación de la personalidad, el atentado contra la naturaleza, la violación del derecho? Exacto. ¿Que un marido deja de ser hombre para convertirse en un ente extra-humano, en un tipo mixto como el centauro, mitad hombre, mitad bruto, flotando entre la caricatura y el monstruo; risible si es complaciente Juan Lanas, ridículo si es feroz Otelo? Indudable. Cuanto pueda imaginar tu escepticismo, ridiculizar tu verbo satírico y pintar tu pincel de artista para desacreditar ese sétimo sacramento que, como un anatema, nos echa encima el cura; cuanto me podais decir sobre eso, que casi por ironía se llama la bendición nupcial, y que, por los amargos frutos que produce, casi podría llamarse las más de las veces y con más motivo, la maldición nupcial; cuanto me podais predicar, mostrándome la estadística criminal de matrimonios para ponerme espanto, se queda corto al lado de cuanto yo pudiera decir en contra y de cuantas teorías, hijas legítimas de mis prácticas, pudiera sustentar. Sí, Bernardo; sí, Valentin, Antonio; sí, todos vosotros, sabedlo: el matrimonio me espanta, me horripila, me asesina, me entierra, me anonada, sí, todo es verdad; pero...

—¡Pero, pero!... Ya pareció el pero. Esperaba esa conjunción maldita, con sus puntos suspensivos y su encogimiento de hombros. Vamos á ver, ¿qué pero es ese que te hace poner esa cara de doctrino resignado y sumiso? ¿Qué pero es ese ante el que César se acoquina, ante el que el león se vuelve liebre, ante el que doblas la cabeza como el ajusticiado ante la guillotina?

—Búrlate, remédame cuanto quieras, sarcástico Bernardo: ese pero tiene una fuerza irresistible.

—¿Por qué?

—Porque es para mí sinónimo del nombre más sustantivo de toda la gramática y más tiránico de la vida.

—¿Qué nombre es ese?

—Compromiso.

—¡Compromiso! ¡Bah! respiro. Aún hay remedio. Si me hubieras dicho amor, entónces variaba la cuestión, porque el amor es una locura que quita la razón, una catarata que ciega la pupila del alma, un reuma de la voluntad, una enfermedad

incurable que convierte al hombre más hombre en un muñeco de trapo con el que juega la mujer más coqueta. ¡Pero compromiso! Contra el compromiso hay un remedio.

—¿Cuál?

—Romperle.

—¡Romperle! Se dice pronto: como si fuera un cristal.

—Justo. Tú lo has dicho. Como un cristal. Todo es tener valor para tirar el cristal al suelo y él solo se rompe en mil pedazos. El compromiso es como los pasajes; tiene una puerta de entrada y otra de salida. Salte por la de escape.

—¿Y la palabra empeñada?

—Se desempeña como una capa ó un relój del Monte de Piedad.

—¿Y el honor?

—Antes la deshonra que la esclavitud.

—¿Y las promesas?

—Se violan como la Constitucion y las leyes. Cuestion de orden público; bill de indemnidad.

—¿Y los juramentos?

—Dice el poeta Horacio que Júpiter rie de los perjurios de los amantes.

—¿Y mi padre y mi madre que se empeñan?...

—¿Te crees acaso como la Santísima Trinidad del Catecismo? En este globo el padre es padre, el hijo es hijo, y siendo distinta cosa deben tener distinta voluntad.

—¿Y el mundo?

—Echatele á la espalda y verás qué poco pesa.

—¡Ah! Bernardo, tu filosofía lo arregla todo muy fácilmente, pero una cosa es decir y otra es hacer. Tus teorías son buenas, tu consejo excelente, pero es tarde para seguirle ya. Estoy en el plano inclinado y no puedo retroceder.

—Deja, César, al charlatan y pesimista Bernardo declamar contra el matrimonio. El, como pintor que es, te ha trazado un cuadro fantástico y tenebroso de desdichas, y oyéndole no parece sino que te llevan á la Inquisicion á sufrir todos los tormentos imaginables, cuando bien mirado no hay cuadro más hermoso y color de rosa que el de tu porvenir. Despues de haber triunfado en tantas batallas del amor; despues de

haber sido el autócrata de las hermosas, el favorito de la fortuna; despues de haber apurado los placeres, hoy te casas, es verdad; pero, ¿cómo y con quién te casas? Con una mujer jóven como Hebe; linda ella sola como las tres Gracias juntas; rica y heredera de un título; envidiada por las mujeres, adorada por los hombres, dechado de virtud y talento; elegante como un figurin, instruida como una doctora, y sobre todo, enamorada de tí hasta morir al menor de tus desdenes. ¿Cabe más pedir? Nada, César, eres el hombre de la dicha; para tí se ha hecho el mundo. Cásate, y deja al estrambótico Bernardo recitar toda la historia romana y echar biliosas filípicas y nerviosas catilinarías por esa boca de escorpion, miéntras tú, feliz, contento, del brazo de Aurora, hermosa y pura como su nombre, eres el verdadero César vencedor, el modelo de los maridos dichosos.

—¡Ah! gordinflon, frailuno, hipócrita Valentin Casado, y qué bien responden tus palabras á tu nombre y á tus hechos. Fuiste Valentin, es decir, bastante valiente para cumplir con la predestinacion de tu apellido; fuiste casado, y todos sabemos cómo te va en el venturoso estado y cuánto te pesa la gran cruz de la benemérita órden de los maridos. ¿Crees que no nos consta cómo tu mujer te tiene metido en un zapato, y no de tu horma sino de la suya, y cómo de aquel hombre alegre, decididor y pendenciero ha hecho de tí un misántropo oscuro, taciturno, un manso borrego que no se atreve ni á respirar, y vive abrumado bajo el peso de cinco chiquillos, á razon de uno por año, sin contar el que ya está en camino para este valle de lágrimas? ¡Ah! Valentin, conocemos tu intencion aviesa: tú quieres vengarte casando á todo el mundo; la vista de un soltero te ofende, te insulta, y en tu venenosa hipocresía de Tartufe te regocijas al ver á César, próximo á caer en ese triturante lecho de Procusto, en ese antro donde, como en el de Trofonio, el que cae no vuelve á sonreir jamás, en ese pozo sin fondo y callejon sin salida donde por culpa del Apóstol San Pablo hoy te encuentras zampuzado. Valentin Casado, ve á espumar el puchero de tu casa, á dar papilla á tu quintogénito nene, y déjanos echar la tabla de salvacion á este náufrago que se ahoga.

Nuevas carcajadas acogieron la insolente rectificación del orador, cuyo verbo sólo era comparable con su provocativa y burlona expresión.

—Si tu extravagancia no te pusiera á cubierto del enojo, te respondería como mereces, desvergonzado Bernardo. Por más que exprimas la esponja empapada en acíbar y vinagre de tu cerebro monomaniaco, no destruirás la verdad de mis teorías sobre el matrimonio, con las que hoy de seguro está conforme nuestro amigo César, puesto que las va á reducir á práctica, casándose como manda la Santa Madre Iglesia.

—No, Valentin, te equivocas: en teoría estoy justamente con Bernardo, aunque en la práctica esté contigo, por circunstancias particulares. Sé que al casarme soy un hombre de ménos para ser un marido más; sé que juego mi dicha á los dados y que, en vez de mi dulce media naranja, puedo hallarme con mi medio limon ágrío. Por más que Fortuny la haya sublimado con su mágico pincel, la Vicaría me espanta tanto como el Saladero. La Vicaría es el antro de perdición donde nos divorciamos de la querida más fiel y hermosa, de la libertad. Sé que dejo la poesía, por la prosa; el ataque glorioso, por la angustiosa defensa; la conquista, por la centinela; todo esto lo sé... *e pur mi muovo, pur mi marito*, y, sin embargo, me caso.

Un silbido agudo, sonoro, prolongado, cromático y quejumbroso interrumpió la frase sacramental y matrimonial de César.

—Lo ves César, hasta la locomotora con sus labios de bronce y su aliento de vapor te silba al oírte decir que te casas. Mírala; allí viene el mónstruo de hierro con sus entrañas de fuego, deslizándose como una serpiente que devora hombres. ¡Oye, cómo ruge, cómo resopla, respira y humea! ¡Mira cómo avanza, y llega y crece y crece! ¡Tiembla, César, viene por tí, contra tí; viene á devorarte, á aprisionarte, á arrebatarte. Ya recoge su penacho de nube, ya acorta su paso, ya entra en la estación: oye los golpes como de un yunque, al pasar el tren sobre las placas giratorias. Es el toque fúnebre de tu muerte. Huye, César, no subas, déjale pasar como un presidio errante con sus prisioneros, déjale arrastrar la mercancía viva, la carne humana y sálvate de sus garras. ¡Ya se acerca silen-

cioso y como si fuera de puntillas, y como si el hierro fuese pluma leve, ya entra bajo el techado del andén! ¡César, César, vete, vete, huye! ¡Ah, le desafías, le esperas, te estás quieto! Estás perdido. ¡Ya está aquí! Fin de la tragedia: la Muerte de César.

Efectivamente en aquel momento, crujió el hierro, chocaron los topes y las amarras y se detuvo el tren, abriendo sus cien portezuelas para vomitar ó tragarse, como un inmenso antropófago, viajeros entrantes y salientes que subían ó bajaban con la precipitación propia del tiempo, siempre volador y tiránico pero doblemente rápido, reconcentrado y despótico, cuando fia la medida de su curso á las inflexibles manecillas de un reloj de estación de ferro-carril.

Miéntras el hipógrifo violento del imperio del hierro, el negro caballo de la civilización se dirigió á su bebedero para saciar su sed devoradora y refrescar sus entrañas hirvientes, los viajeros expectantes dieron, entre gritos, abrazos, despedidas, protestas y llantos, el consabido asalto á la fortaleza con alas del tren que debía arrastrarlos y distribuirlos por la superficie del globo terrestre, ese otro tren que nunca se detiene, ni descarrila sobre el invisible y elíptico rail del éter infinito.

César, despues de recibir y pagar á la amistad su correspondiente contribucion de cordiales abrazos y apretones de mano, arrancándose valerosamente de los nervudos y aferrados brazos del Mefistófeles de la soltería, del escéptico Bernardo, subió con un heróico esfuerzo al compartimiento de un coche de primera, quedando, despues de instalar algunos enseres, de pié delante de la abierta portezuela.

Ahora que está inmóvil y plantado como la figura, pintada en un lienzo; ahora que la ventanilla le sirve como de marco, fijemos la mirada en el doble héroe cuyos antecedentes y propósitos nos ha dado á conocer la satírica verbosidad de Bernardo.

La más hermosa estatua del más hábil escultor griego, animada por el soplo de la vida, irradiando todos los esplendores del arte y ocultando la perfección de su desnudez dentro del traje moderno, es lo único que puede darnos una idea de la portentosa hermosura de nuestro seductor personaje. Su alta

estatura: la fina, vigorosa y elegante esbeltez de sus líneas y proporciones; la anchura de sus hombros y amplitud de su levantado pecho, daban á aquel cuerpo la mezcla de robustez y graciosa delicadeza que resplandece en el Jason de Thorwaldsen ó en el Apolo de Belvedere, ese proclamado rey de las estátuas cuando dejó de ser dios entre los dioses. Debajo de las vestiduras sin pliegues de la moderna indumentaria, del arte de la sastrería, cuyo cincel son las tijeras de un antiestético zurcidor, adivinábase un desnudo capaz de arrebatarse á un artista. Jamás lienzo italiano perpetuó más gallarda figura, más noble actitud y correcto trazado. Copiar su hermosa cabeza, aristocrática, su frente pequeña y blanca, despidiendo casi el resplandor del pensamiento, el arco perfecto de sus cejas, la línea purísima de su nariz hubiera desesperado al más consumado dibujante. Van-Dick, aquel artista del color que con su pincel casi ha divinizado la carne humana, hubiera apurado las combinaciones del oro, el blanco de nieve y el púrpura para imitar la blanca y al par rosada palidez de aquel cútis, al que una sangre fresca, pura y casi aromática, daba una rosada transparencia, y el sol con su pincel de rayos parecía haber dado algo de su dorado y luminoso resplandor. La blancura de sus dientes, que á estar en boca femenina, llamaría de perlas como los poetas; el carmin de sus labios, que por lo vulgar y cursi de la frase no llamaré de clavel; la rosada flexibilidad de una barba y bigotes que parecían hilos de oro tostados al fuego y medio transformados en seda; una cabellera fina, luciente, y en la que las ondulaciones parecían tener conciencia de las curvas, rizos y tornasoles que formaban: todo este conjunto y detalles hacían de César lo que Grecia hubiera llamado un dios, el arte un prototipo, la poesía un héroe y la vulgaridad anti-clásica contemporánea calificaría con el sustantivo y adjetivo de arrogante mozo.

La nobleza y la dulzura parecían ser las dos notas características de aquel rostro, donde además se veían retratados, el valor en la penetrante energía de la mirada, algo de orgullo y sensualidad en aquellos lábios nacidos para abrasar con el fuego de sus besos y seducir con el encanto de sus palabras. El deleite había impreso á su fisonomía una casi impercepti-

ble expresión de desden, melancolía y hastío que le hacía más interesante y contrastaba con el divino rayo que la inteligencia, don supremo, hacía resplandecer en su mirada y en su frente pensativa y soñadora.

Pero nada era comparable á la hermosura de sus grandes ojos negros y radiantes, en los que parecía haberse reconcentrado la fuerza de todos los misterios del espíritu. Comprendíase que una sola de sus miradas llevase la perdición de un alma fascinada. Si la luz se condensase y fundiese con las tinieblas, si el amor se reconcentrase en un foco de vida, este milagro sólo podría creerse realizado en las pupilas de César que tenían el brillo triste, misterioso, de la estrella centelleante sobre la profunda sombra de la noche. Si el diamante se uniese con el azabache; si el pensamiento se hiciese mirada; si el alma buscase un espejo de todas sus impresiones; si el amor buscase un prisma donde descomponer los siete mil colores del arco iris de sus ilusiones, toda esa maravillosa alquimia psico-física se hubiera verificado en los indescritibles ojos de César.

En resúmen, y aparte toda hipérbole de poeta, nuestro personaje es un prodigio de hermosura, una obra maestra de la naturaleza que más parece serlo del arte. Reclinado en la portezuela del wagon con su mano en la cintura, su pipa en la boca, su elegante traje de fina pana color de café, su bota de cuero con hebillas de acero, su amplio y graciosamente inclinado sombrero de viaje, su corbata con soltura anudada, sus guantes de piel de Suecia, la correa de su cartera de viaje digna de rematar en la espada de un gallardo mosquetero, y su vistosa manta de viaje echada al hombro con cierta arrogancia de contrabandista, parece una figura arrancada á la antigüedad clásica, vestida á la romántica de los tiempos feudales y contemporizando con el traje moderno.

¡Ah! tiene razón Bernardo: César es demasiado bello y joven para marido. Su belleza necesita la amplitud del mundo para ejercer su soberanía; el hogar es jaula estrecha para ese águila del espacio; la clausura conyugal es demasiado estrecha para hacer fraile al aventurero. César, sólo cabe en el reino del pecado y en las regiones dilatadas del placer. Fidelidad, reposo, equilibrio, pedídselo á los hombres no á los

héroes henchidos de génio y devorados por la sed de lo infinito. ¡César marido! ¡César papá! ¡César en casa!... Entrará como un cordero en el redil, pero pronto se escapará como un leon que rompe los hierros de su jaula y huye á reinar en sus desiertos.

—Viajeros al tren, grita una voz robusta.

Ruido de besos, llantos, despedidas y portezuelas.

—Adios, César, aún estás á tiempo.

—Imposible, Bernardo, adios.

—*Ave Cesar, morituri te salutant.*

—Al revés, amigos míos, ahora es el César, el imperator el que va á morir, y saluda á los gladiadores.

Suena una campanilla que vibra en el corazon. La locomotora lanza un ay prolongado, un gemido de vapor.

Adios..... adios..... adios.....

—Adios, amigos queridos. Rezad un responso, un *de profundis* por el que va á morir. Adios, adios Bernardo.

—Adios, César, hasta el valle de Josafat.

Lijera como una pluma y pesada á la vez como una montaña, pónese en movimiento la serpiente de hierro llamada tren. La locomotora hace un esfuerzo, mueve sus patas circulares, lanza resoplidos y surtidores de vapor, arranca los pesados carruajes de su inercia, separa manos que se estrechan con efusion, rompe los hilos de diamante que unen tantos corazones que se destrozan á su empuje y pone fin á tantas historias de amor ignoradas. Momento doloroso para los que se quedan viendo lanzarse á los séres queridos sobre ese hilo suspendido entre la vida y la muerte, y entregados á la frenética, desbocada y peligrosa carrera del mónstruo de vapor.

Al oír el último silbido ya lejano del tren que se pierde en una curva, Bernardo dirige la última mirada á la mole fugitiva, y á sus ojos asoman dos lágrimas, perlas preciosas de su amistad inquebrantable y verdadera.

*
* *

Mucho corre un tren á todo vapor, aún cuando sea á través de los campos de España, donde hasta las locomotoras belgas, inglesas ó francesas parecen hacerse perezosas, como los

españoles, y donde al mismo vapor diríase que padece reumas, callos, calambres y agujetas, según la lentitud de su paso y los retrasos con que camina. Muchos kilómetros por hora cruza un tren sobre sus dos férreas paralelas; pero por mucho que corra, siempre es más potente el impulso de nuestro pensamiento y más raudo el vuelo de nuestra idea. Alcancemos con ella el tren que nos ha arrebatado al héroe de nuestra historia.

Ha devorado ya una buena ración de esas equidistancias llamadas kilómetros, que son, por decirlo así, los pasos, las zancadas del gigante rotatorio, y se detiene en una estación que sólo se diferencia de las demás en su mayor extensión por ser punto de enlace de vías y cambio de trenes ascendentes y descendentes.

A la voz imperativa del hambre y la amorosa invitación al wals de la mesa redonda, bájense precipitados los viajeros, y entre ellos César, envuelto en su manta de viaje, pues el frío se hace sentir con bastante intensidad.

Ocupada por asalto la gran mesa central, donde los más famélicos son los más valientes para enarbolar la bandera de sus servilletas, César se vió obligado á sentarse en una de las mesillas aisladas y uni-personales que habia formadas en los lados del comedor, especies de satélites inmóviles del gran sol gastronómico de la mesa redonda.

Mientras que á sus enérgicas palmadas acudia un mozo con más pereza que diligencia, y mientras despues de limpiar el polvo de la mesa, y apoyando en ella entrambas manos se enteraba del *menu* que le encargaba César, éste observó que todas las miradas de hombres y mujeres se volvian llenas de curiosidad, y como acompañadas de comentarios y cuchicheos hacía la mesa inmediata á la suya, y que la corpulenta robustez gallega del servidor le eclipsaba por completo.

Apénas con un «está muy bien, señorito» desapareció el cuerpo opaco que se interponia entre su mesa y el objeto de aquellas miradas, César sintió la suya deslumbrada por un objeto de tan espléndida hermosura, que entre la sorpresa y el asombro le dejó como al ciego de nacimiento, que viviendo en las eternas tinieblas viese de repente los esplendores de la luz y todas las maravillas del universo.

Una mujer de extraordinaria belleza y juventud, acompañada de un hombre colosal, ocupaba la mesa inmediata á su frente. Del hombre sólo pudo ver César una espalda tan amplia y unos hombros tan robustos, que los hubiera tomado por los de un Milon de Crotona, mientras que la mujer venia á estar tan directa é inmediatamente vuelta hácia él que no parecia sino que una mano artística la habia así colocado para él contemplarla, admirarla y examinarla en toda la plenitud de sus sobrenaturales perfecciones.

Todos los hombres, sobre poco más ó menos, tienen organizadas del mismo modo las pupilas; pero si el acto mecánico de la vision fisiológica, si la refraccion lineal de las cosas se verifica de un modo idéntico en todas las retinas, no sucede así con la vision psicológica, con la percepcion estética de las formas y espectáculos ofrecidos á la humana contemplacion. Ver y mirar son dos cosas enteramente distintas. El campesino mira el campo; sólo el pintor le ve y comprende el secreto de lo pintoresco. El pastor mira al cielo, y ve una tela azul bordada de lentejuelas; sólo el poeta ve la grandeza de ese azul que se llama el infinito, y el misterio de esas lentejuelas que se llaman mundos. El hombre vulgar mira á la mujer como objeto vivo del deseo; el escultor sólo ve las maravillas de sus palpitantes curvas, que forman la belleza típica.

Casi todos los viajeros miraban á aquella mujer extraordinaria, á quien sólo César, con el doble instinto de artista y enamorado, supo ver, admirar, analizar y sintetizar en el abrazo comprensivo, en el foco absorbente de una mirada. Los calificativos de buena moza, guapa, bonita, hermosa, elegante, interesante y preciosa que se oian á media voz, demostraban el mayor ó menor grado de criterio estético de los vulgares espectadores. No faltó quien la calificó de moza *crua*, *jembra de mistó*, *flamenca de rechupete*, y un torero la calificó de *barbiana*.

Por cima de todos aquellos adjetivos, que, por lo inadecuados, más parecian ofensas, sólo César, en muda inmovilidad, se elevaba á la suprema esfera de la contemplacion. Como el anacoreta en éxtasis, ó el vate en el acto de la invocacion,

César concentraba, con una especie de devota adoración, toda su alma en su pensamiento, todo su pensamiento en su vista, toda su vista en el rostro de la prodigiosa criatura que surgía á su presencia como una evocación de magos, un sueño de hatchis, ó un cuento de hadas.

César contemplaba embelesado la riqueza y flexibilidad de una cabellera que podemos calificar con el doble adjetivo greco-latino de foto-áurea, pues parecía hecha de rayos de sol condensados, tal era el brillo de las ondas y trenzas que con un trazado de exquisita elegancia ornaban más como aureola que como peinado la cabeza más correcta y portentosa que pudo concebir el arte escultórico. Admiraba la blancura y limpidez de una frente estrecha, ovalada, y cuyo molde debió ser hallado, no cuando Vénus nació de las ondas citéreas, sino cuando despertó petrificada del sueño consagrado de los siglos entre el polvo de las ruinas de Milo. La curva de sus cejas y la recta de su nariz, la finura de sus labios, las rosadas tintas de sus diminutas orejas, ornadas de dos ricos brillantes, el matiz de su cuello, que llamarle de alabastro era oscurecerle, todo constituía el más admirable concierto que las líneas y colores podían formar para crear el más perfecto modelo de ese prodigio que se llama el rostro de una mujer hermosa.

El contorno de los hombros, la ondulante curva del pecho, el soberbio arranque de un brazo torneado que, partiendo de una mano indescriptible, se perdía en la decreciente sombra de una manga; todo esto, que era lo que César podía ver de un modo fraccionario desde su observatorio, le fascinaba como la aparición de algo nunca visto y perteneciente al mundo de lo maravilloso.

Mal podría la pluma, ese pincel de la idea, mojada en la tinta, sombra líquida, pintar la humana hermosura de los ojos de aquella mujer, cuando el pincel más hábil no podría reproducir el oscuro azul de la pupila, la resplandeciente pureza del cristal, la misteriosa sombra de las pestañas y la inefable dulzura, la tristeza, la penetrante intensidad y la virginal limpidez de la mirada más sublime que el alma más pura ha encendido como un rayo celeste en las pupilas de un sér terreno.

Baste decir que al chocar su mirada con aquella mirada, César sintió una descarga eléctrica que sacudió todas las fibras de su corazón, un estremecimiento desconocido, una atracción secreta, cuya ley sólo se explicaría si hubiese un imán de los espíritus.

¡Ah! sí; aunque la ciencia no le ha descubierto, ese imán debe existir, pues apenas se encontraron, los ojos de aquella mujer quedaron inmóviles, absortos y como clavados en los suyos, con la expresión de la sorpresa y con cierta agitación nerviosa, indicio inequívoco de una intensa perturbación del alma. Diríase que una cadena invisible, un hilo sutilísimo, establecía de súbito una corriente de sentimientos que brotaban del fondo de su ser, una especie de comunicación telegráfica, en que las chispas se escapaban de la pila del corazón, y al llegar á los ojos, tomaban verbo y sentido, como los puntos y rayas se transforman en palabras á los ojos de un telegrafista. A cada segundo que transcurría, la mano invisible de la pasión tejía una red de hilos de araña, en que se enredaban aquellas dos almas enamoradas.

César adivinó el efecto que sus ojos habían producido en aquella mujer, que hubiera juzgado una diosa á haber vivido en los tiempos antropomórficos de las divinidades olímpicas. Adivinó que aquella alma despertaba como de un letargo á la evocación de su mirada, y que entre ambos se verificaba esa sublime conjunción, ese armonioso acorde que se llama el amor. Diríase que en un segundo había brotado de los labios de ambos la espontánea declaración y el juramento de una fidelidad eterna.

Y en efecto; quien contemplase aquellas dos excepcionales criaturas, comprendía que habían nacido predestinadas, si no por la suerte, por la naturaleza, para formar pareja indivisible. La noble gallardía y viril hermosura de él sólo podía consonar con la majestuosa y correcta perfección de ella. Sólo los ojos de ella merecían las miradas de él, y sólo los de él podrían atreverse á contemplar las deslumbradoras pupilas de ella.

Por la fuerza irresistible de la afinidad, aquellas dos almas se adoraron con ese amor instantáneo que brota como la chis-

pa al choque del eslabon y el pedernal, amor del que dudan y se rien los espíritus escépticos y gastados, que ignoran las secretas potencias y actividades de las almas superiores al nivel de la vulgaridad. Unos cuantos minutos habia marcado el reloj del comedor, y las invisibles manecillas de sus dos corazones habian condensado el tiempo, concentrando en el presente los años fugitivos del pasado y las horas inciertas del futuro. Ignoraban sus nombres, su historia, su patria, su estado, y no obstante, les parecia que se conocian de toda la vida.

La absorcion de César era tal, que ni siquiera advirtió que el mozo le habia puesto delante el alimento pedido por el hambre corporal. Otra hambre más insaciable, otra sed más inextinguible de ideal abrasaba su espíritu, flotando en las vaporosidades del ensueño, y contemplando la más admirable forma que el polvo de la tierra puede elaborar. La mirada de ella, encendida por la pasion, y como ruborosa por su propia audacia, habia quedado fija en él con tan estática inmovilidad, que el hombre que la acompañaba, siguiendo la direccion de la visual, volvió la cabeza hácia el sitio que nuestro enamorado jóven ocupaba.

Dos ojos negros, penetrantes como clavos, y llenos de una terrible expresion de valor y energía, ojos de esos que casi son una amenaza cuando miran y un arma cuando amenazan, se fijaron en los de César, quien, bajó sus párpados, como abrumados bajo el peso de aquella mirada interrogativa y provocadora. Unas cejas anchas y espesas y unas largas pestañas proyectaban una como aureola de sombra, que hacia más vivo el brillo siniestro y la salvaje ferocidad de las pupilas. Si rostro alguno retrataba la virilidad en lo que tiene de más potente, era el de aquel desconocido, hombre en su conjunto hermoso, pero con esa hermosura semi-satánica de los séres malditos de un poema byroniano. Un ceño profundísimo, que trababa como una columna los dos vigorosos arcos de sus cejas, y le daba la expresion de un sér atormentado por un remordimiento, ó meditando un crimen; una nariz afilada, luciente y dura como el pico del águila; unas mejillas salientes, huesosas y pálidas; una boca grande, entreabierta como la de una fiera sedienta de sangre, y cuyo saliente labio inferior le pres-

taba la más desdeñosa acentuación; una barba espesa, dura, rizada con la aspereza de un matorral y con el color del hierro oxidado, y formando contraste con una magnífica y rizada cabellera negra, serpeada como el mármol por algunas canas, todos estos rasgos generales daban á aquel hombre una mezcla de belleza y fealdad indescriptibles.

No era César hombre á quien amedrentaran miradas insultantes y provocativas, pero en la de aquel hombre vió tan terrible la amenaza y tan inmediata la acción, que separó su vista, comprendiendo que resistirla un segundo más era casi aceptar el reto que envolvía. Para disimular la extraña impresión que le produjo, y como para dar digno pretexto á la desviación de sus ojos, tomó el azúcar, para echarla en la humeante taza de café que el mozo le había servido. Mientras sorbia el moka de achicorias notó que el extranjero hablaba á la mujer en una lengua completamente desconocida, pero en cuyas inflexiones y entonación pudo claramente traducir frases de reconvención y de enojo. Cuando ella contestó, quedó absorto escuchando la melodía de la voz y la sonoridad de una lengua cuya claridad silábica y abiertas vocales le parecían el acordado ritmo de una música. Aunque sabía correctamente cinco lenguas, no pudo descubrir á qué rama filológica pertenecía aquella que, por su clara eufonía, casi le parecía comprender, por más que al repetirse él mismo las sílabas que á su oído llegaban, como ecos del divino Kinnara del cielo indio, se persuadía de que, como vulgarmente se dice, no comprendía ni una jota.

La mímica, sin embargo, le servía de diccionario, y nuestro español traducía al castellano aquel diálogo cuya sustancia era que el hombre reconvénía á la mujer, y que ella se disculpaba con tristeza y humildad. Por el enérgico manoteo del hombre y el temor con que ella inclinaba su cabeza, dedujo que aquella mujer estaba subyugada por tiránica dependencia.

Le pareció una gacela entre las garras de una pantera; una Proserpina robada por un sombrío Pluton; un ángel prisionero de un demonio, y á haber comprendido la lengua César, aquel diálogo hubiera tenido un tercer interlocutor.

Poco despues, mientras el extranjero, valiéndose de la

universal contabilidad, por partida doble, de los dedos, ventajosa para el mozo, pagaba su cuenta, la mujer dirigió al enamorado español una mirada de tan inefable dulzura, tan intenso amor y honda desesperación, que César llevó sus manos al corazón, y concentrando en sus ojos toda la fuerza de su alma y la fascinación de su belleza, dió un prolongado suspiro, elocuente respuesta á la indudable interrogación y súplica que ella le había dirigido. Aquel momento fué decisivo. Diez años de protestas y juramentos ligan con menos firmeza con que aquella mirada y aquel suspiro enlazaron á aquellos dos amantes, arrebatados á la plenitud y delicias del amor inmortal y divino.

Concluida la operación aritmética, que pronto resolvió la generosa impaciencia del extranjero, levantóse éste, y César quedó pasmado de la colosal estatura, majestuosa presencia y vigorosísima contestura de aquel hombre que parecía soñado por Miguel Angel para uno de sus colosos de piedra. Al poner sobre sus hombros un ancho plaid y colocar en su cabeza un gorro de forma escocesa, más que por un viajero moderno se le hubiera tomado por un jefe de klan, un than de los tiempos de Macbeth, uno de aquellos guerreros feudales nacidos para asaltar fortalezas, conquistar reinos y llenar las tierras y los mares con el terror y la fama de sus épicas hazañas.

Cuando aquella casi extra-humana pareja salió del andén, un rayo de sol cayó sobre la faz de la mujer, como para poner de manifiesto la intachable perfección de su belleza. El sol, ese delator indiscreto, ese enemigo que pocas mujeres osan desafiar, para ésta era una especie de aureola que coronaba su frente virginal y hacía resplandecer la tersura y admirable color de sus carnes. El barro bíblico no podía ser el germen de aquella carne que parecía mármol pentélico teñido por un rosado crepúsculo de Grecia y modelado por Fidias en el momento de su más alta inspiración. Si algo podía dar idea de la Vénus antigua, compuesta de sangre divina y espuma de los mares, era aquella criatura cuyo cutis no había hoja de camelia que igualase en tersura y transparencia. Aquella carne debía estar tejida de un elemento etéreo, y parecía compuesta de nácar derretido, flores de un paraíso y colores de arco iris fun-

didados en la retorta de un mago, destinada á formar un cuerpo inmortal, incorruptible y en que la destruccion jamás habia de imprimir los horrores cadavéricos de la muerte.

Ademas del rostro maravilloso, César contempló la estatura y las admirables curvas de aquel cuerpo, cuya desnudez debia ser un prodigio, y que cubierto con un vestido de rica seda oscura y una especie de caprichoso albornoz de tela, colores, dibujos y arabescos indescriptibles, brillantes, parecia pertenecer á una heroína de los cuentos orientales. Aquella mujer no podia ser más que la reina de un serrallo robada por aquel atleta, una hurí, una hada, una princesa encantada, todo ménos esas mujeres de carne, huesos, y á veces algodón, de estos tiempos sin leyendas, encantamientos, ni poemas.

Hay séres tan perfectos que parece como que la naturaleza saliendo de la eterna inconsciencia de sus obras, pone artísticamente combinados sus elementos más preciosos para crear una obra maestra, símbolo de su poder generador, rompiendo despues el molde para que la vida no le profane vaciando en él el resto de los demas séres, hijos del acaso y del choque ciego de las fuerzas y los átomos. Sólo así parece explicarse ese milagro natural de que las moléculas puedan reunirse como dotadas de una instintiva inspiracion y formar el ritmo doble de las líneas y colores. Esa mano oculta y colorista, que con un invisible pincel pinta la cola del pavo real, el cáliz de la flor, el ala de la mariposa, la pechuga del colibrí, la alfombra de las praderas y los nácares de las nubes, es la única que, temblando de emocion al ver su propia obra, pudo modelar y colorear el cuerpo de la mujer que César adoraba y admiraba en muda contemplacion. Parecia la incomparable Elena evocada por Fausto del hondo seno de las Madres, y si algun calificativo podia dársele no le convenia otro que el que Homero aplica siempre á la robada esposa de Menelao, á la hermosísima causa de la guerra troyana *διὰ γυναικῶν*, *divina entre las mujeres*.

(*Concluirá.*)

JOSÉ ALCALÁ GALIANO,

LAS TRANSFORMACIONES

La misteriosa gruta del golfo parthenopeo donde pasamos una parte considerable de plácida mañana de Abril, traía á la mente el poema de la general transformacion. Aquella agua espesa y clarísima, con tantos colores en disolucion por sus abismos claros como el éter, nos parecia la materia pronta á formar un nuevo astro, un nuevo planeta, y aquellas bóvedas y paredes como el molde en que debia forjarse y componerse. Así, el pensamiento volaba por lo infinito, y los mundos se nos presentaban como larvas, de las cuales surgian ráudos en vistoso enjambre nuevos astros. Veiamos la materia primera desprenderse del sol, como una pluma de las gigantes alas de un ave de fuego; el cometa errante nadar en los senos de la nebulosa inmensa como en el agua los peces; el planeta esférico formarse por la irradiacion del calor, rodando como una peonza de oro sobre sus ejes y en espirales infinitos alrededor de su centro de gravedad; las tempestades ciclópeas de los primeros volcanes en aquella universal incandescencia; las primeras aguas cayendo de la atmósfera espesísima sobre la ígnea y colossal brasa, volviéndose á las alturas en nubes gigantescas henchidas de diluvios eléctricos, á cuyos truenos parecia desgajarse el Universo, y á cuyos relámpagos encenderse lo infinito; los mares inmensos envolviendo los espacios desiertos y alumbrados por las antorchas de los volcanes moribundos; las tierras surgiendo de los amores de las aguas recién caidas con los

minerales recién forjados; la flora y la fauna colosal, cuyas raíces y cuyas ramas entrelazadas formaban selvas espesas y duras y formidables, cual si fuesen de hierro ó de bronce; las raíces del organismo en los corales, y en las acidias, y en los infusorios, su flor en el cerebro humano, del cual se desprende, como el comienzo de lo divino, la creadora, la inefable, la invisible esencia que se llama en nuestro imperfecto lenguaje el pensamiento ó la idea.

¡Cuánta poesía la antigüedad ha puesto en el poema de las transformaciones! A cada paso brota un mito, cada mito es un símbolo, cada símbolo encierra un dogma de la metamorfosis universal. Por eso llama Ovidio á un poema, casi del mismo género que los poemas de Lucrecio, aunque con menos profundidad científica, los metamorfosesos. La cerúlea ninfa Kiriope tuvo un hermosísimo hijo, al cual puso por nombre Narciso. Al verle crecer con tanto medro y tanta belleza, preguntó al oráculo si viviría mucho tiempo el hijo de sus entrañas, y respondióle que viviría si no acertaba á verse á sí mismo. Cazador ligero, desnudo en el seno de la naturaleza, errante por los bosques, el arco á la espalda, la flecha en la mano, robustecido por la castidad de su vida y el vigor de sus ejercicios, parecía, en la flor de su edad, en el vértigo de sus carreras por los campos, despidiendo luz de los ojos negros é irradiando ideas de la frente espaciosa, como la movable estatua del amor animada por un soplo del cielo. Las ninfas, cuando corria ligero por el borde de los arroyos, sacaban para mirarlo su cabeza de las aguas, y se encendian por él en ardiente amor. ¡Cuántas hubieran dado su vida por depositar un beso en aquella frente, siquiera fuese tan casto como el beso que depositó Diana sobre la frente de Endimion dormido! Pero Narciso las desoia y despreciaba á todas. Una vez detúvose en su carrera, absorto, extático, fijos los ojos, mudos los labios, inclinada la frente, el

dedo índice sobre el oído atento. Había tocado por un instante en su corazón dulcísima voz que repetía su voz, palabras de tono suave y melodioso que doblaban sus palabras, cánticos que copiaban su cántico en el seno de la naturaleza. Era la ninfa Eco, condenada por Juno, en sus celos, á repetir los últimos sonidos de todo cuanto oía. Enamorada, perdida, fuera de sí, corría desalada tras el joven cazador, abrasándose en su sombra como las mariposas se abrasan inocentes en las llamas. Pero el hijo de Kiriope se había detenido al eco de la propia voz, y no al amor de la ninfa. Y lanzaba palabras por el placer de oírlas repetidas. Y una vez dijo: «Unámonos.» En el momento, «unámonos» repitió la ninfa, saliendo del bosque para lanzarse en brazos de su amado. Mas el ingrato, en cuanto la vió, la rechazó con rabia, y tuvo que retirarse á la soledad, y esconder la infeliz en el follaje la vergüenza de su encendido rostro y el calor de sus encendidas lágrimas, trocándose poco á poco en árida roca, y repitiendo eternamente elegiacos lamentos. Mas su venganza no tardó mucho tiempo. Otra ninfa, despreciada también, lanzó al joven altivo, levantando los brazos á los dioses, una maldición que le condenaba á amar sin poseer el objeto de su amor. Y la maldición se cumplió. Había un lago transparente donde jamás bebían los ganados, vírgen y puro, cuyo cristal no fué desflorado, ni por las hojas de una rosa ó de una violeta, ni por las alas de un ave ó de un insecto, lo mismo que el cristal de la gruta azul. Formáballo cristalina fuente que fluía de esponjosa peña. Narciso, después de haber corrido los ciervos por las selvas, se arrodilló en sus bordes, y apagó la sed de sus fauces. Pero una sed más ardiente acababa de despertarse en su corazón. Se había visto y se había enamorado de sí mismo. En vano quería acercarse á su imagen y abrazarla. Cercana á sus ojos por el reflejo, huía rápidamente á sus brazos. Las lágrimas de desesperación enturbiaron el lago, borrando la imagen. Y se murió

de pena. Y en las regiones de los muertos aún busca por las plomizas aguas de la laguna Estigia su propia adorada imagen. Las náyades sus hermanas lo lloraron, y depusieron las largas cabelleras sobre la losa de su tumba; las driadas lo lloraron también; la ninfa Eco redobló sus gemidos; apercibieron todas la hoguera fúnebre, la antorcha aromática, las coronas y los ex-votos; y al ir á enterrarlo, encontraron en el lugar donde cayera su cuerpo una flor de rojo cáliz y de blancas hojas.

El adivino, que anunciára la triste suerte de Narciso, llamábase Tirésias, y con su prevision y con su acierto obtenia universal renombre. Todos en Tébas le consultaban, todos, ménos Pentheo, el cual llevaba la injuriosa incredulidad hasta reirse de los mismos anuncios realizados y echarle en cara al oráculo su antigua irremediable ceguera. El ciego Tirésias no veia cosa alguna material, pero en su virtud sencilla y en sus sábias respuestas, expresaba el profundo deseo de que su enemigo no viera las fiestas de Baco, pues en ellas mancharia con su sangre las pátrias tierras y el seno amoroso de sus hermanas y de su madre. Tan terrible horóscopo se cumplió á la letra. Un dia llegó á las puertas de la ciudad de Pentheo el culto á Baco, culto sensual que desde la India hasta la Grecia corriera celebrando desordenadas orgías. Huestes ceñidas de pámpanos y hiedra, ébrias de vino nuevo, acompañadas del címbalo y de las trompetas de dos tubos, con el áureo tirso en las manos, el delirio en los ojos, la sacra palabra «Evohé» en los labios, recorrieron aquellos campos é incorporaron á sus ceremonias y á sus sacrificios próceres y vulgo, niños y ancianos, mancebos y doncellas, padres y matronas, todo el pueblo. Pentheo, que habia visto su ciudad siempre consagrada á un culto severo, al culto de Marte, desdeñaba los báquicos trasportes, y temia que los conquistadores de Tiro fueran conquistados, que sus cascos relucientes se trocaran en femeniles guirnaldas, sus espadas cortantes en dorados tirsos,

sus himnos patrióticos en voluptuosas canciones, sus ceremonias severas en locas orgías, su ardor heroico en báquica embriaguez. Así, mandó que le trajeran encadenado á Baco, y en su defecto, al primer sacerdote de Baco para infligirle castigo tal que por siempre le ahuyentara de Tébas. Los enviados por Pentheo no hubieron á Baco, pero presentaron á Acétes. Contóle éste á su perseguidor cómo habia abrazado la religion del dios. Pobre de nacimiento y de familia, no recibió de sus padres ni campos, ni bueyes, ni lanígeros ganados, ni otra herencia que el mar inmenso y el diminuto anzuelo. Cansado de pescar sobre su playa, inmóvil como la roca, estudió los astros, conociendo desde la pluviosa cabra de Amaltea hasta las constelaciones de Taygétes y de la Ossa, y desde las señales de las tempestades hasta las señales del tiempo propicio y los favorables vientos. Se embarcó resueltamente, y fué resueltamente piloto. Cierta dia, dirigiéndose hácia Délos, abordó en Náxos. Marcharon por sus órdenes los tripulantes á hacer la aguada, y trajeron un jóven hermosísimo de virginales formas, encontrado en plácida gruta y que apenas podia tenerse de pié, tomado de una completa embriaguez. El piloto reconoció en él un dios y le prestó culto. Pero sus tripulantes lo tomaron por una buena presa, creyeron que obtendrian por él cuantioso rescate, y se alejaron de las costas. Mas comprendiendo que Acétes le habia tomado por un dios, rogóle el jóven que diera vuelta á Náxos. Empuñó el timon dócilmente la mano del piloto y se plegó al mandato divino. Mas los tripulantes se sublevaron y quisieron darle muerte, deseosos de abordar á otra isla donde pudieran realizar sus criminales maquinaciones. Inútil la lucha de los hombres con los dioses. A una señal, detiénese el barco y tórnase como si fuera de tierra; sus remos brotan hiedra y sus velas parras; el jóven se vuelve dios y se ciñe sus atributos divinos, rodeado de tigres y panteras; mientras los cuerpos de los tripulantes

se cubren de escamas, sus brazos se encogen en aletas, sus piés se alargan en colas, sus cabezas de hombres se truecan en cabezas de peces, y relucientes é inquietos como violáceos atunes ó juguetones delfines, se lanzan á las ondas, saltan entre las aguas, juguetean con las espumas, arrojan por sus narices entreabiertas ligeros surtidores á lo alto, y van á confundirse para siempre con los mudos séres de los marinos abismos. Desde entónces Acétes, el único perdonado, es sacerdote de Baco. Mas Pentheo no se persuade y encadena al bacante, y se dirige al lugar de las ceremonias báquicas para interrumpirlas. Cuando llega, su propia madre lo toma por un furioso jabalí, y le lanza el primer dardo. Las otras bacantes, y con especialidad sus hermanas, lo despedazan. Y el anuncio de Tirésias se cumple, y el culto de Baco se queda para siempre en Tébas.

Mas ¡ah! que la guerra es universal; y sus odios y sus horrores se extienden desde los abismos del mundo hasta las cimas del Olimpo. Baco ha perseguido y destrozado á un devoto de Marte; Juno atormentará á una devota de Baco. La hermosa Ino y su esposo Athamas duermen tranquilos en el palacio de Cadmo, sobre su lecho nupcial, con dos robustos y hermosísimos niños á su lado, frutos de castos y legítimos amores. Juno quiere atormentarles porque Baco los protege; y á este fin, desde las alturas donde la luz es eterna, y el íris extiende sus matices como el pavo real su vistosa cola, y el rocío cuelga sus cristalinas gotas, desciende á los tortuosos y oscuros senderos, á las tinieblas espesas, al profundísimo silencio, al frío horror, á la bajada de los muertos hácia la eternidad, abierta entre los mefíticos vapores de la laguna Estigia, y las plumizas aguas del rio Letheo, poblado de fantasmas pálidos como la ictericia y terribles como el remordimiento, sin huesos y sin pelo, pero con mirar siniestro, cuyos destellos semejan los destellos de los fuegos fátuos en los letales campos de la guerra. Y ya en el infierno, la reina de los dioses suscitó

á la furia Tysifone contra sus pobres víctimas; y se vuelve al cielo despues de recibir un rocío de agua lustral despedido por la ninfa Iris, que quitó á su cuerpo los siniestros reflejos de las infernales llamas y las súcias manchas de las frias sombras. Tysifone echa hácia atrás su cabellera de víboras, cuelga á los hombros su manto empapado en sangre, toma pálida antorcha funeraria en las manos, se ciñe al cuerpo un cinturón de serpientes, se dirige al tranquilo lecho, y arrancándose sus animados cabellos que silban y destilan veneno y chasquean y muestran las rojas lenguas, los esparce sobre los cuerpos entrelazados de los esposos, y los suspende á sus felices corazones, donde hincan los dientes y muerden con mordeduras terribles, al mismo tiempo que un veneno formado por todas las sustancias más letales y más ponzoñosas del infierno se evapora y se extiende y se disipa por los aires para penetrar en los pulmones y abrasarlos y abrasar en ellos la vida. El pobre Athamas, envenenado hasta el alma, ve en su mujer una leona, en su hijo mayor un cachorro, y asiéndolo fuertemente de los piés, y agitándolo en rápido círculo, cual suele el pastor agitar la honda sobre su cabeza, lo estrelló, rompiendo todos sus huesos en las marmóreas paredes del palacio. Ino, loca tambien, pero huyendo instintivamente de tal horror, se lanza al mar con el segundo de sus hijos en brazos, y á ruego de Vénus, la admite Neptuno entre las diosas marinas. Pero las damas de Ino se quedan á la orilla, convertidas unas en graciosas rocas y otras en esas voladoras aves que rozan con sus alas de incomparable nitidez las crestas espumosas de las ondas.

El mal tambien está entre los dioses y semidioses; tambien penetra, como ágría levadura, en la masa de su vida y en sus transformaciones y metamorfosis. El viejo rey Niso, de las riberas lelegeyas, se halla encerrado en su ciudad, cercado por el jóven rey Minos; y toda su esperanza de vencer al si-

tiador consiste en cierto cabello rojo, y en su exquisita conservación sobre la venerable cabeza, como que á ello han ligado divinos mandatos la Fortuna. En verdad no es la primera vez que el peso de todo un reino ha pendido de ténue cabello. Los muros de la ciudad sitiada eran sonoros desde que los tocó Apolo con su lira, y tenían elevada torre, cuyas piedras pulsaban los dedos de la hija de Niso, produciendo tristes, pero deliciosas melodías. Desde aquel misteriosísimo lugar miraba la incauta jóven al héroe sitiador, á Minos; la cabeza coronada por áureo casco sobre el cual caía vistosísimo penacho, el brazo izquierdo oculto tras cincelado escudo, el brazo derecho ocupado con agudísima lanza, caballero en su rápido corcel, corriendo por doquier, y á la carrera, hinchado del viento de las batallas sobre sus espaldas el rojo manto de púrpura. Con tanto mirar al rey de Creta la hija de Niso, cayó en la locura de amarlo, siguiéndolo desde la alta sitiada torre con el pensamiento, con los ojos, con el deseo. ¡Cuánto envidiaba á veces los tejidos suspensos á los hombros del enemigo héroe, la espada pendiente á su costado, el arco y el dardo manejados por sus manos, las riendas con que sujetaba á su corcel y el frio metal que ceñía sobre su frente. Pero la angustia de la régia vírgen era extrema, grande su incertidumbre, como enamorada del sitiador y del enemigo, á quien debiera desear la derrota y la muerte. Si volvía los ojos á su ciudad, el patriotismo la enajenaba, y si volvía los ojos al campo, la enajenaba más el amor. Si se acordaba de su padre, del trono, de la autoridad, de la gloria, su sangre hervía; pero hervía mucho más su sangre si contemplaba al lejano héroe. Y en estos transportes se alegraba de la guerra, causa de sus amores; del sitio, que le habia permitido ver á su amado; de la nefasta fortuna de su pueblo. Y deseaba caer cautiva para ir á la tienda de Minos, echarse á sus piés, abrazar sus rodillas, devorarlo de cerca con sus ojos ansiosos y rendirlo á su encendido amor. Tales

arrebatos, cuanto más concentrados, tanto más terribles y más próximos á una locura ó á un crimen. Así fué en verdad. Los vapores del corazon llenaron la conciencia de la princesa, y los delirios del sentimiento destruyeron la serenidad de la idea. Su amor fué más fuerte que su patriotismo. Por el amante, á quien viera desde léjos, sacrificó el padre, que le comunicára la vida. En lo interior de su sér se deslizó una idea falsa en justificacion de un crimen horrendo.

Puesto que la derrota es cierta, puesto que Minos ha de vencer por las armas de la guerra, venza por otras armas mucho más saludables, por las armas del amor. Además, á cada momento temia la infeliz que dardos despedidos desde la torre misma donde ella estaba hirieran al sitiador idolatrado y lo arrebataran á sus caricias. Sufrir más tiempo le era ya imposible, y dejar la ciudad para correr á los brazos de su amado imposible tambien, por la vigilancia del padre rey, por el número de centinelas solícitos, por los peligros del furioso cerco. Solamente le quedaba un medio de vencer á su padre, como se habia vencido á sí misma; arrancarle el ténue cabello á que estaba atada su resistencia en aquella contienda. Y á la callada noche, despues de largos insomnios, ébria de amor, exaltada por locas esperanzas y fantásticas visiones, ansiosa de ver poblada la soledad con los besos de su delirante pasion, se levanta del lecho, se dirige al cubículo donde duerme su padre, entra de puntillas, se abalanza reprimiendo la respiracion, le arranca el cabello fatal, y corre á la tienda del sitiador á ofrecerle su mano y la victoria. Pero Minos se horroriza de tanto crimen, y aceptando el fruto de la traicion, rechaza á la traidora. ¡Oh! La hija de Niso, que sólo pidiera en pago de su accion el amor, y que sólo aspirara á habitar en el reino de los enemigos de su reino, rechazada de toda la tierra, porque, ciudadana, habia entregado su ciudad; princesa, perdido su monarquía; hija, inmolado á su padre, se retuerce de desespe-

racion por aquel abandono, igualmente herida en sus amores y en sus ambiciones, y maldice á quien tanto habia bendecido, y llama tigre á quien habia llamado Dios, y conjura todas las potencias infernales para que le acosen; y viendo al que tantas veces abrazara en sueños como esposo huir de su lado y darse á la vela, arrójase al mar y agárrase á la quilla de su barco, no plácida como los bondadosos delfines, sino furiosa como los hambrientos tiburones, y de allí jamás se apartara, cogida como pegajosa concha ó gelatinoso pulpo á las húmedas tablas, si el padre-rey, convertido en rapaz ave marina, no descendiera á herirla y devorarla, por lo cual, compadecidos los dioses, la transforman de súbito en ligera pluma que arrastraba el viento.

¿Quién se extrañará de estas cosas? ¿Quién pondrá en duda estas historias? El rio Aquelous le contaba á Teseo, albergándolo en su palacio, construido todo él de piedra pomez y adornado de verde musgo y pintadas conchas, en el banquete donde las ninfas escanciaban deliciosísimas bebidas, rebosantes de copas preciosas; que la isla cercana, á su desembocadura en el mar, fué hermosa náyade, con la cual tuvo profundos y nunca olvidados amores, cuya intensidad conmovió de tal manera á Neptuno, que transformara á la náyade en isla para que eternamente la abrazara el amoroso rio. ¿Quién no sabe la historia de Ceyx y Alcyon? Era Alcyon hija del Dios Eolo, y se habia casado con Ceyx, audaz y valeroso marino. Espejo de felicidad debia llamarse tal matrimonio. La casa aparecia como un templo de amor, la vida como continuado encanto; y el marido existia solamente para la mujer y la mujer para el marido en la santa felicidad del matrimonio. La buena Alcyon, para quien su hogar compendiaba el universo, no concebía cómo tanta paz y tanta ventura se podian turbar por ninguna aspiracion que no fuera el eterno durar de su ventura. La vida para ella, en aquel momento, debia semejarse á esas fuentes clarísimas de manantiales perpétuos, jamás aumentadas por la

lluvia ni disminuidas por la sequía, iguales durante todas las estaciones en caudal y en temperatura. Pero el corazón del hombre no es tan dulce y tan tierno como el corazón de la mujer. Esta se encierra fácilmente en su nido, y se contrae á tan breve espacio; aquél necesita de más febril actividad y se dilata con mayor empuje por el universo. El marino, enamorado, fidelísimo, de probada constancia, de religioso culto por su jóven esposa, debia viajar por los mares, oyendo la tumultuosa voz de sus instintos y realizando la misteriosísima ley de su destino. Retenerle ó seguirle queria Alcyon; pero ni una ni otra cosa pudo conseguir de su esposo, cuyos lábios, nunca engañadores, le prometian y le juraban próximo regreso. Suspiros y lágrimas en el hogar, insomnios en el lecho, besos y abrazos inacabables en la orilla, gritos al partirse, miradas inmóviles, hasta que la nave ó la tierra se perdieron, la una en el mar y la otra en el horizonte, todo esto y mucho más pasó entre los esposos, doloridos ambos por aquella dolorosa separacion. No habia engañado su amor á la pobre Alcyon. Apenas pasa el primer dia de viaje, cuando, las olas blanquean, las aguas hierven, los vientos soplan, las nubes truenan, las trombas rugen, las lluvias estallan, las montañas de espuma suben, los abismos de sombras bajan, las estrellas huyen, los huracanes vienen, las arenas del fondo ascienden á la superficie y el rayo atraviesa por todas partes, iluminando con sus siniestros culebreos un infierno de horrores, como si el cielo se anegara en el mar ó el mar se subiera á los cielos, movidos ambos, azotados, desgarrados por gigantesco furor. En vano unos marinos se lanzan al timon, otros recogen los remos, éstos bajan las velas, aquellos aseguran los mástiles, varios despiden el agua y algunos amarran los cables; la tormenta, rabiosísima, sacude la nave en sus epilépticos estremecimientos, y las tablas se apartan unas de otras en medio de los tremendos asaltos de las férridas espumas, del horrible estrépito de los

vientos en choque con las aguas y del azote de los rayos y de las trombas sobre las espaldas del mar.

La tripulación se acongoja, porque do quier vuelva la vista sólo encuentra la muerte. Los amigos ausentes, la patria amada, la familia, las ilusiones queridas, las esperanzas acariciadas, la juventud próxima á perderse, la noche eterna próxima á venir, tristemente sirven de tema á las diversas invocaciones y lamentos de los náufragos al extinguirse sus fuerzas en el combate, al sentir el buque estremeciéndose bajo sus plantas, al caer en las aguas, al cogerse á la última tabla, al pronunciar la última palabra. Pero Ceyx, despues de haber dirigido su plegaria á los dioses, solamente se acuerda de su esposa. Alcyon, dice cuando la nave se abre; Alcyon, cuando en las aguas se hunde; Alcyon, cuando se ase á la última tabla, prolongando su agustia por prolongar su vida, y prolongando su vida por pronunciar alguna vez más el nombre de su esposa. Mas al ver que sus fuerzas se acaban sin que se acaben los furoros del mar, dirige votos al cielo en demanda de que sus despojos vayan á dar en las pátrias playas, para ser regados por las lágrimas de Alcyon. Y una ola negra é impetuosa, se eleva en forma de bóveda y le acaba. Miéntras tanto, la fiel esposa importuna á los cielos con plegarias y ofrece á Juno sacrificios para que le conserve á Ceyx ya muerto. Juno, para instruirla en su desgracia, expide á la ninfa Iris á la gruta donde yace el Sueño, á fin de que le envíen á la pobre Alcyon en la callada noche con misterioso mensaje, indicio seguro de su suerte. En el hueco de alta montaña hay una caverna donde jamás entrara un rayo de sol envuelta en vapores, impenetrable á la luz, inaccesible casi á todo movimiento y á toda vida, donde en vez del perro que ladre ó el gallo que cante, donde en vez del susurro de las aguas ó del rumor de los bosques, sólo se oye la corriente de Letheo convidando al olvido y al reposo, bajo cuya advoca-

cion y entre adormideras, cicuta y otras plantas letárgicas, descansa sobre lecho de ébano, en colchon de plumas, bajo cobertura de sombras, el Dios, rodeado de las innumerables formas de vagos é indecisos ensueños. Y á los ruegos de Iris, uno de éstos se posa sobre los párpados de Alcyon dormida y le anuncia su desgracia en la forma misma de su esposo. Apénas despierta la infeliz con el alba, corre á la orilla, mira las ondas, y las invoca para que le digan la verdad entera y le den nuevas del que los sueños le han mostrado muerto. En esto aparece sobre las ondas un cadáver flotando. «¡Ay! Cualquiera que tú seas—grita Alcyon—compadezco tu suerte, náufrago extinto, pero compadezco mucho más la suerte de tu mujer, si es que la tienes.» Las olas despiden el cuerpo á la orilla, y Alcyon se arroja sobre él. Un grito agudísimo destroza su garganta, un suspiro su pecho, la sangre le nubla los ojos, las lágrimas le inundan el rostro, y fuera de sí, como demente, se mesa los cabellos, y se arranca con las uñas á pedazos la carne de su convulso cuerpo. Es su esposo. Las gentes acuden á sus gritos de dolor; pero la mujer viva y el marido muerto se truecan en dos aves, que hienden los aires y los llenan de sus plañidos y rozan las ondas con sus alas. Y se aman allá en los aires y confían sus nidos á los mares, que durante siete dias los llevan sobre su superficie; dias serenos y suaves porque Eolo refrena el aliento para proteger á sus desgraciados hijos y á sus queridos netezuelos.

Así han brotado muchas islas y han nacido muchas aves marinas. ¿Veis esas delgadas y zancudas, cuyo breve cuerpo apénas se mantiene sobre las patas larguísimas, y cuya cabeza huye del prolongado cuello, tristes y lamentosas como una elegía, sumergiéndose en el seno de los mares hasta desaparecer en ellos á manera de peces, cual si buscaran la muerte? Pues sus plañidos, su melancolía, su flaqueza, sus lamentos provienen de su origen. Erase un pastor hijo del rey Priamo

y de hermosísima ninfa. El régio niño tiraba desde la cuna á seguir la vocacion de su errante madre. Así, disgustábanle de todo en todo las ciudades, los muros, los monumentos, la compañía de los hombres. Para él no habia grandeza como la magnitud de las montañas, ni deleite como la hermosura de las selvas, ni música como las melodías de los campos, ni cuadros como las puestas del sol contempladas en la soledad, ni estatuas comparables á las móviles ninfas, ni libertad como la libertad en el seno de la Naturaleza. Alma tan reconcentrada, debia sentir, necesariamente, tarde ó temprano, amor muy profundo. Y cierto día que vió á la ninfa Hespéria enjugándose los largos cabellos en las orillas del Cebreno, se enamoró de ella, y corrió á su presencia. Al ruido de sus pasos huyó Hespérida, trémula y ligera como una cierva. En su carrera, traidora serpiente la muerde en las plantas, y la ninfa muere. Su blanco desnudo cuerpo, tendido sobre la verde hierba, mal envuelto en la negra cabellera como en sedoso manto, aparecía bellísimo con el frio de la muerte, cuya rigidez daba á todos sus miembros la transparencia del mármol. El jóven se inclina sobre aquel inanimado despojo, y, viendo que no podia volverle el alma con sus calurosos suspiros, ni reanimarle la sangre con sus encendidas lágrimas, se sube á roca altísima, y desde su desolada cima, se precipita en el férvido mar. Thétis, compadecida de su desgracia. le da alas que le permitan sostenerse sobre la superficie. Desde entónces el hijo de Priamo busca con anhelo la muerte, y hasta la muerte le niegan los adversos hados.

Pero no acaban aquí las transformaciones. Habia un pescador que pasaba su vida á las orillas del mar, ora tendiendo el copo en las aguas, ora tirando á las aguas el ténue hilo rematado por el anzuelo. Una pradera vírgen, es decir, jamás hollada por la pezuña de los cuadrúpedos, bordaba las orillas de este mar celeste. Y sobre la pradera depositaba el jóven y

hermoso pescador su reluciente pesca. Pocas cosas hay en el mundo que interesen tanto como la salida de un copo. Robustas gentes tiran de gruesas cuerdas, y gritos de entusiasmo alientan al rudo trabajo. Las redes han sido depositadas muy léjos desde los barquichuelos, y vienen pesadísimas, rompiendo á duras penas la resistencia de ondas y corrientes. Cuanto más pesen, más alegran, porque indican mejor resultado. Por fin los dos coros de marineros, que se aproximan á la orilla, desnudos los brazos y desnudas las piernas, mostrando el pecho hasta en los rigores del invierno, con sus cuerdas al hombro, prontas á caer sobre las maromas del copo y agarrarlas como si fueran serpientes, sacan la codiciada presa. Entre los agujeros de la red vienen amontonadas muchas algas, entre las algas muchas conchas, entre las conchas muchos animalejos diminutos como infusorios; pero grandes latidos, movimientos bruscos, saltos violentísimos indican que hay pesca, y, en efecto, relucen, apurando los últimos serbos de la atmósfera y combatiendo la asfixia, peces de mil tamaños y colores, rojos, rosáceos, azulados, violetas, entre algunas estrellas marinas y algunos corales, todos relucientes y brillantes, que dan verdadera alegría á los ojos y convierten la playa, henchida de marinos atentos á la fecundidad de aquel trabajo y gozosos por su éxito, en una verdadera fiesta. Glauco, amante de la soledad, como casi todos los séres extraordinarios, desempeñaba él solo todos estos trabajos, y él solo cumplía todos estos diversos ministerios de la pesca. Una tarde sacó sus redes á la pradera cercana, cuyas hierbas jamás habia segado la hoz, y cuyas flores jamás habian rozado ni el aguijon de la abeja, ni el ala de la mariposa. Tendido en el mullido lecho contaba los pescados. ¡Cuál no seria su asombro al depositarlos sobre aquellas hierbas, y verlos renacer, palpitar, mover la cola y las aletas, abrir gozosos las tráqueas é irse con pasmosa celeridad, deslizándose á manera de

reptiles por la tierra, hácia las saladas ondas, hasta precipitarse en su seno y revolverse alegres en nueva y más gozosa vida! La virtud de tales hierbas fijó su atención y despertó su curiosidad. Y para saber qué contenían, arranca algunas briznas y las prueba. ¡Infeliz! Nunca lo hubiera hecho. Extraña agitación le posee, el aire del cielo le falta, y un poder mágico le arrastra hácia las aguas. Sus brazos se levantan á las alturas, sus ojos se fijan en la luz, da un adiós supremo á nuestra atmósfera, y se hunde en los mares. Los dioses marinos lo convirtieron solícitos en dios también, después de haberle dicho nueve veces las palabras mágicas y haberle bañado para que ganara la inmortalidad en cien ríos distintos. Desde entonces todos esos reflejos verdes que toma el mar, y que ninguna paleta podría repetir, se llaman glaucos. Las espaldas cristalinas del joven dios, su larga cabellera, sus profundos y al mismo tiempo claros ojos, dan á las aguas todos esos brillantísimos matices, y toda esa cristalina transparencia. Glaucos es respecto á Neptuno, como la luna respecto al sol, más dulce, más melancólico, quizá más bello, aunque menos poderoso y brillante y vívido. En las ondas rizadas, en las espumas ligeras, en las algas sedosas, en las estelas luminosísimas, en la florescencia de corales, en los dulces matices, lo ven y lo adoran las ninfas de la orilla. Una que se negó á su amor, fué transformada por Circe en árida roca, que aún levanta, como sombrío contraste, su ceñuda frente por las risueñas costas de la divina Italia.

Así, cuando bogáis por estas riberas de Ausonia, cuando veis las aguas del Tirreno mar, cuando recibís en la retina maravillada la alma luz, no encantan vuestros ojos en tan alto grado el corte clásico de las tierras, los verjeles encantados de los campos feraces, las largas cordilleras tachonadas de humaredas, de ventisqueros, las islas graciosas que surgen de las ondas, los cabos y los promontorios cargados de templos,

las inflamadas tintas rojas del último crepúsculo y las albas tintas perlas del primero; lo que más os maravilla, son los enjambres de ideas, y las legiones de dioses, y los coros de ninfas y nereidas, y los poemas de recuerdos, y las églogas poéticas, y las tragedias históricas, y los espectáculos del espíritu, levantándose varios y sublimes sobre los espectáculos de la naturaleza.

¡Cuánto inspiras ¡oh Naturaleza! al que te siente y te contempla toda entera, pegado al radio de su existencia, como el insectillo á las trémulas hojas de la planta! Las fuerzas del Cósmos luchan en una batalla gigantesca y se equilibran dulcemente en una armonía perfecta. Ningun sér, desde el oscuro escarabajo que se arrastra en la tierra hasta la canora alondra que canta en lo infinito, se exceptúa, ni de inscribirse en los ejércitos del combate universal, ni de anotarse en las escalas armónicas y en los coros innumerables del universal amor. Este aliento que sale de mi boca, ese humo que se escapa de un pedazo de leña ardiendo por la boca de mi chimenea, van sobre las alas del aire á fortalecer las fibras y á pintar los tejidos de las grandes hojas que en las altas ramas se columpian. Todo se transforma. La misma fuerza empuja la ola que se encrespa sobre los abismos del mar, y el témpano que se desprende en aludes de cristal y en torbellinos de hielo desde las desiertas y heladas cimas del monte. La destruccion universal sirve á la universal reconstruccion; y la muerte de todos los dias, á la perennidad de la vida. Una semilla que se pudre da el pan que me alimenta; una flor que se marchita, el oxígeno misterioso cuyos glóbulos invisibles coloran y calientan en las venas mi sangre.

Arbol, que recoges las sales de la tierra por tus raíces ocultas en la oscuridad, y regalas aroma y aire vital con tus flores acariciadas por la luz; tú, que conviertes en místico incienso allá por tu copa las toscas materias absorbidas por los tubos y

por los filamentos de tus piés, ¿no eres imágen fiel de nuestra vida, que pasa desde los más rudimentarios sentimientos á las más etéreas ideas, con sus plantas en el barro tambien y con sus alas en el cielo? Nuestros cuerpos, compuestos de invisibles celdillas, son como los panales, donde los vientos, las aguas, los rayos del sol, la chispa eléctrica, el flúido magnético, depositan, á manera de invisibles abejas, la sabrosa miel de la vida. Esas columnas huracanadas, esos torbellinos gigantescos que alzan nubes de polvo, acaso traen el fosfato de cal necesario á mis huesos. Ese vegetal que se abre camino á través de las piedras, acaso busca el átomo de hierro necesario á caldear mi vida. El grano de uva transparente que apaga mi sed y satisface mi hambre en el otoño me da cal, como el escultor da cal á los bocetos de sus estátuas; y la hoja de thé, cuya infusion he bebido en las veladas de invierno, acaso me da férreo manganeso y sirve á mi vida como sirve el térreo cincel á la estátua. ¡Cuántos golpes de ese hierro invisible, transfundido en mi sér por una planta misteriosa, habrán aumentado los golpes de mi sangre en la fragua del corazon y de los pulmones!

Atomos, que andais como una lluvia eterna por lo infinito, moviéndoos en danza perpétua y formando misteriosos círculos, ora caiga vuestro polvillo brillante sobre las ténues alas de la mariposa, ora enrojezca las tintas de la aurora boreal, ora se condense en los cristales de roca, ora se disipe y desvanezca en el humo; al movimiento que os arrastra, á la afinidad que os junta, al inmenso crisol químico que os produce, estamos todos subordinados y sometidos por nuestra respiracion y por nuestra nutricion, como el último de los infusorios. Cada planta es como una cocina alquímica, donde sin conjuros, sin sortilegios, sin fórmulas cabalísticas, un alquimista invisible fabrica la verdadera piedra filosofal, más rica que el oro, á saber: la albúmina, indispensable á nuestra alimenta-

cion. Sus tegumentos convierten el ácido carbónico y el agua en esa azúcar necesaria á nuestro sér, sacándola de la mina más transparente y más cercana y más rica, del aire vital. La pobre planta es la grande organizadora de la materia inorgánica, y la que más contribuye con sus exhalaciones de oxígeno á la universal combustion de la vida, pues cada uno de nosotros ardemos en nuestra humildad como arden los soles en el inmenso cielo.

Nuestro cuerpo contiene cenizas y azufre como los volcanes, sales como los mares, electricidad como las nubes tonantes, fósforo idéntico al fuego que se agarra al mástil de los buques, y que culebrea en las estelas de las ondas, hierro como las minas, cal y fosfato de cal como los campos, ácido carbónico como la ardiente llama, oxígeno como la hermosa flor herida por la luz, cuyos aromas absorbemos con verdadero anhelo. Y está de tal manera en relacion estrecha con el Universo, que recibe de todo el Cósmos y por todo el Cósmos despide en una circulacion perpétua los átomos componentes de su organismo, sujetos á una eterna transformacion en la naturaleza y á un contínuo movimiento, que solamente á este precio es posible la vida, al precio de una descomposicion y recomposicion incesantes, en cuyas operaciones se tocan y se confunden el nacer y el morir perpétuamente. El cuerpo es como un horno cuyas paredes y cuyas bóvedas fueran tambien candentes por sí mismas, y en el cual echaran combustibles todas las cosas creadas. El ave, que abre sus alas en los espacios inmensos, es como un haz de llamas, como un aerolito ardentísimo por la viva intensidad de su calor. Así no hay cáveres. Su putrefaccion es una série de nuevas combustiones vitales. Con sus átomos se tiñe de colores una flor, con sus jugos se hincha de azúcar un sabroso fruto, con el fósforo de sus huesos se alimentan otros jóvenes huesos, de los cuales se irradia la esperanza en el advenimiento de nuevas generacio-

nes. La materia es una guerra perpétua, pero también es un perpétuo comercio; dos fuerzas que luchan se envían mutuamente sus átomos y se cambian sus respectivas sustancias. Así las excrecencias, los despojos, los restos, todo cuanto parece inútil, perdido, muerto, abriga los campos, fecunda como levadura de vida la tierra, se extiende en sávia por las raíces, y se condensa en sustancias que calman el hambre de muchas generaciones, y que aseguran la existencia de muchos pueblos. Hé ahí los eternos metamorfoseos.

Somos parte integrante de lo infinito. Desde el mundo donde estamos confinados, vemos un fragmento del cielo, el cual es tan reducido respecto á la inmensidad, como las ténues alas de fugaz mariposa respecto á nuestro cielo. El sol no es más que una de las estrellas diseminadas en los espacios... ¡Quién nos diera subir en alas de la electricidad á esos abismos cerúleos suspensos eternamente sobre nuestras cabezas y ver en los varios mundos las varias formas revestidas por la impalpable esencia de la vida! Los nervios formarían allí como aquí arpas pulsadas por las chispas eléctricas. La ciencia ya nos ha dicho descomponiendo la lejana luz cuán universales son las primeras sustancias y cuán verdadera la existencia real de los elementos diseminados en todo el Cósmos; pero nada nos ha dicho aún, ni quizá pueda decírnoslo jamás, de cómo varía en lo infinito el riquísimo tejido de las formas y el inmenso collar del organismo. El oxígeno es la luz de la luz, como el pensamiento es el alma del alma. Y el oxígeno produce por todos los astros inacabables tempestades, infinitas columnas de llamas en las cuales deben brotar sustancias que se cristalicen, formas que se animen, vida que se eleve del divino calor. En el luminar de cuya luz es nuestro día, de cuyo fuego es nuestra vida, de cuyos rayos son nuestros colores, van extendiéndose grandes sombras, las cuales nos anuncian una noche eterna en que podrá extinguirse, no ya nuestra pobre tierra,

sino todo nuestro sistema planetario envuelto en largos ataudes de vapores y de tinieblas. Entónces nuestro planeta será más triste aún que esa luna muerta, y nuestra atmósfera más ténue y más gaseosa y más indefinible que esos cometas, formas indecisas, sueños de la luz, pálidos fantasmas que vagan sobre los confines de la nada, fosforescentes fuegos fátuos de un cementerio sin límites, venidos á nuestra vista como almas en pena, ténues presentimientos de mundos por nacer, pobres pavesas de mundos ya extinguidos.

Los soles con sus coros de planetas; los planetas con sus coros de lunas; los innumerables aerolitos que brotan como enjambres en la flor azul de los cielos; las tempestades y las tormentas de fuego eterno; los hirvientes océanos de metales fundidos; las largas masas de materia cósmica llenas de evaporaciones y de condensaciones continuas, toda esta erupcion de la vida, toda esta incandescencia en el espacio, lanza á lo infinito mundos hoy vivientes para recibirlos acaso mañana muertos, y volver de nuevo á transformarlos en una destruccion y renacimiento sin término, como el tibio calor de la primavera convierte las larvas en gusanos, y los gusanos en mariposas, ó como la gota de lluvia despierta con sus vapores los infusorios caidos despues de largo tiempo en el polvo y renacientes á virtud de una ley divina, á virtud de la ley universal de las transformaciones.

Nosotros contamos la vida solamente desde que hemos tenido conciencia de nuestro sér. Pero es mucho más dilatada y más larga. Como hemos existido ántes de que tuviéramos memoria de nuestra existencia, hemos existido ántes de nuestra vida humana. Esta materia nuestra ha estado adherida al sol. Quizá ha sido el relámpago de una de sus tempestades, quizá el vapor de uno de sus volcanes, quizá la ténue gasa de la materia cósmica perdida y disipada en las irradiaciones de la Vía láctea. Nuestro sér ha bogado por la inmensidad en

alas de un cometa perdido y errante, como el pólen de esas flores que el viento se lleva en sus giros y en sus torbellinos. Esta esférica gota de esencia cósmica llamada tierra, ha temblado en el espacio como tiembla el rocío, y en esa gota hemos sido nosotros como invisibles infusorios. Esponjas del mar, ramas de coral, acidias informes representan las raíces de nuestro organismo. Y así como hemos cogido en el hogar de nuestro cuerpo las cenizas de la muerte y las hemos avivado, también hemos recogido en los anillos de nuestro organismo el detritus de todas las materias, el substratum de todas las operaciones químicas del Universo, y lo hemos convertido en filamentos y lo hemos fecundado con el caliente y vivificador riego de nuestra sangre. Y después de haber pasado por estas sucesivas transformaciones, por estas varias fases, hemos llegado al espíritu, y en el espíritu hemos entrevisto el Sér de los séres, el centro de los pensamientos, el alma de las almas, el sol eterno en que todas las cosas tienen su origen y todas las ideas su arquetipo, el inefable, el infalible, el santo, nuestro Dios.

Y creedlo, así como en la esfera del universo material reina la fuerza, y por combinaciones de fuerzas se produce todo, en la esfera del universo moral reina la libertad, y todo por la libertad se produce. El calor, el magnetismo, la electricidad, el movimiento, la mecánica celeste, la dinámica vital, todo es resultado de la fuerza cósmica; y el arte, y la ciencia, y el Estado y el derecho, son como cristalizaciones varias de la libertad moral. El infinito espiritual y el infinito material coexisten. A las miriadas de astros corresponden miriadas de ideas. A la luz misteriosa en que se bañan los mundos, se une la luz misteriosa del pensamiento. Como el cielo completa la tierra, el espíritu completa el cielo. Como la tierra boga en el éter, el alma boga en Dios.

¿Y quién puede manchar el espíritu y la naturaleza? ¿Quién

puede, cuando la evolución de los seres orgánicos se ha concluido, cuando la vida de la tierra se ha perfeccionado, levantarse sobre todos y hacer de todo un escabel para sus plantas, una corona para su frente? ¿Quién puede empañar con su aliento la transparencia de los cielos y oscurecer con sus crímenes el mar de la vida? ¿Quién puede soltar en este eden del universo la serpiente del mal? ¿Quién puede coger el espíritu, oprimirlo, encadenarlo y borrar casi su luz? ¿Quién es capaz de todos estos crímenes? El que es capaz de sustituirse á Dios mismo: un tirano.

Mirad esta isla de Capri; miradla en su hermosura. Mares de un color celeste, como no los puede soñar ningun pintor; grutas que no serian más bellas si las hubieran cortado en transparentes zafiros; cabos y promontorios que alzan deliciosas ensenadas; montañas por cuyas laderas se entrelazan las parras con los olivos, y los naranjales con los pinares; crestas sobre cuyos deliciosos recortes vuelan las palomas mezcladas con las gaviotas; hermosas mujeres, cuyos ojos iluminan como estrellas de amor, y todo ha sido profanado por la sombra de los tiranos. El último de estos infames se cree con autoridad y con derecho bastante para sustituirse á esta trilogia eterna, á la naturaleza, á la libertad y á Dios.

EMILIO CASTELAR.

ADAN SMITH

Mucho se ha escrito sobre la Economía política de Adan Smith, pero muy poco se ha dicho de este hombre como tal. Y sin embargo, no sólo fué uno de los más curiosos sino que no es posible comprender fácilmente sus obras sin tener alguna noticia de su carácter y condiciones personales. Hay ciertamente muchos tratados económicos que parecen hechos por una máquina calculadora, mas no era este el caso en la *Riqueza de las naciones*. Todo aquel que se proponga fijar lo que en esta obra hay, y lo que falta en ella, tendrá que valerse del método histórico y consignar á donde alcanzó la experiencia del autor y en qué forma la dispuso. Y tal vez, al cumplirse ahora un como centenario de Adan Smith, no holgará por completo un ligero boceto de su persona y de su vida, y en particular de las causas que desde una y otra le llevaron á escribir el libro que por sus efectos más bien que por su teoría sigue ocupando la atención de los hombres.

El fundador de la ciencia de los negocios fué uno de los miembros de la humanidad, que por ménos á propósito para ellos deben conceptuarse. Era un profesor escocés, al parecer ahogado entre libros y absorto en las abstracciones. Nunca intervino en clase alguna de tráfico, y probablemente no habría acertado á ganar un cuarto en negocios, caso de empren-

derlos. Sus distracciones eran grandísimas. Teniendo que firmar en cierta ocasión un documento oficial, no puso su firma, sino hizo una concienzuda imitación de la que había puesto la persona que firmó antes que él. Habiéndole saludado en otra ocasión un centinela con militar ademán, dejó suspenso y resentido á este hombre parodiando sus gestos. Lord Brougham nos ha conservado otras análogas tradiciones. «Cuentan, dice este autor, los ancianos de Edimburgo que al pasearse en la pescadería con su acostumbrada actitud, esto es, con las manos á la espalda y la cabeza al aire, una mujer del mercado tomándole por un idiota, hizo gran escarnio de él.» Cosas parecidas sucedíanle en sociedad. Comiendo un día en Dalkeith, empezó una larga disertación sobre asuntos políticos de actualidad y dedicó los más severos epítetos á un estadista, cuando de pronto advirtió á su más próximo deudo sentado enfrente, por lo cual se detuvo, más se le oyó decir al irse: «Después de todo, así es la verdad.» Y todo esto que decimos apenas da idea de un cúmulo de anécdotas.

El asombro que causa el que un hombre así escribiera la *Riqueza de las naciones*, que tan profundo conocimiento revela de las ocupaciones reales de la vida, aumenta al considerar la manera que de escribirla tuvo. No fué su obra el producto exclusivo de un largo estudio, tal como un hombre distraído y al parecer absorto puede hacer en realidad de los negocios. Fué, por el contrario, este libro, en el pensamiento de su autor una parte no más de la gran obra que se proponía escribir. Un vasto plan flotaba á sus ojos, un plan algo parecido al del difunto Mr. Buckle sobre la historia de la civilización, é invirtió su vida en estudiar el origen y progreso de las ciencias, el derecho, la política y todos los otros sostenes y fuerzas con que el hombre ha subido desde el estado salvaje al civilizado. Y aún era más comprensivo el plan de Adan Smith. No quería trazar solamente el progreso de las especies, sino también el del individuo, pues proponíase mostrar de qué modo naciendo el hombre, á su juicio, con pocas facultades, llega á alcanzar tantas y tan señaladas.

Quería dar con la satisfactoria contestación de esta pregunta: ¿Cómo pudo el hombre, así la especie como el indivi-

duo, llegar á lo que hoy es? Estos inmensos sueños figuran entre los fenómenos más comunes que registra la historia literaria, y puede decirse en términos generales, que mientras más vasto es ese plan, más modesto es el resultado. Las meditaciones del autor son demasiado variadas, sus estudios demasiado diversos, sus intentos demasiado discordes para que pueda hacer cosas de verdadero mérito y dar á luz producciones bien coordinadas. Mas lo contrario es cierto en el caso de Adan Smith que obtuvo importantísimo resultado particular de un vasto y amplísimo proyecto, y descubrió las leyes de la riqueza al estudiar «el progreso natural de la opulencia,» investigando tambien este mismo desarrollo como parte del crecimiento y progreso de todas las cosas.

La mejor manera de darse exacta cuenta del plan de Adan Smith, es parar mientes en las obras que publicó ademas de la *Riqueza de las naciones*. La más importante y la que tambien hizo su reputacion, titúlase *Teoría de los sentimientos morales*, y en ella construye toda la naturaleza moral del hombre con solo un primitivo afecto simpático é incluye una historia de la filosofía moral. Juntas con esta obra suelen ir algunas *consideraciones referentes á la formacion de las lenguas* y en las cuales se discute cómo «dos salvajes que no aprendieron nunca á hablar y que siempre estuvieron apartados del trato de las gentes pueden romper á conversar.» Tenemos ademas una curiosísima *Historia de la Astronomía* que ha quedado incompleta; otro fragmento sobre la historia de la física antigua que viene á ser un apéndice de aquella parte de la historia de la astronomía que trata de la antigua; un ensayo análogo sobre la lógica y metafísica antiguas, y otro sobre la naturaleza y desarrollo de las bellas, ó como él las llama, las imitativas artes, pintura, poesía y música, escrito en el cual pensábase incluir una historia del teatro, trabajos que debian formar parte, segun dicen sus albaceas «del plan que un tiempo formó para hacer una historia de las artes liberales y elegantes.» (*Liberal and elegant arts.*) Destruyó ántes de morir los restos del libro *Lecciones sobre la justicia*, en el cual segun nos dice un estudiante que las oyó, seguia á Montesquieu en cuanto trataba de bosquejar el progreso gradual del derecho público y

privado desde las edades más rudas hasta las más refinadas y de señalar los efectos de esas artes que contribuyen á la subsistencia y á la acumulacion de la propiedad produciendo correspondientes alteraciones en la ley y en los gobiernos, ó como él mismo declara al dar término á su obra sobre los sentimientos morales «otro discurso» en que se propone «intentar una exposicion de los principios generales de la legislacion y el régimen político, así como de las diversas revoluciones que han experimentado en los distintos períodos y épocas de la sociedad, no sólo en cuanto á la justicia concierne, sino tocante á policía, rentas, armas y todo lo que es asunto de las leyes.» Pocos son los filósofos que más vasto plan concibieron.

Es á no dudarlo verdadero asombro en literatura, que un plan tan gigantesco y que abrazaba tantos asuntos abstractos, produjese algo de valor, y mucho más que produjese un libro que por espacio de todo un siglo ha sido la obra fundamental en asuntos de tráfico y dinero, materia á primera vista la ménos á propósito para que pudiera tratarla un hombre retraido y que caso de examinarla parecia exigir del autor la más concentrada y exclusiva atencion. Un ligero exámen de la vida de Adan Smith basta sin embargo á disminuir hasta cierto punto la extrañeza que decimos, porque hará ver cómo en el curso de sus enciclopédicos estudios vino á dar con este ramo del saber y se hizo capaz de cultivarlo.

Nació Adan Smith en Kirkealey, Escocia, á 5 de Junio de 1713. Murió su padre ántes que él naciera, pero su madre de quien dice la fama que fué mujer de discrecion y energía no comunes, vivió hasta alcanzar avanzada edad y logró ver á su hijo en el colmo de su reputacion de filósofo. Educáronle en la escuela, al modo usual en Escocia y en la Universidad de Glasgow, acreditando en ámbas, segun se dice con innegable exactitud, una viva facilidad de comprension y predileccion marcada por los libros y los estudios, dando claros indicios desde sus primeros años de una gran memoria. Nada sabemos, sin embargo, con la precision que deseáramos de la suma de conocimientos que en Escocia adquirió, ni del lugar que tuvo entre sus contemporáneos. Sus princi-

pales trabajos comienzan en un nuevo grado de su educación. Hay en la Universidad de Glasgow, cierto premio que se llama *the Snell Exhibition*, por el nombre de su fundador y que habilita á los estudiantes que lo obtienen para cursar algunos años en la de Oxford. Obtúvolo Adan Smith y estudió en Oxford siete años. Como es de esperar, habla en los más desfavorables términos del estado de la Universidad en aquel tiempo. En el bosquejo de la historia de la educación que forma un episodio muy extraño de la *Riqueza de las naciones*, demuestra que tuvo siempre el sistema que habia visto en Oxford y el régimen de esta Universidad en el peor concepto. Mas aunque sostiene que sólo tuvo medios de aprender muy poco en Oxford, aprendió mucho en realidad, particularmente en lengua y literatura griegas. Para los grandes trabajos que Smith proyectaba, un sólido conocimiento del griego era á decir verdad más necesario que ningun otro estudio. Los principios de las nueve décimas partes de toda filosofía están en Grecia y los rudimentos de otras muchas cosas. Mas para lo que hizo despues, aprendió Smith en Oxford algo de más valor aún que el griego. Adquirió allí un conocimiento de Inglaterra y una simpatía por ella de que estaban á menudo muy escasos otros ilustres escoceses de su tiempo. A la sazón, las huellas de la antigua rivalidad entre los dos países no habian desaparecido aún. Conservábanse una filosofía escocesa y una escocesa literatura, y cuando sucedia, como era muy frecuente, que no se pensara tanto en los escritores escoceses como creian ellos que debia pensarse, imputaban fácilmente á los prejuicios ingleses este olvido y apelaban á Francia y á Paris para que corrigieran tal error. Perturbaban en gran parte la inteligencia de Hume su odio á Inglaterra y su amor á Francia. Sucédiale muy á menudo no poder hablar con templanza de las cosas inglesas y ocuparse en las de Francia con extravagante admiración. Podrá dudarse que Adan Smith amara á este país, mas es lo cierto que ningun odio sentia por él y que comprendió perfectamente que en asuntos económicos era entónces Inglaterra muy superior á Francia. Este conocimiento y esta simpatía, verdaderamente excepcionales, deben atribuirse á una larga y agradable resi-

dencia en Inglaterra. Nada más necesario para su grande obra que estas disposiciones de su espíritu, pues habríase malogrado la *Riqueza de las naciones* á empeñarse Smith, como ciertamente se habria empeñado Hume, en probar que en cosas de industria no podia estar ó no estaba al ménos Inglaterra mejor que Francia.

El ejercicio Snell en Oxford ha sido muchas veces un plantel para la Iglesia de Inglaterra, y parece que se pensó inclinar la voluntad de Smith á que como tal lo usase. La única anécdota que ha quedado de su vida universitaria nos da el hilo de las razones que tuvo para no hacerlo así. Dícese que le halló su curador en cierta ocasion leyendo los *Ensayos filosóficos*, de Hume, recientemente publicados á la sazón, y que hubo de reprenderle por ello. Todo aquel que en algun modo simpaticizase con las ideas de Hume, tenía que sentir escasísima inclinacion á los formularios de la Iglesia Anglicana, ni áun considerados en la interpretacion que les daba la *ámplia Iglesia* (*Broad church*) de aquel tiempo. Lo cierto es que Adan Smith defraudó, por una razon ó por otra, las esperanzas de sus amigos, que desechó toda idea de ingresar en la Iglesia Anglicana, y que volvió á Escocia sin plan ni ocupacion fijos. Sabemos que vivió dos años con su madre, estudiando sin duda, mas sin ganar nada, y no ocupándose en cosa alguna, al parecer. Una carrera así habria terminado probablemente en Inglaterra «escribiendo para los libreros,» ocupacion de que habla amargamente en la *Riqueza de las naciones*. Abriáanse en Escocia más anchos horizontes para los filósofos. Contaban entónces, como ahora, las universidades escocesas con diversos profesores, convenientemente retribuidos, y distribuidos con acierto. La gente culta tenía entónces más fuerza en Escocia que tuvo ántes, ó despues, en ningun tiempo. La union con Inglaterra habia removido la aristocracia de la sangre, que ántes eclipsaba á esa gente culta, y el comercio no habia creado aún la del dinero, que la eclipsa ahora. El mérito filosófico tenía, por tanto, en Escocia á la sazón muchas probabilidades de ser recompensado mejor que lo está, por regla general, en el mundo. Habia, en aquel país gentes ilustradas que curaban de la filosofía, y que tenían recursos para dar premios

y apoyo á los filósofos. Pronto lo obtuvo Adan Smith. Dió algunas conferencias bajo la proteccion de lord Kames, eminentemente abogado que escribió libros de filosofía, que aún hoy se citan, y que indudablemente se interesó por los planes de los que Smith concebía tocante al origen y desarrollo de todas las artes y ciencias, por ser estos los asuntos que estudiaba y manejaba él mismo. Contra lo que tal vez podia esperarse, tuvieron estas conferencias un éxito lisonjero. No obstante ser de ordinario retraido y taciturno en el trato social, poseia Adan Smith con gran perfeccion el don peculiar de los escoceses, la oratoria. Hasta en la conversacion vulgar exponia en ocasiones sus ideas favoritas de un modo admirable. Y aún hacia más como profesor: escribió muy poco, y aunque al dar comienzo á una conferencia vacilaba á menudo y parecia no estar suficientemente penetrado del asunto, mostrábase afluyente al cabo de algunos minutos, y presentaba interesantes series de animados argumentos. Sucede frecuentemente que el hombre taciturno, que tiene el cerebro lleno de ideas no expresadas, está en mejores condiciones para hablar bien en público que el de brillante conversacion (*Talker*), que diariamente exprime su ingenio en agudos dichos. Adquirió Adan Smith una gran reputacion oratoria, y obtuvo de esta suerte dos de las más brillantes recompensas que á la sazón se daban en Escocia á los filósofos: la cátedra de lógica y la de filosofía moral en la Universidad de Glasgow.

La regla ó al ménos la práctica de las universidades escocesas parece que daba en aquel tiempo considerable latitud en la eleccion de asuntos á los profesores. Adan Smith explicó el primer año retórica y bellas letras, en vez de lógica, y en la cátedra de filosofía moral, expuso, además de la teoría del deber, un vasto plan de evolucion social. Los elementos de la riqueza de las naciones, forman parte del curso, mas sólo como un fragmento del inmenso plan de exponer el origen y desarrollo de la cultura y las leyes. Esta serie de conferencias parece que obtuvieron un éxito extraordinario. Tan alta puso su reputacion de profesor, que, segun se ha dicho, «acudían en gran número los estudiantes desde una gran distancia á la Universidad, sólo para oírle»; los ramos del saber á que

dedicó sus explicaciones, pusiéronse de moda (*became fashionable*) en la ciudad, y sus opiniones eran los principales asuntos de controversia en las sociedades literarias y en los *clubs* (1). Hasta las más insignificantes peculiaridades de pronunciación y modo de hablar que en él se notaban, fueron á menudo objetos de la imitación.» Tal es el recuerdo cariñoso que un discípulo conservaba muchos años despues, y aún dando de barato que está recargado el cuadro de colorido y aminorando algun tanto el encarecimiento, son sus palabras, á no dudarlo, fidedigna recordación del gran triunfo de Smith en aquel tiempo y en aquel lugar.

Difícil es creer hoy dia que la mayor parte de aquellas lecciones tuvieran un gran valor intrínseco. Una exposicion histórica «de los principios generales de derecho y política, así como de las distintas revoluciones que han experimentado en las diferentes épocas de la historia», habria resultado tarea demasiado grande para un gran pensador de edad madura, dueño de todos los materiales acumulados en el dia de hoy y era, sin duda, superior á los alcances de un jóven que vivió há un siglo, y esto sin tener en cuenta que combinaba con trabajos tales una exposicion del origen de las facultades morales, una teoría de las bellas letras y otras materias. El desempeño de aquella parte del curso, que versaba sobre la riqueza y la renta, pudo ser útil para él por obligarle á dar forma determinada á sus ideas sobre dichos asuntos. A no ser así, y á ser tan sólo un hombre dedicado á los libros, siguiérase que los asuntos literarios le ocupasen exclusivamente y que descuidara lo que sólo puede enseñarnos la vida, por atender preferentemente á lo que está en disposicion de ser aprendido en los libros. Mas á la sazón era esto un mérito secundario: el objeto principal de sus conferencias, era un propósito imposible, basado en un trabajo sin límites.

Mas la vida es tan compleja, que estas explicaciones en Es-

(1) Nos creemos en el deber de recordar á nuestros lectores, que la palabra inglesa *club* no se aplica con especialidad, ni mucho ménos, á distincion de lo que en algunos países acontece, á cierto género de reuniones políticas.

(Nota de la R. C.)

cocia, con ser tan pródigas en superficiales cosas, y tan á propósito para agotar la inteligencia en la constante produccion de secundarias tésis, fueron, sin embargo, si las consideramos en conjunto, de singular utilidad. Indujeron á Adan Smith á estudiar como parte de su plan vastísimo los particulares fenómenos de la riqueza, y tambien le ofrecieron las circunstancias una excelente oportunidad para observar esos fenómenos y para aprender á explicarlos. Hallábase en Glasgow, y con ser tan pequeña esta ciudad, si comparamos el estado en que entónces se hallaba con su actual grandeza, era, sin embargo, importantísima plaza comercial para aquellos tiempos. La union con Inglaterra habia abierto para dicha poblacion el tráfico con nuestras colonias de las Indias Occidentales, así como con el resto del británico imperio, por lo cual creció aquella rápidamente y obtuvo considerable provecho. Que su circuito no fuera grande, como á nuestro ver no lo era, ántes fué ventajoso que perjudicial para quien estudiar y aprender se proponia. Un comercio pequeño es más fácil de observar que uno que inmenso sea. El de Liverpool ó Lóndres es en la actualidad tan vasto, que más bien aterra la imaginacion que la excita. De otra parte, un pequeño comercio, cuando es variado, tiene casi tanto que enseñar como aquel que se hace en gran escala. Los elementos son iguales, aunque las cifras son más pequeñas, y miéntras más pequeñas son éstas, más fácilmente se combinan. Un estudio de Liverpool no enseñaria mucho más hoy dia que el estudio de Glasgow, cien años há, sin contar con que las lecciones de la moderna Liverpool sōn mucho más difíciles de aprender. Mas la mera observacion de los fenómenos del comercio no era más que muy pequeña parte de las ventajas que se derivaban para Smith, de su residencia en Glasgow. Los más importantes principios de Adan Smith, si atentamente se examinan, no son en modo alguno abstractos y recónditos. A decir verdad, nuestra generacion no está suficientemente capacitada para apreciar la dificultad de comprenderlos. Con ellos nos hemos criado, y más bien estamos dispuestos á maravillarnos de que sea necesaria la ayuda de nadie para reconocerlos, que á tener en el debido aprecio la dificultad de des-

cubrirlos. La experiencia nos enseña que muchos de esos principios, el del libre cambio, por ejemplo, son ajenos en gran manera á las inteligencias faltas de cultura. En materias de economía política es indudable que la raza que habla el idioma inglés (*English-speaking race*) es la más culta, y, sin embargo, en los Estados-Unidos y en todas las colonias donde se habla lengua inglesa, el sistema proteccionista es creencia firme de las clases *directoras*, y para ellas el libre-cambio es una heregía. No debemos imaginar que ninguna de las principales doctrinas de Adan Smith fueron muy fácilmente descubiertas por él, sólo porque á nosotros nos parezcan obvias. Mas, de otra parte, aunque tales doctrinas son demasiado opuestas á muchos intereses y á muchas impresiones del primer momento para establecerse con facilidad como credo dominante, están por completo dentro del alcance y gusto de las inteligentes minorías que se colocan en disidencia. Mucho ántes que Smith naciera, habia una raza entera de libre-cambistas, y respirábase la doctrina en los aires mientras el vivió, aunque no estaba aceptada ni establecida, siendo, por el contrario, un principio contra el cual hubieran prevenido respetables padres de familia á sus hijos; mas, sin embargo, era conocida como tentadora heregía, contra la cual importaba precaverse.

Habia en Glasgow muchos de estos herejes. Probablemente á causa de la firme creencia en una rígida teología y de la incesante discusion de sus doctrinas, ha existido largo tiempo y existe aún en la Escocia meridional enérgica tendencia á la abstraccion y á la controversia, por demas desconocida en Inglaterra. Los ingleses se han reido de esa tendencia, ó la han examinado gravemente por espacio de algunas generaciones. Mr. Buckle escribió sobre ella medio tomo: Sidney Smith refiere que oyó hablar á una jóven en lenguaje filosófico, á propósito de los requiebros de que era objeto. Mas á despecho de sátiras y críticas, la pasion por las doctrinas osténtase aún con gran vigor en la Escocia meridional, y han de pasar muchos años ántes de que la desarraiguen de aquel suelo. Esa pasion tenia indudablemente gran influjo en Glasgow cuando Smith vivió en dicha ciudad, y cierto número de testarudos

comerciantes creían en el libre cambio y en análogas doctrinas. El doctor Carlyle, á quien Mr. Gladstone ha pintado bastante felizmente como un *gentleman clergyman* de la Iglesia de Escocia, nos habla de cierto Cochrane á quien siempre se mostró Adan Smith muy agradecido, y que fué el fundador y más influyente socio (*leading member*) de un club cuyo objeto era inquirir la naturaleza y principios del comercio en todos sus ramos, y comunicarse entre sí todos los individuos de la asociación cuanto supiesen. No sólo aprendió Adan Smith en este club mucho que no habia podido hallar nunca en los libros, sino que acaso adquirió en parte su eficaz y, por decirlo así, práctica manera de explicar las cosas; cualidad que tanto distingue á la *Riqueza de las naciones*. Dice Mr. Mill que en su trato con las personas encargadas de los asuntos de la India Oriental, adquirió la costumbre de buscar y el arte de descubrir, aquel modo de decir las cosas que las hace más fáciles de comprender para inteligencias faltas de la debida preparacion, y algo de esto se proporcionó sin duda Adan Smith en su trato con los comerciantes de Glasgow, pues en ningun otro libro nótase nada semejante á los medios de exposicion y persuasion de que aquel escritor dispuso.

Mas esta utilidad de su enseñanza en Escocia estaba reservada para un lejano porvenir. La única parte de sus trabajos profesionales que por el tiempo aquel dió Smith al público, fueron sus lecciones sobre filosofía moral. Ellas formaron la *Teoría de los sentimientos morales*, que fué leida con asiduidad y alabada con entusiasmo. Durante una gran parte de la vida de su autor, esta teoría fué su más importante título á la reputacion. La *Riqueza de las naciones* no se publicó sino diez y siete años despues, y Smith no escribió cosa alguna de importancia en el intervalo que entre una y otra trascurrió, siendo de notar para nosotros que al darse á luz una obra tan importante muchos críticos distinguidos creyeron que no valía tanto como la *Teoría de los sentimientos morales*, y lo es tambien que el mismo autor no estaba en modo alguno cierto de que se equivocaban los que tal dijeron.

La teoría de los sentimientos morales fué en verdad grandemente elogiada durante muchos años. La ensalzó un grupo

de filósofos, á mi ver, por el gusto que tenian en contar con tan famoso aliado, y otros la ensalzaron á su vez porque les alegraba contar con un adversario ilustre. Decian los unos: «hé aquí que una autoridad tan respetable como Adan Smith está con nosotros» y replicaban los otros: «ved, sin embargo, cuán débiles son sus argumentos: si un polemista tan hábil como Adan Smith puede decir tan poco por vuestras doctrinas ¿no es esto buena prueba de que carecen de fuerza?» Diversas obras han tenido análoga suerte en la historia de la filosofía. Mas aquel que la estudia sin curar de sectas y aspira solamente á conocer la verdad, encontrará hoy dia, á mi ver, escásimo interes en tan famosa obra. En el pensamiento de Adan Smith formaba ésta, como he dicho ya, parte de un todo. Proponíase su autor empezar con el estudio del origen de las facultades de cada hombre para luego llegar á su total comprension, no de otra suerte que se proponia dar con el origen de la sociedad ántes de expresar su organizacion. Su teoría de los sentimientos morales mostraba al hombre y á la sociedad, surgiendo de un solo gérmen, la simpatía, y es lo cierto que en este camino mereció los elogios de amigos y adversarios. Eran los unos aquellos que formaban la escuela del «sentido moral» y le aplaudian por estar á su lado y creer como ellos en una específica facultad moral y construirla laboriosamente sobre la base de la simpatía, así como sus adversarios no eran otros que los partidarios de la escuela utilitaria que no creian en la existencia de aquella facultad y que tenian por inútil el trabajo de Smith. Para el un partido valia el libro por la autoridad que daba á sus conclusiones, así como para el opuesto consistia todo el mérito de la obra en la influencia que se derivaba de refutarlo con acierto. Son incuestionablemente los argumentos que ella encierra débiles por demas y á propósito para ser refutados. Si la escuela intuitiva no tuviera á su favor más poderosas pruebas, es indudable que los utilitarios la habrian vencido largo tiempo há. Ofrécese una dificultad fundamental para que pueda fundarse la moral en la simpatía, una evidente confusion de dos sentimientos generales.

A menudo simpatizamos donde no podemos aprobar y aprobamos donde simpatizar no podemos. El característico

mal del espíritu de partido consiste en borrar la distincion de ámbas cosas: simpatizamos con el nuestro aún antes de aprobar su conducta. Cuéntase de un ingenioso radical que aspirando el siglo pasado á ocupar un puesto en el Parlamento, fué acusado por su contrincante que naturalmente era *tory* de hacer continuamente la oposicion al monarca, tuviera éste ó nó la razon, á lo cual contestó el whig que á su juicio estaba el *tory* en idéntico caso, pues mostrábase siempre á favor del rey, obrara éste mal ó bien. Siempre sucede lo mismo. Hasta los más prudentes hombres de partido simpatizan más ó ménos con los errores de los suyos. Carecerian de fuerza si así no hicieran, pues perderian influencia desde el punto en que no compartiesen las pasiones de sus allegados. Adan Smith no podia ménos de prevenir esta objecion. Sobrábanle dotes de razonador para no prever lo que pudiera decirse contra su libro. Mas la manera que tiene de afrontar las objeciones evidencia que son irrefutables. Asienta la teoría suplementaria de que la simpatía llamada á apreciar la pura y recta moral debe ser la de un «espectador imparcial.» ¿Mas quién se encarga de vigilar al guardian? ¿Quién ha de decir cuándo es imparcial el espectador y cuándo no lo es? Si simpatizamos con unos, dirá siempre el adversario que somos parciales. El supuesto espectador debe aprobar calurosamente en calidad de moralista las buenas acciones y condenar tambien calurosamente las malas; mas como persona imparcial ni una ni otra cosa debe hacer nunca. Si simpatiza, no es imparcial y si es imparcial no simpatiza. El vicio radical de la teoría, consiste precisamente en requerir esta invencion accesoria de un sér caliente y frio á un tiempo, porque se funda esencialmente dicho concepto en identificar la pasion que ama con el sentimiento que aprueba.

Mas aunque hoy dia consideremos que la *Teoría de los sentimientos morales* era obra de escaso valor filosófico, y aunque á primera vista parezca muy poco á propósito para contribuir á que se escribiera la *Riqueza de las naciones*, es lo cierto que fué útil para esta obra aunque de curiosísima manera. La educacion de los jóvenes aristócratas ha sido siempre difícil, y muchos planes se han concebido para hacerla conveniente-

mente. Era en Escocia el más acostumbrado procedimiento, cien años há, mandarlos á recorrer la Europa, enviando con ellos algun profesor de reputacion que velara por la buena conducta de los jóvenes é inspeccionara sus estudios. Los curadores del poderoso duque de Buccleugh, habian menester una persona que tales funciones llenase, y parece que se convencieron de que Adan Smith era la persona que reunia mejores condiciones para el caso. Difícil á todas luces era hacer peor eleccion. Como ya hemos dicho, era Adan Smith el más distraido de los hombres y un solitario profesor escocés, ajeno por completo al continente.

No habia atravesado nunca el Canal, y si hubiera quedado la cosa á su arbitrio, tal vez no lo habria atravesado nunca. Mas uno de los curadores era Charles Townshend, que habia casado con la madre del joven duque. No era este personaje muy desemejante á Mr. Disraeli en carácter, y gozaba en aquel tiempo de una gran reputacion. Leyó la *Teoría de los sentimientos morales*, y con este motivo escribia Hume á Adan Smith: «Charles Townshend, que pasa por la más inteligente persona de Inglaterra, está tan satisfecho que dijo á Oswald estar dispuesto á entregar al autor la guarda del duque, y que haria cuanto pudiera por hacerle aceptar este encargo. No bien lo supe cuando resolví verle, como en efecto lo hice dos veces, con ánimo de hablarle del asunto y de convencerle de que enviara á Glasgow á ese joven aristócrata, pues no acierto á explicarme las proposiciones que podrian hacer os dichas personas para que renunciaseis al profesorado. No pude hallarle en casa, y como Mr. Townshend pasa por ser un tanto indeciso, tal vez no debeis preocuparos grandemente con su dicho.» Mr. Townshend estaba, sin embargo, resuelto á la sazón, y la oferta se hizo. En nuestros tiempos se habria tropezado con una insuperable dificultad para conseguir que el profesor se aviniese.

Era Smith un profesor de mucha fama, y pedirle que renunciara una cátedra vitalicia que rendia considerables utilidades, fuera inaceptable, no pudiendo ofrecerle á cambio nada tan seguro. Mas en el siglo xviii habia modos de facilitar tales arreglos que en nuestros dias son desconocidos. La familia de

Buckleigh tenia gran influencia política, y Cárlos Townshend, padrastro del duque, poseia aún más á la sazón. De esta suerte pudieron ofrecer á Smith los curadores del jóven duque 200 libras esterlinas al año, miéntras lograran obtener de la Corona un oficio de análogos rendimientos para el profesor. Difícilmente hubiera podido hallarse persona ménos á propósito á la simple vista para el desempeño de un cargo público; mas en aquella época de pensiones y destinos no se pensó tal vez que prestara algun servicio. No es fácil hallar una combinacion más característica del antiguo régimen, ni más ajena á nuestras actuales ideas. Pudieron abrigar ciertos temores con alguna razon los amigos del jóven duque á propósito de este arreglo, pero es lo cierto que resultó á la postre ventajosísimo para sus intereses. Mucho tiempo despues, muerto Adan Smith, escribia aquel prócer: «Volvimos á Lóndres en Octubre de 1766, despues de haber pasado juntos tres años ó poco ménos, sin el menor desagrado ni el más pequeño enfriamiento, y disfrutando yo todas las ventajas que eran de esperar del trato de un hombre como aquel. Fuimos amigos hasta la hora de su muerte, y guardaré siempre la impresion que me produjo la pérdida de un amigo querido y respetado, no sólo por su gran talento, sino por toda clase de virtudes que le adornaban.» Muy pocos caprichos de Townshend tuvieron un éxito tan lisonjero.

Aún fué mejor para Smith el resultado de estos viajes. A no ser por esta extraña consecuencia de su *Teoría de los sentimientos morales*, habria pasado toda su vida en Escocia, dando parecidas lecciones y revistiendo teorías harto discutibles con palabras retumbantes. Andando el tiempo, dijo en cierta ocasion que no habia mejor manera de poner á un hombre en disposicion de dominar á un órden de conocimientos, que obligarle á enseñarlo á los demas. Esto es verdad, tocante á las ciencias bien determinadas ó definidas. Mas nada puede ser peor para un hombre, que ponerle á explicar asuntos tan vastos como el derecho, la moral, la política y la civilizacion, particularmente en tiempos como aquellos en que sólo se podia disponer de un corto número de buenos datos para ilustrar las cuestiones. En tales casos, cuanto más distinguidos son los

hombres por su inteligencia, tanto peores son en cierto sentido los resultados, pues mientras sea mayor su curiosidad y más fecunda su imaginación, más probable será que den á luz una série de gigantescas conjeturas, de poca utilidad para ellos mismos y para los demas. Un hombre dedicado á una especialidad, y que tenga aficion á un solo asunto, áun con esta desventaja, puede producir cosas buenas. La limitación de su inteligencia puede preservarle de ser anulado por su posición; pero un hombre de vastos planes, fracasará por completo las más veces. Como quiera que Adan Smith los tenía, y que era completamente el reverso del hombre dedicado á una especialidad, corria graves riesgos de extraviarse, y el mero hecho de sustraerse á los deberes del profesorado, reportábale considerables ventajas. Tenia para este hombre capital importancia el verse libre de la obligación de producir constantemente discursos, y el que la suerte le llevase á estar en contacto con los hechos y con el mundo. Tal como resultó á la larga, el capricho de Townshend fué muy beneficioso. No puso solamente á Smith en contacto con los hechos y con el mundo, sino con la más conveniente clase de hechos, y para el intento con la parte mejor del mundo.

La mayor parte de los tres años que pasó en el extranjero trascurrió naturalmente en Francia. Francia era á la sazón la más importante nacionalidad del continente. Alemania estaba dividida, y aún no se había levantado; España había caído; Italia era de escaso valer. Y á decir verdad, Francia era en un respecto más grande todavía, relativamente hablando, que en tiempo de su mayor encumbramiento, que bajo el imperio de Napoleon I. El poder político del primer imperio era casi ilimitado, mas no tenía fuerzas intelectuales, y bajo aquel régimen dejó de ser Paris un foco importante de pensamiento y literatura. Mas bajo el gobierno templado del antiguo régimen, aquella ciudad era el centro principal de la cultura europea. La escasez de militares ilustres y grandes hombres de Estado en este régimen antiguo era á propósito para favorecer el florecimiento de las eminencias literarias. La ciudad de Paris era entónces reina de dos mundos, pues dominaba al de la política por las tradiciones, y al literario por fuerza y vida vigorosa-

mente evidenciadas á la sazón. Atraía, por tanto, Francia la atención más viva de los viajeros que curaban de la vida intelectual en los tiempos aquellos, y Adán Smith invirtió con su discípulo en París el más largo período de su residencia en extranjeras tierras. Como preparación para escribir la *Riqueza de las naciones*, en ninguna parte pudo hallarse mejor. Dice Macaulay que los antiguos abusos y las nuevas teorías «florecieron juntos en Francia poco ántes de reunirse los Estados Generales con vigor más grande que se ha visto nunca ántes ni despues.» Esta aseveración es igualmente exacta en lo económico como en lo político, pues en todos los asuntos económicos la Francia de aquel tiempo era una especie de museo, provisto de los más importantes errores.

La naturaleza, entónces como ahora, hacia de Francia un país muy á propósito para alcanzar una gran prosperidad en la agricultura, un país productor y exportador en gran escala de grano y vinos; mas por largo tiempo habíanse esforzado sus legisladores en contrariar los impulsos de la naturaleza, tratando de hacer de dicha nación un pueblo manufacturero y exportador. Como el mayor número de personas en aquel tiempo, sentíanse ellos extraordinariamente impresionados por la elevada influencia que el poder marítimo, como entónces se decia, el poder comparativamente escaso de Inglaterra y Holanda, debia adquirir segun las probabilidades todas en la política europea. Observábase que este influjo provenia de la riqueza, que esta riqueza era debida al comercio y á la manufactura, y determinaron por tanto, que Francia no quedara rezagada y que tuviera, por el contrario, todo el comercio y toda la manufactura posibles. Con arreglo á esta determinación impusieron derechos á la importación de los artículos de la manufactura extranjera, otorgaron protección á las correspondientes manufacturas nacionales y trataron de fundar colonias distantes, sin curar de la propensión de los franceses á no abandonar el suelo nativo. Estas colonias debian ser, con sujeción á la máxima universalmente aceptada á la sazón, mercados para el tráfico de la madre patria y viveros de su comercio. Prohibióseles que atendieran á sus necesidades con la manufactura colonial y viéronse compelidas á importar cuanto fuera

necesario ó agradable para ellas de Europa en buques franceses con exclusion de otra bandera. Mientras tanto descuidábase en el país la agricultura. Ni siquiera podian trasladarse libremente los granos de una parte á otra del territorio.

Adan Smith, que nos ha dejado importantes noticias de esta situacion económica, nos dice lo siguiente:

«En Francia las diferentes leyes que regulan el cobro y extension de la renta, requieren en cada provincia multitud de empleados para vigilar no sólo las fronteras del reino, sino casi todas las de las provincias, bien para impedir la importacion de ciertos géneros ó para sujetarlos á determinados derechos, con no escaso perjuicio del comercio interior. A ciertas provincias les está permitido convertir el impuesto de la sal. Otras están exentas de esta contribucion. En algunas no está vigente el privilegio de la venta del tabaco que disfrutaban en casi todo el reino los administradores generales. (*Fermiers generaux.*) Los impuestos varian grandemente en las diversas provincias. Las hay que están exentas y acuden de un modo equivalente á las necesidades públicas. En aquellas donde están vigentes hay muchas contribuciones locales que no traspasan los particulares límites de una ciudad ó distrito. Las *traites* dividen al reino en tres grandes partes: primera, las provincias sujetas á la tarifa de 1664; segunda, las sujetas á la tarifa de 1667, y tercera, aquellas de quien se dice que las tratan como extranjeras, ó bien las que por consentírseles el libre comercio con países extranjeros, están sujetas en sus relaciones comerciales con las otras provincias de Francia á los mismos derechos que los países extranjeros. En este grupo figuran Alsacia, las diócesis de Metz, Toul y Verdun y las ciudades de Dunkerke, Bayona y Marsella. En estos grupos de provincias hay muchos impuestos locales. Innecesario es decir cuánto tienen que multiplicarse los empleados y las prohibiciones para vigilar las fronteras de tantos distritos y provincias sujetas á un sistema tributario tan rico en desigualdades y diferencias.»

Habia tambien muchos errores anejos á éste régimen, errores que acompañan de ordinario á todo sistema protector y que no necesitamos especificar.

Por consecuencia, el estado del pueblo era miserable. El

sistema tributario bastaba á menudo para producir la miseria. Dice Adan Smith: «En las provincias donde está en vigor la contribucion personal, el labrador tiene miedo á contar con una buena yunta de bueyes ó pareja de caballos, intentando por el contrario labrar sus tierras con los más humildes y desdichados instrumentos de labranza que puede proporcionarse.» Los numerosos impuestos que pesaban sobre las tierras y que percibian los nobles producian idénticos efectos. Casi todo el país estaba sujeto á un doble dominio. El labrador tenia ordinariamente por la ley, cuando no por la costumbre, derechos especiales sobre las tierras; pero estaba sujeto en su usufructo á innumerables exacciones de diversas clases que el señor podia variar á su antojo. «En Francia, sigue diciendo Adan Smith, de un modo que sorprende por su extraña contradiccion con lo que podria decirse actualmente, las clases inferiores tienen que sufrir pacientemente lo que quieran hacer de ellas las más elevadas.» El país de Europa en que hay actualmente más igualdad social, era entónces aquel en que habia ménos tal vez.

Al lado de esta coleccion de errores económicos, notábase una vigorosísima economía política que los revelaba. Las doctrinas del libre-cambio habian sido indicadas varias veces por pensadores aislados; mas á decir verdad la más poderosa escuela filosófica que los ha inculcado incesantemente eran los *Economistas* franceses. Complaciáanse en demostrar que la estructura total de las leyes industriales de Francia era completamente errónea, que no debian imponerse prohibiciones á la importacion de manufacturas extranjeras, que no debia dispensarse proteccion á las nacionales, que la exportacion de granos debia ser libre, que en todo el país debia establecerse la unidad de fisco, que no debian establecerse aduanas entre las provincias, etc. «Comprar es vender,» decia Quesnay, fundador de la escuela, «vender es comprar.» Inútilmente querriais expresar mejor el principio de la moderna economía política, segun el cual el *comercio es cambio (trade is barter)*. «No intentéis, seguia diciendo Quesnay, fijar el precio de vuestros productos, géneros ó servicios, pues se saldrán de vuestras reglas. Sólo la competencia puede regular los precios con equidad: sólo ella los limita á un término medio que varia poco: sólo ella atrae con

seguridad las provisiones donde se necesitan y el trabajo donde lo han menester.» «Lo que llamamos carestía es el único remedio de la carestía: la carestía es causa del exceso.» Fácil sería desenterrar máximas análogas de aquellos escritores, mas no siempre eran tan discretos como en las citas que hemos hecho.

Como la máxima fundamental de la política dominante á la sazón era alentar el comercio y descuidar la agricultura, la secta de que hablamos dió á luz la doctrina de que la agricultura es fuente única de riqueza y de que el comercio y la industria no contribuyen á ésta. Presentaban como inútil el trabajo de artífices y comerciantes, entendiendo que sólo es verdaderamente productivo el de los agricultores. El modo que tuvieron de llegar á esta extraña idea fué si no me engaño algo parecido á lo siguiente: tomaron el producto agrícola total de un país, 5.000.000 de libras, por ejemplo, como figuran en manos del labrador é hicieron este cálculo:

1.º Por cuenta del capital invertido en jornales, etc.....	3.000.000
2.º Por pago de intereses de dicho capital ó atenciones de la propia subsistencia.....	500.000
	<hr/>
TOTAL.....	3.500.000

Mas estos 3.500.000 han producido un valor de 5.000.000; por consecuencia, hay 1.500.000 de diferencia, y este producto neto, como lo llamaban los economistas, viene á parar como renta al propietario. No es posible dar al capital una inversión que dé tal producto. Una fábrica algodonera no trae á su dueño más que el reemplazo del capital, con el cual vive. Mas no pasa de aquí; lo mismo en el comercio que en la industria, no hay otra cosa. Sólo la agricultura ofrece el elemento del *producto neto*.

De esta doctrina sacaron dos inferencias los economistas; agradabilísima la una para los agricultores y muy desagradable la otra, mas opuestas las dos al criterio del gobierno. Sostuvieron en primer lugar que siendo la agricultura fuente única de la riqueza, es absurdo descuidarla ó deprimirla, alentar al comercio y á la industria en vez de alentar á aquella. Eran por demas intolerantes con respecto al sistema económico y al de-

recho mercantil que tenían alrededor, y cuyo objeto era hacer de Francia un país mercantil é industrial, habiéndolo hecho la naturaleza para ser agrícola. Sostuvieron además que si no todos, el mayor número al menos de los impuestos que en Francia existían eran erróneos en principio. Si la agricultura es fuente única de riqueza, decían ellos, y si, como es sabido, sólo la riqueza es imponible, síguese que todos los impuestos deben pesar sobre la agricultura. Razonaban así: en la industria hay solamente un necesario estipendio del trabajo y un estipendio análogo del capital, á un coste que no se puede disminuir; no hay en ella sobrantes utilizables para el impuesto. Si intentais hacerla imponible, y si nominalmente la haceis pagar una contribucion, cargará mucho más por su necesario trabajo y arrojará el peso de esos impuestos sobre la agricultura. El producto neto de ésta es el verdadero recurso del Estado. Ningun otro ramo del trabajo puede pagar realmente nada, pues carece de medios. Y de aquí venían á parar en que todo impuesto que no pese sobre el producto neto es absurdo, pues sólo tiende á que paguen los que no pueden pagar. Proponían, por consiguiente, que se suprimieran todos los impuestos existentes en Francia, sustituyéndolos con un impuesto único sobre la agricultura no más.

Como este sistema era tan opuesto á la política del gobierno se podría creer que fué mal mirado, si no perseguido por la autoridad. Mas á decir verdad, fué más bien favorecido. Quesnay, fundador de la escuela, disfrutaba de un cargo en la córte y se hallaba bajo la especial proteccion de la querida del rey que era entónces el gobierno del mismo. M. de Lavergne cita una gráfica descripcion de aquel personaje. «Quesnay, decia Marmontel, bien alojado en un pequeño *appartement* del entresuelo de Mad. de Pompadour sólo se ocupaba desde la mañana hasta la noche en economía política y agrícola. Creyó haber reducido su sistema al cálculo y á evidentes axiomas, y como se hallaba á la sazón reuniendo una escuela, se proporcionó la molestia de explicarme su nueva doctrina, con objeto de hacer de mí uno de sus prosélitos. Apliqué todos mis recursos de comprension á entender esas verdades, que segun su dicho eran evidentes, más sólo oscuridad y con-

fusion pude encontrar en ellas. Hacerle creer que me hacia cargo de lo que realmente no entendí, era sin duda superior á mi voluntad, pero le escuché con paciencia y docilidad, dejándole la esperanza de que acabaria por ilustrarme y hacerme profesar sus doctrinas. Hice más: aplaudí su obra, que en verdad creia muy útil, pues se esforzaba en recomendar la agricultura á un país que la desdeñaba demasiado y en convertir á su estudio muchas inteligencias de primer orden. Mientras las tempestades políticas se formaban y desvanecian encima del entresuelo de Quesnay, perfeccionaba éste sus cálculos y axiomas de economía rural, tan indiferente y tranquilo con respecto á los movimientos de la córte, como si se efectuaran á cien leguas. En el salon de Mad. de Pompadour hablábase de paz y de guerra, de la eleccion de generales, de la reeleccion de ministros, mientras nosotros discutiamos en el entresuelo sobre agricultura, y calculábamos el producto neto ó bien comiamos alegremente con Diderot, D'Alembert, Duclos, Helvetius, Turgot, Buffon. Mad. de Pompadour, no pudiendo inducir á esta reunion de filósofos á que concurrieran á sus salones, acudia á verlos en la mesa y á conversar con ellos.» Rara vez ha sido tratada una filosofía de oposicion con tanto mimo y regalo.

A pesar de ser tan distintos los reinados de Luis XV y Luis XVI, asemejáronse en la proteccion que de uno y otro obtuvieron los economistas. Turgot fué nombrado ministro de Hacienda para reformar con la aplicacion de sus doctrinas á la nacion francesa.

La razon de este favor, que á los economistas se dispensaba, era que en la cuestion que más interesaba al gobierno, ellos estaban á su lado. La necesidad diaria del gobierno francés era el incremento del poder, pues con ser en el nombre un despotismo, faltábale fuerza en realidad. Mas los economistas estaban ansiosos, sobre todo, de tener un gobierno muy fuerte. Su máxima era ésta: todo para el pueblo y nada por el pueblo. Querian que todo se hiciera por el *fiat* del soberano. Abrigaban el natural deseo de los especuladores, el de un irresistible despotismo en que apoyarse y con la simplicidad que tanto distingue á las especulaciones políticas del siglo XVIII

y que ahora nos parece tan infantil, nunca pareció que pensasen lo que habian de hacer cuando tropezaran con un déspota ni de qué modo habrian de asegurarse su proteccion. La dolorosa experiencia de cinco años, nos ha enseñado que no es fácil hacer despotismos provechosos. Mas en aquel tiempo nada podia ser más ventajoso para los economistas que demostrar ardiente celo por un despotismo perfecto, pues de esta suerte se proporcionaron la proteccion del gobierno en vez de atraerse su desagrado.

Tal vez parezca esta noticia de los *Economistas* demasiado detallada á los lectores, que sólo ven á Adan Smith á través del prisma de la economía política moderna. No habria él pensado lo mismo. Tan convencido estaba de la influencia que ejercieron aquellos sobre su pensamiento, que un tiempo pensó en dedicar la *Riqueza de las naciones* á Quesnay, fundador de la escuela, y aunque desistió de este propósito, lo cierto es que siempre habla del economista francés con grandísimo respeto. Si, á decir verdad, consideramos lo que Glasgow es hoy dia, y aún más, lo que debia ser há cien años, comprenderemos hasta qué punto esta experiencia francesa, la vista de un país tan organizado, y con una economía política así, debió influir en el pensamiento de Adan Smith. Era el tránsito de un mundo sin espectáculos á otro en que se ofrecia á la vista el mejor que en el mundo habia sido, y simultáneamente el tránsito de las ideas más escocesas á las más distantes de serlo. Una cabeza débil se habria trastornado en este cambio, pero Adan Smith no perdió la suya (*Adam Smith kept his*).

Volvió á Escocia desde Francia, y vivió tranquilamente con su madre en su ciudad natal de Kirkealdy durante diez años, viviendo de la anualidad que le concedió el duque de Buccleugh y ocupándose únicamente en el estudio. Si considerásemos la *Riqueza de las naciones* como un libro de economía política solamente, nos costaria trabajo decir lo que estudiaba. El contenido de ese libro es, sin embargo, más variado, como ya hemos dicho, y en el pensamiento de su autor no era más que el fragmento de un todo mucho mayor. Mucho más de diez años habrian sido necesarios para la grande obra que proyectaba.

Por fin se publicó en 1776 la *Riqueza de las naciones*, y generalmente hablando, fué bien recibida. El doctor Carlyle conserva la impresion de que, en punto á estilo, era ese libro inferior á la *Teoría de los sentimientos morales*. Mas todos los lectores competentes estaban de acuerdo respecto al gran valor del fondo, y casi todos los que ahora lo lean pensarán, sin duda, á despecho del doctor Carlyle, que el estilo es mucho mejor que en la susodicha *Teoría*. Hay en ésta cierta ostentacion que no es sin duda muy agradable, y parece que con la sonoridad de la palabra se quiere disimular la pobreza del asunto. El estilo en la *Riqueza de las naciones* es completamente llano y viril. En el intervalo de uno y otro libro, Adan Smith habia visto al ménos algo del mundo real y de la sociedad, y habia aprendido que el más grande error es aquel en que incurren los que quieren ser más agradables que realmente son, y que el más seguro medio de echar á perder una obra importante es llamar la atencion y querer atraerse una clase de lectores demasiado inferior para interesarse verdaderamente en el asunto. Adan Smith no tiene sin duda un estilo verdaderamente notable. Atribúyese á lord Mansfield haber dicho á Boswell que no estaba cierto de estar leyendo inglés cuando leia á Hume y á Adan Smith. Esto era muy natural. El inglés no era la lengua nativa de ninguno de los dos. Adan Smith habló ciertamente en los primeros catorce ó quince años de su vida rudo escocés, y probablemente no habló nada que verdaderamente pudiera llamarse lengua inglesa hasta que fué á Oxford. Y nada estorba tanto para escribir en una lengua como el incessante recuerdo de otra distinta y familiar. Nunca estais seguros de que los modismos y giros de que os valeis son los de la lengua en que os proponéis hablar, y no la de aquella de que quisiérais huir. Hume y Adan Smith evidencian la dificultad en opuestos sentidos. Hume es siempre castizo, pero lo es equivocadamente: muchos de los mejores trozos, debidos á su pluma, son por esta razon ásperos y confusos. Comprendeis desde luego que se parecen mucho á lo que un inglés habria dicho; pero que, de un modo ú otro, por una ú otra razon, no lo habria dicho ningun inglés. Adan Smith procedia de muy distinto modo. Se adhiere, prescindiendo de adornos, al pesado

inglés de libros que habia visto en las obras de otros escritores, y que estaba seguro de poder repetir en la suya. Y en este género de estilo su mérito es grandísimo. Nadie necesita leer dos veces lo que dice para comprenderlo; nadie puede hacer poderosas observaciones á su modo de expresar el pensamiento; hay ademas en lo que dice una especie de adecuacion, con frecuencia un tanto ruda. Mas no tiene su estilo valor intrínseco. Nadie leeria, por las dotes del estilo, las obras de Smith. Es este el privilegio de los que escriben en la lengua de sus primeros años, el privilegio de algunos de éstos, de los cinco ó seis que en cada generacion reciben de la naturaleza ese don y se expresan por sentimiento innato con palabras á un tiempo propias y bellas.

De la *Riqueza de las naciones*, como tratado de economía, nada he de decir ahora; mas no es indiferente consignar que es entretenidísimo con respecto á los tiempos que han pasado. En pocas obras se encuentran tantas curiosas noticias del mundo de ayer. Allá van algunos datos. «Un gran carro de ruedas, dirigido por dos hombres y tirado por ocho caballos, servia para el tráfico entre Lóndres y Edimburgo cada seis semanas.» En opinion de Adan Smith, si la demanda de granos requiriese un millon de toneladas de flete para su importacion, la marina mercante de Inglaterra no podria bastar á la satisfaccion de esa necesidad. Tenía á Holanda por «el gran emporio de los géneros de Europa.» Sostenia que disfrutaba la más considerable parte del comercio oceánico; que sus ciudadanos poseian 40 millones de libras en fondos ingleses y franceses. De este modo es fácil hallar curiosísimos datos y juicios sobre el tiempo en que Smith vivió, hojeando su célebre libro.

No es lícito considerar la *Riqueza de las naciones* como un mero libro de economía política tal cual lo habia escrito Quesnay en aquel tiempo, ó como lo escribió Ricardo más tarde, pues está lleno de pensamientos y consideraciones muy curiosas é instructivas á las veces, respecto de los asuntos más diversos.

La influencia de la obra á que nos referimos en la suerte de Adan Smith fué muy notable. Dió al duque de Buccleugh ocasion de librarse de la anualidad que le habia concedido por me-

dio de la cláusula equivalente del contrato, ó sea proporcionándole en su país natal el cargo de comisionado de impuestos de Escocia (*comisioner of customs for Scotland*), destino cuyo sueldo no conocemos con exactitud, pero que sin duda debia ser muy bueno, dadas las ideas de aquel tiempo. Difícilmente habria podido hallarse una persona ménos á propósito para desempeñarlo. Como hemos visto ya, Adan Smith no estaba acostumbrado á ocuparse en negocios pecuniarios de ningun género; era un pensador dedicado al estudio. Precisamente miéntras ejercia ese cargo le ocurrió la distraccion que he referido ya, la de imitar la firma del comisionado que habia firmado ántes que él cuando un subalterno vino á pedirle la suya. Conocia sin duda mejor que ninguno de sus contemporáneos la teoría del impuesto, y podia ilustrar perfectamente la cuestion á todo el que su parecer consultase. Pero un comisionado de aduanas en una ciudad de provincias no tenía nada que ver con la teoría del impuesto ni con ilustrar la materia por medio de sus consejos. Su obligacion consistia solamente en velar porque los establecidos se percibieran con regularidad y se girasen con órden, lo cual comprende una infinidad de transacciones, que requieren un hombre experimentado en los detalles. Y Adan Smith no era ciertamente un hombre de detalles, al ménos en cuestion de negocios. Probablemente no le hizo para ellos la naturaleza, y su método de vida concluyó de hacerle inadecuado para el caso. El cargo que le dieron era de aquellos para los cuales sus grandes condiciones eran inútiles, siendo, por el contrario, muy convenientes otras ménos importantes, de que él carecia.

Mas en otro respecto, la concesion de este destino ha sido censurada con exageracion. Por escaso que fuera el valer de los trabajos de Smith en el desempeño de su cargo, el tiempo que le dedicaba privóle de escribir ningun otro libro. Se ha dicho con este motivo que la posteridad ha perdido mucho por eso. Confieso que lo dudo grandemente. Adan Smith habia acumulado ciertamente gran cantidad de materiales diversos para la ejecucion del vasto plan que concibió. Pero es probable que estos materiales fuesen de muy secundario valor. Ni para la historia del derecho ni para la de la ciencia ó el arte,

estaba completo el trabajo preliminar que se necesita para que una inteligencia como la de Adan Smith pueda aplicarse á dichos asuntos con verdadera utilidad. Antes del filósofo que formula la teoría, debe llegar el historiador que con exactitud refiere. Escribir la historia del derecho, de la ciencia ó del arte es bastante para la vida de un hombre. Nadie las ha escrito aún con el menor asomo de perfeccion. Los mejores fragmentos que hay sobre dichas materias en nuestros dias, eran naturalmente desconocidos para Adan Smith. Y hubiera sido por tanto de poca utilidad que la tratase. Si nos hubiera contado su residencia en Francia, y nos hubiera descrito la sociedad que pudo observar allí, la posteridad se lo habria agradecido mucho. Mas nunca tuvo idea de hacerlo, y no es de creer que nadie cure hoy dia de teorías fundadas en hechos insuficientes.

Adan Smith vivió catorce años más despues de publicarse la *Riqueza de las naciones*, mas no escribió nada y estudió muy poco. Las obligaciones de su cargo, aunque de fácil y rutinario carácter, y que hubiesen dejado tiempo bastante para todo á un hombre más familiarizado con los negocios, bastaron, segun se ha dicho, para consumir su tiempo y absorber su atencion. Y se comprende bien que así sucediera, pues aquellos que han tenido de costumbre ocuparse exclusivamente en trabajos literarios, rara vez pueden continuarlos cuando dan de golpe en el mundo, aunque sea en pequeña escala. Sólo aquellos que rara vez han podido ver lo que es una calma no interrumpida, son los que pueden hacer muchas cosas cuando esa calma les falta. Durante esos años trascurrió fácil y agradablemente la vida de Adan Smith en la sociedad edimburguesa de aquel tiempo, la cual era muy adecuada para nuestro personaje, pues preponderaban en ella los profesores y los abogados y era el ejercicio intelectual ser y vida de la misma. No descollaba, sin duda, Adan Smith en la conversacion. Gustábale más escuchar; pero si usaba de la palabra ó le instaban para que lo hiciera, exponia admirablemente los asuntos á que su saber alcanzaba, ó improvisaba teorías sobre los datos que le venian á las mientes, como refiere Dugald Stewart.

Murió nuestro personaje tranquila y sosegadamente haciendo indicaciones sobre sus manuscritos y otros literarios asuntos, y

diciendo con melancolía: «Pensé hacer más.» La fama que ha tenido la *Riqueza de las naciones* y su influencia especial, no comenzaron mientras el autor vivió, y ninguna idea tuvo de ellas. Tal vez no habria sabido apreciarlas, á suceder las cosas de otro modo. Su espíritu estaba entregado al vasto plan de los orígenes é historia de toda cultura. Como sucede á muchos hombres, aunque rara vez en tan grande escala, buscando un género de reputacion, la obtuvo distinta. Valiéndonos de la perpétua imágen de lord Bacon, podemos decir, que, como Saul, «fué en busca de las asnos de su padre, y encontró un reino.»

Se ha dicho que Adan Smith es el mismo tipo escocés que Macaulay, y se ha creido que era esta una paradoja por aquellos que no habiendo leído bien á Macaulay le tienen por un retórico pomposo, y no habiendo leído de ningun modo á Adan Smith le juzgan un seco y pesado economista. Y sin embargo, esa observacion es exacta. Macaulay es todo lo que se quiera ménos un mero retórico y Adan Smith no es tan seco como se cree, pues la objecion que se le puede hacer es la de que no lo es bastante y que en muchas partes de su asunto la verdad que enseña no puede revestirse con tanto interés como el autor quisiera. Hay tambien esta semejanza fundamental entre Macaulay y Smith, á saber: que ámbos sabian describir de tal modo los asuntos prácticos que los imprimian en la imaginacion, y no sólo conseguian que se leyeran sus obras sino que la memoria del lector las guardara hasta el punto de connaturalizarse con ellas por completo. Aquellos que se ocupan en teorías abstractas dirán tal vez que el estilo de Adan Smith no es adecuado á una ciencia abstracta; pero es lo cierto que nuestro autor ha llevado la economía política mucho más allá de los límites en que se encierran los que curan de ciencia abstracta ó entienden con exactitud lo que ésta significa. La ha popularizado del único modo que se la puede popularizar sin echarla á perder, ó en otros términos, ha puesto ciertas ámplias conclusiones al alcance de los indoc-tos, aquellas cuyo conocimiento habian menester. Y esto tambien es lo que ha hecho en historia Macaulay, ó al ménos lo que mejor ha hecho. Ambos ilustres escoceses sobresalieron en la «osteología de su asunto,» término introducido por el doc-

tor Chalmes que es tambien escocés ilustre que ha sobresalido en lo mismo. Quizá es ésta la idiosincracia de la raza á que los tres pertenecen.

Como á otros muchos escoceses ilustres, y Macaulay es uno de ellos, repugnaba tanto á Smith el calvinismo en que habia nacido, que nunca escribió sobre cosas de religion ni habló, que sepamos, de ellas. No hay nada tan insoportable para el hombre como oír en la juventud argumentos tan ruidosos como interminables, fundados en confusas interpretaciones de un texto indeterminado. No bien han llegado á la edad de la discrecion, cuando todas las personas instruidas dejan de tomar parte en tales controversias, y no dicen muchas veces una sola palabra acerca de los grandes problemas de la vida y el destino humanos. Y muchas veces la consecuencia que se toca es aún más importante porque los que han vivido sujetos á tales sistemas, no sólo se callan sino que caen en la indiferencia. No hay nada parecido al calvinismo en ocasionar este resultado. Corre muy válida la opinion de que los escoceses son creyentes fervorosos, y cuando no, los que creen ménos, y es natural que así suceda, pues han pasado tanto bajo la accion de los estimulantes religiosos, que se comprende muy bien que consideren grato, al par que saludable, el abstenerse por completo de los mismos. No sabemos hasta qué punto llegó esta indiferencia en el ánimo de Adan Smith, mas no hay razon para creer que se extendiera á todas las religiones. Hállanse, por el contrario, en este hombre esclarecido abundantes señales del complaciente optimismo del siglo xviii, doctrina que le agradaba más por lo mismo que era la más opuesta al calvinismo y que era muy popular en aquellos tranquilos tiempos, si bien las tempestades y desdichas que posteriormente han venido, bastaron para presentárnosla como estrecha y fantástica. La única vez que Adan Smith estuvo próximo á las discusiones teológicas, fué cuando murió Hume, pues decia en una carta que Hume, uno de sus más antiguos amigos, fué el hombre mejor que habia conocido, alabanza que no se dijo tal vez para que fuera entendida al pié de la letra, pero que causó naturalmente una gran tormenta. La más óbvia cosa que puede decirse á propósito de esto, es que la dicha frase no in-

dica un sentido moral muy elevado, pues es lo cierto que no habia tal excelencia sublime en Hume, de quien dijo Carlyle con razon há tiempo: «que en toda su vida no vivió moralmente tanto como investigó en sentido crítico.» Mas á pesar de que los mogigatos de su tiempo le entendieron mal, podemos decir que al escribir aquella carta no pensó Smith identificarse con la irreligion, ni siquiera con el escepticismo.

La vida de Adan Smith no fué como la de Macaulay «una vida sin dama» (*a life without a lady*). Hay señales, aunque muy vagas de una temprana cuestion de amores. Dugald Steward, que era á su modo una persona estimable, pero uno de los biógrafos más detestables, pues siempre parece que le preocupan más sus palabras que los hechos que refiere, dice lo siguiente: «es bien sabido de los amigos de Mr. Smith que en la primera parte de su vida estuvo durante algunos años prendado de una jóven de gran belleza y recomendables circunstancias.» Mas no nos revela quién era y no pudo averiguar hasta qué punto las pretensiones del interesado fueron bien recibidas, ó lo que es lo mismo, no dice nada sobre el asunto. Parece cierto, sin embargo, que la dama murió soltera, y en estos casos opinan los novelistas franceses no sentimentales que el galan acaba por conseguir su objeto, pues no es posible que la señora de sus pensamientos esté diciendo siempre *no*. Mas no sabemos si fué ó no este caso aquel en que Smith se encontró. Era un hombre solitario y estudioso. Los libros pueden ser opuestos á la dama, pero la soledad impide tal vez que se la recuerde.

Si Adan Smith abandonó el sentimiento y se dedicó al estudio, quédale la disculpa de que el éxito coronó sus trabajos. Pocas son las obras que han tenido un resultado tan evidente. Ha unido al ménos su nombre á un gran movimiento práctico que todavía está progresando en el mundo. En el pensamiento de la generalidad el libre-cambio ha llegado á ser el asunto inseparable de su memoria, como la guerra de Troya lo es con respecto á Homero. Y esto no sucede solamente en Inglaterra. *Smithismo* es un término de censura en todos los que no profesan aquella doctrina y de respeto en labios de todos los que la aceptan. Mientras el proteccionismo exista, se citará á Adan

Smith como la gran autoridad de la escuela contraria, como el hombre que primero dijo la verdad al mundo para que la aprendiese y profesase.

Y además de este gran movimiento práctico, Adan Smith fué el punto de partida de un importantísimo movimiento histórico. Del un lado, su enseñanza creó á Mr. Cobden y á Mr. Bright, y del otro hizo posibles á Ricardo y á Mr. Mill. Es el fundador de ese análisis del «comercio en grande» que ahora llamamos en Inglaterra economía política, y que con ser aún árido, imperfecto é incompleto, será, sin embargo, considerado por la posteridad como una de las creaciones más peculiares y valiosas del pensamiento inglés. Puede asegurarse, en los límites de la exactitud, que Ricardo dió sin duda comienzo á esta ciencia; mas su modo de pensar le fué íntegramente sugerido por Adan Smith, y no habria podido escribir sin que éste le precediera. Pocas veces, nunca quizás, han surgido teoría y práctica tan vastas del pensamiento de un hombre.

Afortunado en muchas cosas, lo fué, sobre todo, Adan Smith en el tiempo que le tocó vivir. El comercio habia adquirido gran amplitud, habia llegado á ser mucho más asombroso, mucho más universal que nunca hasta entónces fuera, y necesitaba al pensador que supiera explicarlo. Un laborioso escocés, dotado del vigor intelectual y las abstracciones de su país, conocedor de Inglaterra y familiarizado con Francia, era sin duda quien estaba mejor dispuesto para hacerlo, y este hombre fué Adan Smith.

WALTER BAGEHOT.

(Fortnightly Review.)

EL ROMANTICISMO EN ESPAÑA (1)

ARTÍCULO I.

Aunque parece averiguado que en los pueblos modernos las grandes conmociones políticas empiezan por trastornos en la esfera económica, entiendo, concretándome á la historia de los pueblos peninsulares, que la literatura ha sido la que con mayor energía y eficacia anunció en ellos la aproximación y llegada de las alteraciones revolucionarias.

A poco que se estudie la materia, nótese que la correlación entre el florecimiento poético y las tentativas en el concepto de modificar las instituciones sociales y políticas, es en España efectiva desde las postrimerías del siglo XVIII, constituyendo este fenómeno un aspecto importantísimo de nuestra historia contemporánea, que ciertamente no habrá de posponer ni menospreciar el crítico que sienta y mida la poderosa significación del arte, donde se realizan las condiciones que en el privativo de la Península se distinguen.

Seguíamos atados al carro de la tradición ménos castiza, y en triste abatimiento y morosidad sumergidos, cuando en la esfera de la lírica escucháronse voces robustas anunciando la conmoción rebelde que muy luego debía invadir á buen número de jóvenes talentos. Aún dominaba la oscuridad que cubría los

(1) Este ensayo forma un capítulo de la obra inédita del Sr. Tubino sobre *La historia de la cultura de los pueblos peninsulares en el siglo XIX*

horizontes del pensamiento; no se había despertado el ánimo del sueño mortífero en que yacía desde los comienzos de la mencionada centuria, cuando rasgaron la atmósfera intelectual algunos relámpagos mensajeros de la tempestad que se graduaba misteriosa é inscientemente en la conciencia pública, atormentada ya por secretos é informes conatos y barruntos de mejoras y novedades, ménos formuladas que sentidas.

Butron, que escribe aceradas sátiras contra la influencia francesa; Benegasi, el Padre Concepcion y Arroyal, mofándose iracundos de la nobleza, y alardeando de ideas democráticas; Cadalso, que personifica la incredulidad enciclopedista; Melendez y Jovellanos, que restauran el sentimiento de la naturaleza y ponen su lira al servicio de las luces; sobre influir en el adelanto de las ideas, testifican el desasosiego moral que ha de preceder á las crisis de nuestra moderna historia. Pero el verdadero precursor y más inspirado vate del movimiento revolucionario es Quintana, brioso y arrebatado adalid de la filosofía, de la libertad del pensamiento y de los derechos del pueblo. No se han roto los hierros de la opresion, gime España todavía en aquel vergonzoso desmayo que simboliza la privanza de un valido, cuando Quintana resucita la augusta memoria del heróico Padilla, que era lo mismo que levantar de su sepulcro el recuerdo de la antigua y pujante fiereza castellana. Iracundo revuélvese contra la turba de tiranos que desde Villalar ahogaban entre sus brazos las libertades españolas, fíjase luego en la teocracia y la ataca en su robusto asiento, mostrándose más atrevido que Melendez; y si éste había escrito, dirigiéndose á Godoy:

«El mónstruo derroca, que guerra impía
A la santa verdad mueve envidioso.»

Quintana le asedia, le persigue en sus más recónditos asilos, y contemplándole allí, exclama:

«Dura sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va, pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.»

Declama luego contra los que tenían cohibido el génio español en la doble tutela del poder despótico y de la intolerancia

religiosa; traza, con apasionado colorido, el retrato de Felipe II; reanima la idea de la patria con su *Pelayo*, abre los espacios de la vida á la esperanza de los libres, y mirando con desden, cuando no con adusta actitud, la cultura latina, en la realeza y el romanceismo asentada, erige alto pedestal al genio germánico, ensalzándolo en la persona de Guttenberg, uno de sus más égregios representantes. Es en verdad Quintana el poeta de la revolucion, el que lleva la voz en el coro donde figuran Sanchez Barbero, Bocage, Castilho, Marchena, Blanco, Beña, Saviñon y otros, y tambien es el primero que, asociado á Gregorio de Tapia, funda en España el periodismo filosóficamente revolucionario (1).

Rompiendo nuestro vate con las tradiciones más en auge, contribuia á promover el nacimiento de la nueva escuela literaria peninsular, contrariada por las mismas dificultades que á la reforma política suscitaban conservadores y reaccionarios. Necesario fué el nuevo empuje de los románticos para que aquella prosperara, proclamando y difundiendo sentimientos é ideas no conocidos, amortiguados ó vistos con desden entre nosotros.

Predispuso el romanticismo, sin que se notara, á reflexiones y anhelos de otro género que los usuales en la generalidad de cuantos en las recientes anteriores contiendas se habian señalado como corifeos del progreso científico y filosófico, y en un pueblo donde el sentimiento de la forma ocupa lugar tan preeminente, donde la poesía representó, en época no lejana, la más gallarda muestra, por no decir la única, de la cultura intelectual, y en otra más próxima fué el vehículo de las ideas liberales, natural era que los cambios introducidos por los románticos obtuvieran no subalterno influjo en la voluntad de los innovadores. No es indiscreto afirmarlo: el romanticismo es el segundo término sintético de nuestra iniciacion revolucionaria y el primer anuncio general y notorio de la llegada á nuestras fronteras de la filosofía germánica.

(1) *El Semanario patriótico* comenzado á publicar en Madrid en 1808. Suprimido á excitacion de los anti-reformistas, fué sustituido por el *Espectador Sevillano*, fundado por Lista en defensa de la escuela filosófica-reformadora. Esta tuvo luego un valiente campeon en *El Conciso*.

Importa con todo no equivocarse: la literatura romántica en cuanto á sus inmediatas y declaradas aspiraciones, personifica en los pueblos hispano-lusitanos una idea que se aparta bastante de la que inspiró á sus primitivos apóstoles. Nacia para los alemanes el romanticismo de un doble deseo: oponer á la influencia sensualista, anárquica y volteriana de la literatura francesa el contraste de un florecimiento creyente y conservador, nutrido en la savia nacional; y á la vez servir la causa del espiritualismo católico, oponiéndolo al naturalismo hueco y artificial del Consulado y del Imperio. De esta suerte, el romanticismo englobaba tres ideas capitales; la ética, la política y la religiosa, que armonizándose en una superior relacion, la estética, negaba y combatia el neoclasicismo jurídico, filosófico y literario, encarnado en la Francia con la aquiescencia de la Europa docta y el apoyo de los pueblos latinos.

Habia, no obstante, en el fondo de este movimiento, algo más radical y trascendente; á saber, la prosecucion del pensamiento que inspiró, fortaleció y justificó la reforma luterana armando el brazo de sus defensores. Klopstot, enarbolando en su *Messiada*, poema cristiano-católico, el estandarte de la independencia literaria alemana; Lessing, favoreciendo en parte la misma empresa que tomaria en manos de los Schlegels y de su escuela un decidido carácter ultramontano, no hubieron de sospechar ni discernir las consecuencias que con el tiempo engendrarian sus esfuerzos.

Entrañan los grandes hechos de la historia dos suertes de valores; palpables los unos, coordinados por la voluntad de los hombres, inmediatos, externos, transitorios, más ó menos contingentes; íntimos los otros, virtuales, mediatos, controvertibles, fruto de una lógica inevitable, y disciplina de los movimientos que rigen el progreso humano. Tenia el romanticismo, pues, su virtualidad oculta. Era cual nueva afirmacion de la filosofía individualista, que si en la esfera metafísica podia llevar á una concepcion reflexiva del Universo y de sus fuerzas innatas y permanentes, esta concepcion debia de ser panteista como producto del subjetivismo y del idealismo, ó francamente positiva é incrédula si tomaba por norte la pura enseñanza de la observacion, no sacada del círculo de lo real.

El romanticismo, consiguientemente, y á pesar de sus apóstoles, era en sustancia anti-católico, anti-latino y revolucionario, lo mismo dentro de la sociedad alemana, donde lo más castizo le favorecía, que en las naciones latinas, donde lastimaba lo reverenciado como más propio, augusto y permanente.

Harto marcada fué, sin embargo, la propension de los primeros románticos alemanes en favor de la mística ultramontana, tanto que su empeño suscitó valerosos contradictores, distinguiéndose en la oposicion el inmortal Goethe, el gran pagano, quien, sin creerse mal patriota, trató con despego y dureza los testimonios arcáicos de la civilizacion indígena, declarándose con no refrenado celo, adorador del helenismo. Tomaban los románticos alemanes por norte la caballería cristiana con el monaquismo; pretendian rejuvenecer la Edad media; intentaban endoctrinar las muchedumbres con modelos en ella cosechados y como realizacion práctica, cuando la escuela adquirió consistencia, propuso á Shakspeare, en un principio como su ídolo, y luego á Calderon (1) cuya fama ensalzaba, declarándole verdadero y genuino ejemplar de la poesía que se inspiraba en la teología, en los claustros y en el goticismo.

No era casual y baladí esta coincidencia en las relaciones intelectuales de la Alemania con la Península. Cuando al parecer nos hallábamos en el punto más distante de toda inteligencia moral con los pueblos germánicos, cuando sólo veíamos por los ojos de la Francia, que nunca la Inglaterra privó por tiempo en nuestro afecto; un suceso inesperado, inverosímil é inaudito, hace que se fije en nosotros la atencion y las simpatías de toda la Europa. Me refiero al levantamiento de 1808.

1) Ollenschlæger, celebrado poeta dinamarqués, narrando la visita que hizo á Mad. Stael cuando ésta residia en Suiza, dice que escribia su libro sobre la *Alemania* y que Schlegel que le acompañaba ejercia *algun influjo* sobre ella. Luego añade: «Schlegel, cuya erudicion y genio respetó grandemente, se hallaba dominado por la parcialidad. *Colocaba á Calderon sobre Shakspeare* y anatematizaba severamente á Lutero y á Herder.»

Si se exceptúa Inglaterra, sabido es que los demas pueblos civilizados del viejo mundo habian transigido con Bonaparte, si ya no es que sumisos, monarcas y pueblos, conceptuábanse muy felices con vivir á la sombra de su despótico patronazgo. Victoriosas en cien combates las águilas francesas, dominaban el continente, y sólo el pueblo español, abandonado á sus propios recursos, y teniendo que luchar con los traidores que la codicia y la malevolencia habian puesto al lado del invasor, y con un grupo de patriotas á quienes la mala administracion monárquica y el noble anhelo de luces llevaba á desear un cambio de dinastía, y la reforma de las instituciones, hubo de atreverse á cerrar el paso á las huestes de aquel soldado de fortuna y valeroso. El 2 de Mayo se me ofrece como el alarido triunfante de una nacion esclavizada que anuncia al mundo el advenimiento de la libertad y la ruina del tirano. Abrióse en Bailen el círculo que cerraria la melancólica muerte de Santa Elena; cobraron los oprimidos alguna esperanza ante nuestra actitud resuelta, mientras las naciones domeñadas aguardaban con ánsia el éxito de la lucha entablada en los campos de Castilla, Aragon, Valencia y Cataluña. La Junta que las provincias habian nombrado para gobernar el reino, habia sido la primera en anunciar la necesidad de una confederacion europea que concluyera con el imperio napoleónico, realizándose el pensamiento cuando la suerte nos fué propicia, y á España alcanza, por tanto, la gloria de haber sido la que con su ejemplo, rehizo la carta europea, conquistando la consideracion y el respeto que le hicieran perder los escandalosos sucesos de los últimos reinados (1).

(1) «La guerra de España ha sido una verdadera llaga, y la causa primera de las desgracias de la Francia. Es la que me ha perdido.....» Estas palabras de Napoleon el grande han sido comentadas del modo siguiente por M. Alf. Rambaud en su célebre obra *L'Allemagne sous Napoleon I. Paris, Didier et comp.*» La guerra de España, dice, debia tener sobre los destinos del imperio napoleónico y la dominacion francesa en Germania, formidables consecuencias. Los descontentos de la Prusia, el Austria y de la Confederacion del Rhin, hallarian fuera de Alemania el punto de apoyo, el centro de resistencia de que carecian aún en Alemania. *No se por qué no hemos de estimarnos tanto como los españoles*, exclamaba Blücher al saber la capitulacion de Bailen, primer gran desastre del impe-

Fenómeno singular es éste no estudiado ni apreciado hasta ahora en toda su significacion grandiosa. Sin la actitud y la resolucion del pueblo español, quizá los acontecimientos hubieran tomado otro giro sobre el continente; pero nuestra energía cuando la Francia militar imponia su ídolo á la absorta ó abatida Alemania, á la Italia, á la Dinamarca, á la Suecia y al Austria fué la señal de un movimiento, que originaria las más graves complicaciones internacionales, pudiendo quizá sospecharse, que los triunfos de los soldados españoles fueron el comienzo de una fase histórica, fecunda en mudanzas de todo género en nuestros dias y en los futuros.

Cúmplase, por tal modo y de nuevo la observacion ántes señalada: el levantamiento nacional contra los franceses, significaba algo superior á un arranque de patriotismo; tal vez, que el génio indígena abandonaba la inercia donde lo retuvieron dos generaciones de reyes para afirmar en frente de su despotismo exótico y reciente la tradicion de las antiguas y venerandas libertades. Aun ménos podian sospechar los patriotas que se sublevaban al grito de independendencia, religion y monarquía, que la realeza y el ultramontanismo habian de recibir mortales golpes de sus manos, ni que excitando en Alemania la rebelion más legítima, contribuian á que el elemento germánico granjeara ventajas cuyos resultados recogen ahora Francia y el Vaticano. Porque desde el dia en que el patriota aleman desenvaina la espada contra Bonaparte, la lucha entre ámbas nacionalidades recobra el antiguo sentido

rio. Desde ese dia, con efecto, los enemigos de Napoleon en Alemania, comenzaron á creer que podia vencerse... En Agosto de 1808, Napoleon ofrecia á la Prusia la evacuacion anticipada de su territorio si queria reducir su ejército á 30.000 hombres: tales concesiones á un enemigo, en lo futuro irreconciliable, era el efecto inmediato de los asuntos de España. Nuestro aliado el czar aconsejaba á la Prusia que tuviese paciencia y que aceptase, dejando que Napoleon *se hundiera en España*.

El archiduque Juan, llamaba á los pueblos del Tyrol á la guerra de la Independencia recordándoles las heroicidades españolas de Zaragoza y de Sierra-Morena.

El patriota Schill, sublevado contra los franceses en el Norte de Alemania, queria convertir la fortaleza de Stralsund en otra Zaragoza.» Véase su carta al archiduque Carlos citada por Rambaud, pág. 383.

histórico, religioso y social, de que en vano intentaríamos despojarla.

No es de mi incumbencia estudiar los resultados políticos á que pudimos contribuir en Alemania con nuestro alzamiento; básteme afirmar que influyó no poco en el interés demostrado hácia la literatura castellana, contribuyendo paralelamente, á avivar el móvil más poderoso de la idea romántica. Fuera violento atribuir á casualidad la preferencia manifiesta con que los alemanes, de antemano inclinados á cultivarla, se dedican á estudiar la literatura castellana, desde el momento en que se organiza la contienda.

Creció, pues, la reforma poética en el Norte, al calor de la imitación calderoniana, y, concertándose ingenio y erudición, retrocedieron á los siglos medios, pidiendo á sus ruinas, pergaminos y consejas; inspiración y colorido para las obras de amenidad y pasatiempo; argumentos y temas con que combatir la sequedad y el predominio de los neo-clásicos. Buen número de jóvenes entusiastas esparcióse por la vieja Alemania buscando con ahinco entre los archivos de sus gildas en las oscuras galerías de las fortalezas, en la penumbra de los góticos santuarios, las tradiciones legendarias del ingenio cristianismo monacal, los monumentos estéticos por él inspirados, é imaginando entregarse á una obra puramente literario-religiosa, desentrañaban briosos elementos del antiguo genio teutónico que tan mortales congojas había de producir al mundo latino, con el tiempo.

Favorecía esta empresa con amoroso celo, la política: atacar la Francia, como expresión suprema del latinismo, en su preponderancia militar, hacer impotente su acción diplomática ó suscitarle poderosas rivalidades literarias, eran modos distintos aunque armónicos, de un mismo pensamiento. Quebrantada Alemania por virtud de su subdivisión territorial, refería mayormente sus desastres á este desconcierto. Parecía evidente que la gravitación de los talentos hácia París, tan general y efectiva desde Federico el Grande, contribuía á enflaquecer lo propio y nativo, y bajo tal supuesto, reunir á los alemanes en un sentimiento común, organizar una literatura con carácter privativo que fuera cual aureola esplendente de la

nueva Alemania, tras las victorias militares, convertíase en episodio principalísimo de la comenzada y difícil lucha. De acuerdo gobierno, publicistas, escritores amenos y sociedades secretas, propagan la doctrina romántica, y, no sin fundamento, dijo Heine, que si Stein conspiraba contra Napoleón, valiéndose de la diplomacia, A. G. Schlegel conspiraba contra Racine con otra suerte de armas, identificándose ministro y literato en el intento final de sus esfuerzos.

Puede la crítica, admitiendo todos estos valores en el romanticismo, deducir otros no menos interesantes en la dirección que nos importa conocer y valorar. Entónces se descubre que es una evolución en el desarrollo histórico de la Reforma. Tomó en ésta cuerpo la secular oposición del carácter alemán á las pretensiones del romanismo, convirtiéndose, por virtud de esta circunstancia, al Monje rebelde en heredero de las tradiciones germánicas más primitivas. Respondía la Iglesia nacional, por él defendida, á lo que significaba el galicanismo en Francia, y el rito mozárabe ó toledano en España; era la protesta una cuestión de jerarquía y liturgia, pero que renovaba todos los agravios, todas las cuestiones entre el Pontífice y el Imperio. Siendo un conflicto disciplinario, entrañaba el problema de la supremacía política según el concepto dominante. Como rigorosa consecuencia, traía el protestantismo la secularización de los poderes públicos. Roma, por el contrario, emblema de la pura doctrina de Hildebrando, pretendía convertir los tronos en simples feudos de la autoridad pontificia, y á los pueblos en grey sumisa, directamente sujeta á su régimen y tutela. Solicitaba la Reforma, á través de los siglos, el oponer al espectáculo ofrecido en Canosa cuando Enrique IV, emperador de Alemania, imploraba sobre la nieve, desnudos los pies y vistiendo el traje del penitente, el perdón del irritado Pontífice, otra escena no menos elocuente, con la humillación de Roma aniquilada por los protestantes tudescos. Y desde el día en que el idioma patrio sustituyó al latino en los actos y ceremonias del culto externo; desde el momento en que los doctores alemanes llamaron á Roma la gran pagana, cuya ruina pedía la moral evangélica, debió presentirse el advenimiento de un período, donde la controversia teológica, diri-

mida en los campos de batalla, trascendiese al de la literatura y el arte, librándose entónces nuevos combates, cuyas armas emplarian la estética y la retórica.

Así nació y progresó el romanticismo. Cuando llegó 1815, y dueño Blücher de Paris, se disponia á volar el puente de Jena, y otros generales de la coalicion europea acordaban destruir la columna Vendome, á la vez que por su mandato se exhumaban los restos de un mísero párvulo bonapartista enterrado en el panteon de San Dionisio, la novísima escuela vió colmados sus deseos, y al clasicismo cesáreo de las Tullerías tendido y exánime á sus plantas.

¡Coincidencia maravillosa! Quince años adelante los mismos franceses, olvidadizos de la historia, otorgaban carta de naturaleza al romanticismo, que tan rudamente habian combatido, trocándolo entónces en vehículo de rebeldes sentimientos, en protesta contra toda tradicion autoritaria, en recio adalid del progreso revolucionario y en piedra de escándalo que agitaria hasta en sus más íntimos refugios la plácida monotonía de la sociedad latina. No reniega el romanticismo en Francia de la religion, pero la maneja con una libertad próxima á la licencia, tomándola cual elemento estético utilizable, segun los casos. Acércase el romanticismo á las mansiones cenobíticas sin fe ni recogimiento; penetra en los derruidos templos; descifra viejos pergaminos, no con el temeroso terror del asceta ó del devoto, sí buscando el hecho sorprendente, la pasion encubierta por el sayal ó la clausura, el lance ruidoso, la oposicion entre lo místico y lo mundano, cuanto, en resúmen, pueda atraer y fijar la curiosidad pública y causar efecto por lo extraordinario del hecho y lo antitético del contraste. Espiga en el campo de las tradiciones cristianas; mas si utiliza estos recursos ficticios ó reales, produce *Nuestra Señora de Paris*, donde Víctor Hugo, con el tipo del arcediano Claudio Frollo, hiere y sobresalta á los timoratos.

Y al cabo el romanticismo francés, lo mismo en la poesía lírica que en el teatro y en la novela, busca el éxito con otro género de incentivos. Vehemencia en la pasion, realismo en los caracteres, desprecio de los preceptistas, espontaneidad y originalidad en la inventiva, novedad en la forma, cierta pro-

fundidad filosófica y sentenciosa en el pensamiento, esmero en el análisis psicológico, conatos expansivos y humanitarios, barajándose todo con sentimentales, declamatorios alardes, no siempre del mejor gusto ni ingeniosos, hé aquí los caracteres de la nueva escuela, vista en la totalidad de sus partes componentes.

Dicho esto como preliminar, podemos acometer la descripción de los trances por que pasa el romanticismo entre nosotros antes de que triunfe. Es evidente que en la region literaria, como en la política, nos encontrábamos íntimamente ligados á la Francia cuando en la Alemania se iniciaba con caracteres robustos el movimiento anticlásico y antifrancés. A pesar de la predileccion con que los alemanes usaron ocuparse de la literatura española desde Federico el Grande, y del vuelo y sentido que esta simpatía alcanzó con Lessing y Herder desde el final del siglo XVIII, nuestros literatos continuaron indiferentes á semejantes muestras de preferencia, no mirando con el interés debido el movimiento de renovacion crítica y poética en Alemania dominante. Habíanos defendido el abate Denina ante la Academia de Berlin, contra la ligereza de un enciclopedista, que negaba toda importancia al genio español en el progreso de la civilizacion, y sin embargo, razones deducidas de nuestro estado religioso y político explican por qué no atribuimos su justo valor á la acogida que aquella defensa mereció á la Alemania docta, miéntras nos inclinábamos al partido de nuestros detractores. Ni concurrían á modificar esta indiferencia el hecho ni el recuerdo de las íntimas relaciones políticas que un dia nos unieron á la Alemania, ni el existir talentos tan lozanos como Arteaga y Melendez, que con otros mostraban conocer y apreciar en su valor las doctrinas estéticas de los Winkelmann Weeb, Hagedorn Knoefler, Baumgarten, Mendelson y Sulger (1).

Tambien Goethe, cuya fama era reconocida, habia tenido un traductor directo de su *Werther* en Mor de Fuentes antes de que alboreára el siglo XIX, y en los comienzos de este al-

(1) Véanse las *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal, considerada como objeto de todas las artes liberales*, por Arteaga.

canzaban no escaso nombre entre nosotros Gessner con sus *Idilios* y Kotzebue con sus dramas (1).

A pesar de todo, entre las personas atildadas y de gusto, dominaban, casi sin contraste, las máximas y los ejemplos de la moderna escuela francesa neo-clásica. Boileau, Batteux, Marmontel y Laharpe como preceptistas; Racine y Moliere, con los enciclopedistas, como modelos, eran los ídolos que la literatura oficial imponía á la juventud y á la muchedumbre. Había venido muy á ménos el italianismo, y aunque la literatura inglesa tenía algunos imitadores, no menguados, nunca llegaron á constituir escuela que pudiera competir con la afrancesada (2).

(1) Mostróse Melendez Valdés asaz encariñado de Gessner. Quintana decia de este poeta:

«¡Oh Gessner! ¿Dónde estás? Tú, á quien desnuda
Llena de gracia y de inmortal belleza
Natura se mostró; tú, que inspirado
Fuiste de la virtud. etc.»

Refiriéndose á Melendez y á su *Oda á las Bellas Artes*, escribe Quintana: «Nadie pudo presumir entónces que el alumno de Gessner y de Garcilaso tuviese resolucion para dejar la vena pastoril y tomar atrevidamente la lira de Píndaro en sus manos. Mas al verle en aquella hermosa oda cantar la gloria de las artes con un entusiasmo tan sostenido y tan igual; descubrir con tanta inteligencia como elegancia los monumentos clásicos del cincel antiguo; dar con sus bellos versos realce y brillo á los pensamientos de Winckelmann, con quien manifiestamente lucha, etc.»

Respecto de Cienfuegos, el mismo Quintana dijo: «Aunque el fondo de ideas sobre que su imaginacion se ejercita pueda decirse tomado de la filosofía francesa, no ciertamente el tono ni el carácter, que guardan una semejanza con la poesía osiánica y con la poesía alemana.»

Hé aquí, por último, otro párrafo, producto como los anteriores de la pluma de Quintana, que puede contribuir á que nos formemos suficiente idea de las propensiones señaladas en nuestro primer renacimiento poético:

«Melendez, Jovellanos, Cienfuegos y sus imitadores. habian introducido en la poesía española un gusto extraño, que parece tomado del francés, del alemán y del inglés.»

(2) Sin embargo, en esta imparcial y abreviada reseña de los distintos elementos que debian concertarse en la sociedad española para producir el renacimiento de que luego he de ocuparme, omitiria un dato importante no registrando la tendencia de algunos de nuestros más aventajados poetas del último tercio del siglo xviii y de los principios del xix, á tomar por modelo los ingleses, juntamente con los de Francia. *Los pensamientos nocturnos* de Young inspiran al coronel Cadalso sus *Noches lúgubres*; siente Melendez verdadera admiracion hácia el *Ensayo sobre el hom-*

Interesante es por extremo, desde el punto de vista en que hube de colocarme para estudiar la cultura ibérica en el siglo presente, sus fuentes, carácter, circunstancias y mudanzas, el conocer cómo empieza y adelanta la reacción que en favor de la idea crítica alemana se determina en la península cuando más en su apogeo parece el predominio de la francesa. Tan significativo es el hecho en los adelantos del pensamiento nacional, bajo su más alta y fecunda relación, que hallo necesario anticipar en este sitio algo de lo que para historiar nuestra revolución puramente literario-artística, he de decir más adelante. Las noticias y juicios que ahora acumule serán como ligeros antecedentes indispensables en la indagación que prosigo.

No parte de Madrid, esto es, del centro de mayor actividad intelectual en la península, el primer impulso en la dirección indicada. El cambio que en la esfera del arte se realiza en Alemania durante los primeros veinte años del siglo, no halla eco en los círculos literarios de la corte, ni antes de 1808, ni después de ser arrojados los franceses de su recinto. En Cádiz es donde se produce la primera demostración favorable al romanticismo. A la iniciativa de un alemán, allí domiciliado, seremos deudores de los más antiguos esfuerzos para restaurar la poesía nacional de los siglos medios y del Renacimiento, acreditándola en sus formas populares y más castizas frente al desmedido atractivo con que se imponía la francesa culterana. Imbuido Bohl de Faber en las ideas de Lessing, de Herder y de los Schlegels, declaróse adalid de la empresa que tenía por término aplicar á la literatura hispana la reforma á que aquellos daban nombre en el Norte. Ni han cesado las tribulaciones que suscita la lucha con los ejércitos de Bonaparte, cuando el erudito alemán, quizá influido por esa misma contienda, por el patriotismo en su derredor imperante, y alcanzando el sentido íntimo de la obra de sus compatriotas, aco-

bre, de Pope; también imita á Young, y le encanta Thompson con *Las Estaciones*. Nótase en estos poetas y en los de su ciclo, cuando no los ciega el clasicismo, tendencias á reconocer los menoscabados fueros de la naturaleza, viéndoseles inclinados á observarla y á inspirarse en su vivificador sentimiento.

En otra parte ampliaré estas consideraciones, que ahora me contento con apuntar.

mete por primera vez, el robusto edificio del gusto francés dominante, sin rival, y publica en Hamburgo un pequeño volumen de poesías castellanas, mensajero de otras producciones, donde más claramente resaltan sus propósitos.

Era Cádiz á la sazón, palestra de un desusado movimiento intelectual. Las ideas de todo género, religiosas, políticas, administrativas, literarias y filosóficas, producíanse atropelladamente en aquella ciudad, verdadero Agora del pueblo español, por primera vez entregado á sí mismo, dueño de su pensamiento como lo consentía la tradicional educación que se le impusiera, y de su voluntad según que permitía el círculo de fuego con que la Francia le rodeaba. Bohl de Faber pudo libremente manifestar sus sentimientos y juicios; hasta debió hallar algunos rebosados y cautelosos simpatizadores; pero no transcurriría mucho tiempo sin que dos gaditanos precisamente, se lanzáran á combatirle, declarándose juramentados adversarios del romanismo exótico ó nacional, y por ende defensores sin tasa de la influencia clásico-francesa.

No conocemos en la historia del pensamiento ibérico fenómeno que tan elocuentemente nos diga hasta qué punto la política, unida á la teocracia, habian conseguido turbar el criterio, empujándole por senderos extraviados y escabrosos. Mientras un alemán, esto es, un extranjero, se atreve á desafiar las iras de los más poderosos, con la noble idea de mostrar los tesoros que los españoles desprecian en el propio suelo y la miseria de los productos que de tierras extrañas importan, esos mismos españoles persiguen sañudos al que así procede, y despreciando lo castizo y verdaderamente meritorio, afánanse en prolongar el imperio de lo mismo que nos rebaja y empobrece.

Eco fué la *Crónica científica y literaria* que se publicó en Madrid durante los años de 1817, 1818 y 1819 de esta resistencia insensata; y al frente de ella hallamos á dos hombres de mérito, cuya conducta no puede explicarse sino considerando que su error fué el error de todos sus contemporáneos. Don Juan José de Mora, como editor de la *Crónica*, y D. Antonio Alcalá Galiano, como colaborador accidental, sostuvieron ruda y virulenta polémica contra Bohl de Faber, que se defendía ya en las columnas del *Diario Mercantil* de Cádiz, ora en papeles

sueltos y folletos. Aparecía en el estadio de los debates la *Crónica* con grandes pretensiones é imbuida en todos los prejuicios arraigados en la sociedad española más culta. Volteriana ó por lo ménos partidaria de Destutt-Tracy y de Condillac en filosofía, y con manifiestos resabios enciclopédicos, inclinábase, á la vez, en cierto modo, al movimiento intelectual británico de carácter economista; pero en literatura, sin carecer de gusto, la *Crónica* era pura y exclusivamente afrancesada. No seguían sus redactores la ya desacreditada secta de los culteranos; ántes bien sentíanse atraídos por la reformista, aunque no la comprendían fuera del neo-clasicismo. Un trastorno esencial y completo en la institucion literaria parecíales soberano despropósito; en cambio, tenían de su parte el ménos ambicioso empeño de concluir con las medianías, restaurando la autoridad de los buenos modelos y las doctrinas de los preceptistas, en toda su pureza. Puede decirse que la *Crónica* recogía las buenas tradiciones innovadoras acreditadas desde las postrimerías del siglo anterior por los Melendez y Cienfuegos, y que en el presente personificaban juntamente con estos vates, otros tan ilustres como Quintana, Conde de Haro, despues Duque de Frias, Nicasio Gallego, Saavedra, Martinez de la Rosa, Beña y los citados Mora y Alcalá Galiano.

Sostenía ó columbraba Bohl de Faber alteraciones más hondas. Su empresa propendía á un cambio total en la corriente del sentimiento, del gusto, de las ideas y hasta de las formas, anteponiendo lo espontáneo, popular y nativo, lo que fielmente se nutria en el génio nacional y lo iluminaba con vivos matices, á lo artificioso, siquiera fuera extremadamente artístico, á lo externo, áun viniendo acreditado con autoridades tan altas como las de Racine, Boileau, Voltaire y Laharpe. Para la *Crónica*, la reforma literaria no rompía los límites de lo constituido; era su lema el de todos los eclecticismos: *conservar mejorando*; Bohl de Faber aspiraba á más graves resultados, y su empresa, sin que él lo conociera, entrañaba los elementos de una verdadera y transcendental revolucion de lo existente.

Para entenderlo así sobra el testimonio que él mismo nos suministra en las páginas de la *Crónica*. No bien llega á Cádiz

el prospecto que hacen circular sus editores, cuando Bohl de Faber, que halla en sus líneas la palabra *ilustracion*, muy á la moda en aquel tiempo, dirígeles un artículo comunicado, tomándole la comezon de fijar exactamente el sentido que deba darse á la palabra, en España. En lo aparente tratábase de una simple cuestion de gramática y de literatura, en el fondo de un tema íntimamente relacionado con la ciencia, la filosofía y la política. Hallábase el país á las puertas de una transformacion total de su manera de ser, que llevaba por lema «difusion de las luces, ilustracion,» y natural era que los hombres prevenidos desearan fijar el sentido del vocablo, ó lo que era equivalente, decir bajo qué relaciones y conceptos debian de verificarse las mudanzas.

Indudable cosa es para mí que los redactores de la *Crónica*, como la mayoría de la juventud docta, entendian la ilustracion segun el espíritu enciclopédico-francés, un tanto escéptica, en no poco descreida, culta, pulida, atildada, liberal, hasta cierto punto democrática al gusto clásico, y cortada en el patron de la ideología francesa. Bohl de Faber daba á la ilustracion otro sentido y otros alcances. Para muchos, decia, la ilustracion es una soñada aptitud general para juzgar de materias especulativas ó abstractas, esto es, filosóficas, sin haberlas estudiado, lo cual le parecia insigne despropósito, cuando la Revolucion francesa habia manifestado los efectos perniciosos de semejante ilustracion. Aleman y romántico, que en aquellos dias valia tanto como anti-francés, anti-revolucionario y cristiano ortodoxo, su actitud revela, en parte, el secreto de las críticas, sátiras y burlas con que nuestros doctos le persiguieron.

Anhelaba Bohl de Faber los medros de la ilustracion, viendo en ella un movimiento interno de la propia cultura, de las ingénitas facultades, con sentido nacional, refiriéndose particularmente al carácter é indole de la nacion, para ennoblecer á ésta con los adelantos, hijos de un más profundo conocimiento y cultivo de sus riquezas y facultades.

Ateniéndose á ésta doctrina escribia Bohl de Faber que la ilustracion inglesa debia ser el conocimiento íntimo de aquella constitucion y de las leyes, á las que los ingleses debian su prosperidad nacional y la práctica de la industria mercantil,

fuelle de sus riquezas. Consideraba la ilustracion francesa como el arte de dar sabor á la existencia física y de adornar la vida social con una leve tintura de letras. La ilustracion alemana podria definirse, la reunion enciclopédica de cuanto se ha sabido y se sabe, con el fin de coordinar, combinar y dirigir tan diversas producciones al espiritualismo más sublime (doctrina pura de Schlegel), y hallaria la ilustracion española en el reconocimiento de todas las ventajas naturales con que la mano de Dios ha dotado á la península y á sus moradores, para que dejando á los ingleses su turbulenta política y peligrosas riquezas, á los franceses su gastronomía y erudicion á la violeta, á los alemanes sus estudios solitarios y abstractos, sacaran de su propio caudal y cultivaran aquellas heróicas virtudes de fortaleza, templanza, lealtad y fe que hicieron á sus antepasados el pasmo y la envidia del mundo, valiéndose para ello del manantial inagotable de su antigua literatura donde yacia sepultado cuanto era menester para llenar el corazon de piedad cristiana, satisfacer la razon con sana doctrina y divertir el entendimiento sin peligros; tomando de los extranjeros solamente aquella clase de ilustracion universal que consistia en el conocimiento y aplicacion de las mejoras que los adelantamientos, en las ciencias naturales y artes mecánicas, proporcionaban diariamente (1).

Pocos dias despues de publicadas estas ideas, un escritor madrileño que se firmaba G. J. G. rompía la primera lanza contra las tendencias románticas de Bohl de Faber, insertando en la *Crónica* (2) un artículo mayormente encaminado á defender el concepto corriente de la ilustracion, segun la ideología, en auge. No respondió Bohl de Faber á la acometida, por lo ménos en las columnas de la *Crónica*, la que en toda ocasion propicia tronaba contra los que pretendian enaltecer á Shakspeare y á Calderon, censurando al par, los extravíos de los osiánicos y alemanes, que, apartándose de las huellas de Horacio, Virgilio, Leon y Racine, se lanzaban á los espacios imaginarios y al campo de las paradojas literarias, seducidos por una sensibilidad excesiva y por un errado concepto de la imi-

(1) Suplemento al núm. 8.

(2) *Crónica. Extravagancias literarias*, núm. 61.

tacion artística (1). Ni se limitaba la escuela donde la *Crónica* recibía su inspiración, á atacar en serio á los románticos ó romancescos, como entonces se decía; por el contrario, apelaba á las armas del ridículo para derrotarlos, incluyendo en el propio anatema, como luego diré, á los filósofos oscuros, extravagantes y soñadores visionarios de ultra Rhin, que ya empezaban, por lo visto, á preocuparnos.

Permaneció la oposición dentro de límites relativamente subalternos, hasta que las afirmaciones de un corresponsal parisiense de la *Crónica*, contrario á los adelantos del romanticismo, hizo que Bohl de Faber levantara resueltamente su bandera en las columnas del *Diario mercantil* de Cádiz, suscitándose con tal motivo ágría polémica donde, llevando aquél la razón, no llevó, por el momento, la mejor parte.

Firme, á pesar de todo, en el plan de restaurar la antigua poesía castellana lírica y dramática, hizo representar en el teatro gaditano las joyas calderonianas, cuando en Madrid se alimentaba el gusto público con míseras traducciones, á destajo trabajadas por autores famélicos y hasta mediocres, con quien, no obstante, tomaba Mora el mal acuerdo de confundirse. Duros golpes se asestaron á los dramaturgos, críticos y filósofos alemanes, recibiendo entre ellos los mas acerados tiros el *extravagante Schlegel*, á pesar de sus doctrinas, místicas, espiritualistas, conservadoras y hasta ultramontanas. Sobre censurar las direcciones sumas del novísimo pensamiento germánico-anglosajón, llegó la *Crónica* á formular su definitivo anatema por boca de un anónimo, contra la literatura de los pueblos del Norte, que había salido de su oscuridad para invadir, entristecer y desnaturalizar la risueña imaginación de los pueblos latinos, censurando á los franceses que habían preconizado semejantes novedades, con detrimento de las ideas clásicas, naciendo de aquí el que á la graciosa mitología homérica, reemplazara la monótona y tenebrosa osiánica; á los amores tranquilos y ligeros (bucólicos), las pasiones frenéticas y reconcentradas; á las pinturas (objetivismo), las meditaciones (sujetivismo); y,

(1) Artículo remitido de Bohl de Faber, fechado en Cádiz el 18 de Marzo de 1817. *Crónica científica y literaria* del 8 de Abril, núm. 3.

lo que es mas, que se hubiera llegado á presentar como objeto de todas las artes y modelos de todas las virtudes, aquellos paladines de los siglos bárbaros, feroces como bandidos, ignorantes como turcos, inmorales como ellos solos, que estaban lejos de creer que su grotesco talento seria algun dia el *non plus ultra* de lo bello idealizado.

Trocados los frenos, dábase el ejemplo de que mientras los hombres que se llamaban de progreso, hacian lo humanamente posible para retardar la emancipacion del pensamiento nacional, calificando de ideas rancias, góticas y absolutistas las inspiradas por el genio romántico; creyendo los amigos de éste oponer un dique á la incredulidad y al sensualismo revolucionario, abrian el cáuce por donde entrarian y se difundirian en la sociedad latina ideas aún más trascendentales y peligrosas para lo constituido, que las mismas de la Enciclopedia, cuales eran los principios del criticismo aleman. El prurito romanesco, tan asendereado y mal traído por los clasicistas españoles é italianos principalmente, entrañaba todos los elementos disolventes del órden social, como lo habia concebido y practicado, hasta entónces, el sensualismo pagano-místico, á que presidió el Renacimiento. Léjos estaban los clásicos de imaginar que su bandera se hallaba en la hueste enemiga, como ésta de entender que, sobreponiendo al naturalismo artificioso de los neo-griegos y neo-latinos, aquel espiritualismo vaporoso, tan puro como el immaculado pensamiento de la más casta vírgen del Señor, labraba las armas con que el racionalismo—su consecuencia inevitable desde el instante en que el espiritualismo á la alemana erigia en la conciencia subjetiva el más poderoso y supremo análisis del juicio arruinaria todo el edificio de la mística, para poner sobre sus escombros el alcázar del positivismo y de la inmanencia.

No alcanzó ninguno de los bandos, empeñados en la contienda la significacion propia, total y filosófica de su respectiva doctrina, ni produjo escándalo en las almas timoratas y católicas que los críticos latinos se indignáran ante los horrores de *Macbeth* y de *Otelo*, para aplaudir sin tasa las bellezas de la *Fidra* y de los *Horacios*, cuando los primeros afirmaban el genio occidental fecundado por el cristianismo, y los segundos

eran puro paganismo ingerto á deshora, en el corazon de la sociedad católica. Si me fuera dado profundizar esta indagacion, habria de testificar que, despues de todo, los clásicos no hacian otra cosa sino acomodarse á las tradiciones y tendencias más dominantes en el mundo latino, por lo ménos desde los dias del Dante y del Petrarca, siguiendo, por tanto, el movimiento contrario á la Reforma, movimiento que, á pesar de las apariencias contrarias, era el principal factor de la Revolucion francesa.

Reservándome ventilar el tema como su importancia en la crisis presente reclama, con lo dicho, y con añadir que al cabo triunfó Bohl de Faber, toda vez que la Academia de la lengua le admitió entre los inmortales, dejo consignado lo bastante para que se forme un juicio regular de los comienzos verdaderos del romanticismo en España, segun que intento bosquejarlo.

En el segundo artículo trazaré la segunda etapa de esta reforma entre nosotros.

F. M. TUBINO.

EN UN ÁLBUM.

(DE LORD BYRON.)

As o'er the cold sepulchral stone.....

Del mismo modo que en la losa fria
Un nombre escrito al caminante pára,
Si esta página á solas ves un dia
Fije mi nombre tu mirada clara.

Cuando por tí mi nombre sea leido
Y algunos años más hayan pasado,
Piensa en mí, cual se piensa en los que han sido;
Queda mi corazon aquí enterrado.

E. GODINEZ.

LOS PROGRESOS DEL POSITIVISMO (1)

Hace justamente cuarenta años que emprendí la traducción de la *Vida de Jesús*, del doctor Strauss. Estaba la misma en prensa cuando, empujado por algunos amigos y protectores, me presenté para una plaza vacante en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Estos amigos y protectores eran los dos Burnouf, padre é hijo, M. Lebas y M. Letronne. Todos han muerto, incluso Eugenio Burnouf, mi discípulo, algunos días más joven que yo, y el cual, si viviera, estaría á la cabeza de la erudición francesa y gozaria del fruto de sus trabajos y de su renombre. Procuráronse mis adversarios algunas pruebas de la poco ortodoxa obra, y las hicieron correr entre los miembros de la Academia. Motivó esto que M. Letronne me preguntase lo que era aquel libro, á la sazón desconocido en Francia, que escandalizaba, y del que se hacia un arma contra mí. Se lo expliqué yo, añadiendo que si veía en la idea que de la *Vida de Jesús* le estaba dando, algo que á la Academia, como cuerpo, fuese desagradable, retiraba inmediatamente mi candidatura, pero que persistía en ella si el desagrado llegaba sólo á algunos miembros. Continuemos, me dijo M. Letronne. Continué, y fuí nombrado.

Si hago mencion de este recuerdo personal, es porque en aquel tiempo mismo, hace cuarenta años, me vinieron á las manos los volúmenes de Augusto Comte, arrebatado también por la muerte al fruto de sus trabajos y al progreso de su gloria. Miétras que, sin dejar de estimar en mucho la *Vida de Jesús* como obra crítica é historia religiosa, no pudo entrarme

(1) Segundo prefacio á la cuarta edición del *Cours de philosophie positive*, de Augusto Comte.

absolutamente la metafísica hegeliana que de un extremo al otro la impregna, la obra de Augusto Comte me convenció por completo. Incapaz yo de encontrar por mí mismo la solución del gran problema filosófico, era capaz de reconocerla desde que se me hubo manifestado.

Así me convertí en discípulo, como en este grave momento de mi existencia, y como hace doce años, cuando hice el primer prefacio. Llegado á una vejez avanzada, y muy cerca del término, me felicito de haber siempre comprendido así mi papel y mis funciones.

Cosa grande es para mí ser testigo de la cuarta edición del *Curso de filosofía positiva*. Por medio de su lectura se familiarizan con la doctrina los espíritus estudiosos y emancipados. Despreciar á M. Comte y dejarle en la sombra del pasado, como se hace algunas veces injustamente en Francia y fuera de Francia, no es la opinion de este público, que, bajo el alto impulso de las necesidades filosóficas de nuestra época, dispensa tan constante y tan determinada acogida á su gran libro. Hay la seguridad actualmente de que ha adquirido un puesto firme en el dominio de las inteligencias, y un verdadero ascendiente. Ese es el resultado esencial bajo el punto de vista del progreso del espíritu positivo.

Insisto en que los metafísicos profesan que ningun interés filosófico es meritorio como teoría, ni excitado como hecho fuera de las cuestiones de causa primera, origen y fin; los teólogos fundan sobre la teología sus universidades para volver á conquistar por medio de la educación el imperio en otro tiempo acordado á la fe; los hombres de letras se apartan desdeñosamente de un libro que no puede leerse sin dedicarse más á los pensamientos que se encadenan, que á las frases que encierran los pensamientos. Y ahí está una obra para la cual es preciso largo aliento, llena de elevadas generalidades, que va contra la metafísica y la teología, adversario enérgico de lo sobrenatural y de lo absoluto, escrita para ser meditada, y ésta obra se reimprime, se vende y se lee sin interrupción.

En diez años envejece un libro de ciencia. Este libro de filosofía, que en sus lineamientos esenciales, tiene cincuenta años de edad, no se ha hecho antiguo y sirve de alimento á la genera-

cion de hoy, exactamente lo mismo que sirvió á las dos que la han precedido, salvo que por la virtud que le es propia, se ha extendido de un círculo pequeño á otro más grande, de poco á mucho, por un movimiento acelerado, que crece conforme va siguiendo.

Y es que, en efecto, éste libro marca el advenimiento del espíritu positivo, como regulador tanto intelectual como moral de las sociedades, y como sucesor natural (porque sin esta legitimidad histórica, no tendria probabilidad de éxito) del espíritu teológico y del espíritu metafísico.

No es que el espíritu positivo haya nacido súbitamente como por generacion espontánea, sin otro antecedente que la obra de Augusto Comte. Estaba preparado de todas maneras. Los elementos que podian producirlo y, si puedo atreverme á usar este término de embriología, el *plasma* en que nació, existia lleno de vida y de fecundidad. El espíritu positivo particular habia tomado posiciones sólidas con detrimento de ese saber escolástico tan querido de la Edad media cristiana y todavía hoy de la teología musulmana y brahmánica, y continuaba avanzando con una fuerza que nada era capaz de contrarestar. Cuando la Iglesia, despues de haberlo sostenido en su infancia, gracias al apoyo general que entónces daba á todos, excepto á los heréticos, empezó á sospechar las incompatibilidades que amenazaban á su autoridad, era demasiado tarde. Sin duda la gerarquía brahmánica interrumpió el desarrollo indio; sin duda la ortodoxia musulmana puso término al brillante vuelo que los árabes habian tomado en la alta Edad media; sin duda Felipe II, gracias al riguroso empleo del despotismo político y religioso, consiguió borrar por algun tiempo á España del concierto científico y progresivo. ¿Pero para qué han servido estos triunfos parciales en la derrota general? El desmoronamiento ha continuado; y sin ingratitud hácia su hermana mayor la teología, el espíritu positivo particular la puso fuera de todo aquello de que él se apoderó. Sin ingratitud, digo, pues si es ingratitud desconocer los servicios prestados, que es lo que hacen las escuelas revolucionarias, es justicia sociológica quitar á un régimen atrasado lo que no le pertenece, lo que nunca le ha pertenecido.

Llamo yo espíritu positivo particular á cada una de las ciencias positivas. El espíritu positivo general, método y encadenamiento de las ciencias particulares, es la filosofía positiva. La ciencia positiva y la filosofía positiva hacen una misma obra; la una como obrero y la otra como arquitecto. M. J. Stuart Mill ha comparado á Augusto Comte con Descartes y con Leibnitz. Los tres son grandes espíritus; pero el destino de sus filosofías es diferente. Las de Descartes y Leibnitz, ligadas indisolublemente á la metafísica, comparten con ésta la decadencia, y cada vez se van convirtiendo más en puros objetos de la historia; la de Augusto Comte, unida indisolublemente al saber positivo, escapa como éste de toda decadencia; y lo que hace que se apodere de las inteligencias contemporáneas es también lo que le asegura duración é influencia continua.

He recordado el período de represión social que hundió en el marasmo á la India, al islamismo y á España al golpe de teologías diversas sin duda, pero animadas por un mismo instinto; y lo he recordado, no solamente para hacer tomar la costumbre de las consideraciones generales y no limitar el horizonte al cristianismo solo, que es un caso particular, sino también para demostrar que la civilización comun del género humano tiene lazos efectivos hasta en donde influencias particulares le han sido tan perjudiciales. La India, la Arabia y la España han sido detenidas en diversos puntos de desarrollo, por los cuales han pasado las poblaciones que van hoy á la cabeza. No hay, pues, imposibilidad alguna intrínseca de hacerlas continuar la vía en que habían entrado. La España es buena prueba de ello: es verdad que era ella la que menos tenía que hacer, á causa de la herencia occidental en la que ántes tomara una parte tan gloriosa.

Tiene de particular la revolución positiva que ha comenzado, que se desarrolla sin violencia y sin las perturbaciones que acompañan al proselitismo religioso. La falta de uso que espontáneamente y por el progreso de todas las cosas invade poco á poco á las nociones teológicas y metafísicas es un auxiliar eficaz; y este auxiliar procede sin esfuerzo perturbador y, hay que decirlo, sin inquietar las conciencias: porque ¿hay nada más moderado, más gradual y más pacífico que aprovecharse

del desuso? La ciencia, la industria y la agricultura, unidas de aquí en adelante por tantas relaciones, son agentes incesantes, que eliminando las antiguas nociones de lo sobrenatural, preparan el camino al espíritu positivo, desde el sábio hasta el obrero y el aldeano.

La razon de este modo de propagarse la filosofía positiva estriba en la propiedad que posee de penetrar en los espíritus por fragmentos. Otra cosa acontece con las propagaciones teológicas: en ellas hay que aceptar el *credo* por entero; á no hacerlo así, es uno herético, lanzado de la comunión y perseguido con mayor ó menor ferocidad, segun los tiempos y lugares. De esta condicion proviene la perturbacion de las conciencias que marca todo proselitismo teológico. Aun la doctrina revolucionaria y sus dogmas, en calidad de deistas ó de materialistas, toleran mal las aceptaciones desiguales, y las tentaciones de persecucion se abren paso fácilmente. Todo esto es extraño á la filosofía positiva. Por más que tenga dogmas muy determinados, no experimenta contrariedad, ni decepcion, ni cólera. Cuando en tal ó cual estado de la inteligencia no son aquellos aceptados por entero, léjos de ver una herejía condenable en esta division, ve en ella una preparacion, un grado, porque está segura de que, por este camino, el espíritu público no retrocede jamás y avanza siempre hácia el espíritu positivo.

Cada una de las cuatro ediciones es una nueva etapa. Sean los que quieran los órganos que en el porvenir hayan de tener á su cargo la propagacion, el progreso de la filosofía positiva está asegurado. Su suerte lo ha estado sin duda desde el dia en que el génio de Augusto Comte la produjo en el seno de la sociedad contemporánea; porque semilla tan buena y tan á punto no podia dejar de germinar. Pero está franqueado el paso que separa á una doctrina naciente del grado en que, sólidamente asentada, ha conquistado bastantes espíritus para no temer nada del vaiven de las humanas opiniones.

La filosofía positiva, en los momentos actuales, ha penetrado casi en todas partes, no solamente en el nombre, lo que ya seria algo, sino de hecho, lo que es más todavía. Tiene en todos los países, aún en los más lejanos, discípulos que en

ella encuentran la regla de su pensamiento y conducta. ¿En todos los países? no; solamente en aquellos, y esto es lo esencial, en los cuales la ciencia positiva está floreciente y se mantiene nivelada. En los países que llamaré *incientíficos*, su acción se detiene.

Esta condición, que la hace dependiente de la ciencia y que no se podría nunca apreciar lo bastante, le asegura una universalidad más real que la de doctrina alguna del presente ó del pasado. Sin duda que las doctrinas metafísicas pretenden también ser á su vez universales. Pero el mismo plural de que me valgo, sin ser con ellas injusto, implica los límites que las detiene en sus pretensiones, y basta su conflicto mútuo, tan irreconciliable hoy como en otro tiempo fué, para limitarlas en el espacio y en el tiempo. La mayor fortuna en cuanto á universalidad que tuvo nunca un sistema, es la de la metafísica de Aristóteles durante la Edad media; mas, sin hablar de su caída profunda, recordemos que no fué apenas autónoma: era, sirviéndonos del lenguaje de la época, una servidora de la teología.

¿Y ésta, me dirán, no es universal? Distingamos. Si se habla de la teología en su forma más amplia desde el fetichismo hasta las religiones en la actualidad existentes, sí; ha sido universal: pues es una de las fases de la civilización humana; fase cuyas variaciones ha sido siempre incapaz de comprender la teología, pero cuya naturaleza ha explicado por vez primera la filosofía positiva en su parte sociológica, mostrándola siempre en relación con el desarrollo social. Así, pues, cuanto más adelantada ha estado la civilización, tanto más se han pronunciado las diferencias teológicas hasta la incompatibilidad recíproca. Hoy, muy léjos de ser universales, son las religiones eminentemente locales. Lo mismo que las metafísicas se estorban, las teologías oponen las unas á las otras barreras infranqueables. En los tiempos en que las religiones habian guardado su fuerza de impulsión, se operaron inmensas conversiones. Así es como el cristianismo quitó la mayor parte del mundo antiguo á los diversos paganismos; como el budhismo adquirió la preponderancia en el extremo Oriente: y como, más tarde, convirtió el islamismo á su doctrina á una multitud de cristianos de Asia y de Africa, expulsó el magismo de la Persia é hizo la conquista de cuarenta

millones de judíos al brahmanismo. En nuestros días, en que nada ha venido á alimentar las fuentes vivas de la teología, el brahmanismo, el budhismo, el cristianismo, el islamismo son entre sí invencibles. Sus fronteras respectivas no varían mas que imperceptiblemente, y la propaganda ya no se hace sino en tribus atrasadas y salvajes: el cristianismo en los indígenas de América y de la Polinesia; el islamismo en los negros de Africa.

De otra manera más segura es la universalidad de la filosofía positiva. Las teologías (dejo á un lado las metafísicas demasiado evidentemente incapaces bajo este punto de vista) tienen cada una un dogma exclusivo con el que no es posible ninguna transacción sin destruir á aquella que aceptara la transacción. Gracias á la experiencia y al método que de ella emana, la ciencia es una; y una, como ella, es la filosofía positiva. Aquí la unidad es el preliminar de la universalidad.

Importa definir lo que debe de entenderse por esta universalidad en el concepto sociológico. Hoy por hoy, son las poblaciones cristianas las que tienen el cetro de la ciencia, y es la ciencia la que ha quebrantado todo el edificio del cristianismo, preparando el advenimiento de una concepción del mundo completamente distinta. Se engañaría uno grandemente si, aplicando el argumento, con frecuencia engañador, de *post hoc, ergo propter hoc*, se pensara que estas poblaciones deben su ventaja á la forma religiosa que ha reinado y reina entre ellas. Bastaría, para volver á una sana apreciación histórica, recordar este mismo quebrantamiento, al cual acabo de hacer alusión. No es el oficio de las religiones favorecer las ciencias; esto es hasta tal punto verdadero, que cuando las ciencias se emancipan, se las reprime y suprime, si se puede; es, ó mejor dicho, fué—porque pertenece á una fase de la humanidad que va agotándose, por no ser el mundo lo que se habían figurado los antiguos—constituir un lazo moral que conserve á los espíritus en una convergencia necesaria al sostenimiento de las sociedades. De igual manera es debido el remonte científico de las poblaciones occidentales, á que han sido, por la mediación de Roma, las herederas del caudal científico de los griegos: y lo que prueba que importaba poco para eso ser cristiano, es que esta herencia, en su parte fundamental, sin la cual nada se hu-

biera hecho, ha sido constituida por aquellos ilustres paganos que se llaman Hipócrates, Aristóteles, Hiparco, Arquímedes, Euclides, Apolonio. Por otro lado, los pueblos que han permanecido extraños á la ciencia positiva, ocupan (no hablo aquí de los negros del Africa) los inmensos países asiáticos. No es ya dudoso, viendo la influencia que en ellos toman Europa y América, que la ciencia no ha de tardar en encentarlos. Desde que la encentadura comience aparecerá en ellos la filosofía positiva, para hacer allí lo que hace entre las poblaciones cristianas: dar un punto de alianza á los espíritus escapados de los lazos teológicos, asignando una direccion á los esfuerzos espontáneos de las sociedades sobre ellas mismas, y presentar al individuo, como objeto supremo de su vida, la union con los destinos de la humanidad. Eso es lo que yo llamo la universalidad de la filosofía positiva bajo el punto de vista del desarrollo progresivo; eso es lo que es compatible con todos los decrecimientos de la teología general; eso es lo que realiza del modo más eficaz en el régimen humano la concepcion moderna del mundo, concepcion irrefragable en sus consecuencias.

He dicho más arriba que la filosofía positiva ha penetrado en los principales países, aún en los más remotos. Añado aquí, como complemento indispensable, que ha conquistado secuencias en todas las clases de la sociedad. De una parte, hombres acostumbrados á los métodos rigurosos de la ciencia y versados en las diversas disciplinas del saber, la han examinado con desconfianza al principio como novedad; luego, subyugados por la demostracion, que es la ley de las inteligencias, han aceptado sus enseñanzas. De otra parte, obreros ejercitados sin duda en las discusiones socialistas, pero extraños á una educacion científica, han tomado los puntos que para ellos eran luminosos, y con esta luz han dado su asentimiento. Es que, en efecto, la doctrina positiva satisface á la vez las necesidades más elevadas de la inteligencia, y toca, en los sitios más sensibles, á las aspiraciones novadoras y al conflicto de más actualidad.

Cuando empecé á escribir este estudio, todavía el procurador general M. Renouard no habia pronunciado el discurso de reapertura ante el Tribunal de Casacion, y no me figuraba yo que se trataria de filosofía positiva en esta solemnidad. Pero

hablar de ella parece ahora natural, aún en ocasiones oficiales: y sea como quiera, véase el pasaje que nos concierne: «Una escuela que en estos últimos tiempos ha llamado la atención es la que se ha dado el nombre de positivista. Estos partidarios han creído hacer un acto de circunspección y prudencia, limitando á la prueba de los hechos los conocimientos que pertenecen al espíritu humano alcanzar. Han confundido así con la ciencia lo que no es sino su preparación. Han caído en el mismo error que los materialistas, quienes ciertamente no se engañan de ningún modo creyendo en la materia, pero cuyo error consiste en no creer más que en ella.

»El positivismo no es la ciencia, como no es el realismo el arte. La obra de arte queda imperfecta y vulgar, si no hay en ella algo que levante ó despierte un sentimiento, un afecto, una pasión, algo que abra una salida hácia el ideal. No aceptar de la naturaleza más que su parte material, es renunciar á la verdad y á la grandeza.»

Siempre he visto que era una desgracia quejarse de no haber sido comprendido: así es que no me quejaré yo de ello en esta ocasión. Pero lo que me queda que decir va á responder justamente al bosquejo que el procurador general del Tribunal de Casación ha trazado de la filosofía positiva; y me es fácil, sin entrar en polémica con él, desarrollar el alcance social y moral de esta filosofía y el interés que excita de cerca y de lejos, arriba y abajo.

La filosofía positiva interviene en un grave momento de la evolución social. Por razones sobre las cuales es imposible hacerse ilusiones, y cuya certidumbre sociológica es tan grande como la certidumbre de tal ó cual hecho biológico, químico ó físico, las poblaciones occidentales han sentido temblar el suelo bajo sus plantas, y agrietarse por todas partes las añejas instituciones á cuyo abrigo se había vivido mucho tiempo. Este fenómeno puede expresarse muy brevemente por la fórmula: el Estado cada día se seculariza más, y la teología toma cada vez menos parte en la gestión de los intereses intelectuales y morales de la sociedad.

Estas dislocaciones sociológicas, comparables á las dislocaciones geológicas, han traído convulsiones, sufrimientos, no-

vedades sorprendentes, en una palabra, una mezcla compleja de bienes y de males. Basta notar aquí los dos quebrantamientos más considerables entre todos, la Reforma en los comienzos del siglo xvi y la Revolucion francesa á los fines del xviii.

Pero, á medida que el terreno se desembarazaba cada vez más y que el espíritu de renovacion se engrandecía y depuraba, aparecía una gran dificultad; si las doctrinas antiguas se separaban, las doctrinas nuevas se buscaban. La teología cristiana no encontraba modo de asentarse ni de unificarse despues de Lutero, y las discordancias creadas por la Reforma subsistian inconciliables. La metafísica revolucionaria sufría de un mal parecido: y entre una teología liberal, un vago deísmo, un panteísmo ilusorio y un materialismo arbitrario, no llegaba jamás á dar una conciliacion demostrable y una direccion definida.

Dar una y otra es el objeto, la razon de ser, el oficio de la filosofía positiva. Basta esta simple enunciacion para ponerla fuera de lo vulgar y de lo rastrero. Así, por más que se diga, no limitamos el espíritu humano á la simple prueba de los hechos, no confundimos la ciencia con lo que no es más que su preparacion; nada de lo que es sentimiento, afecto, pasion nos es extraño; y abrimos, bajo el impulso del saber positivo, una gran salida al ideal.

Tambien tenemos la conciencia tranquila ante los reproches que se dirigen á nuestras apariencias, tales al ménos cuales las ven las doctrinas absolutas. Yo no llamaré estos ataques *telum imbelle sine ictu*; porque tienen un golpe para el objeto que se proponen, pero este objeto no somos nosotros. Pasan sin tocarnos y, mientras tanto, nosotros caminamos sin inquietarnos verdaderamente por una artillería que tira á un falso blanco. Iluminar la inteligencia y dar calor al corazon ¿se puede pedir más á una doctrina hecha para humildes mortales y que en un momento social muy difícil ofrece su concurso? Caminamos, dije, y el libro de Augusto Comte, que se multiplica, es nuestro vocero escuchado y poderoso.

Lo que nos permite presentarnos así en la competencia tan manifiestamente abierta, es nuestro principio que es á la vez demostrable é inatacable, por ser el de cada ciencia en par-

ticular. Mientras que no nos lo quiten, nada habrán hecho contra nosotros. Ni la teología ó doctrina de lo sobrenatural, ni la metafísica ó doctrina de lo absoluto se acomodan á él; la una lo trata de sacrílego y la otra de ínfimo. Nosotros dejamos decir: pues no somos ni más ó menos sacrílegos, ni más ó menos ínfimos que la ciencia. De este modo, sostenidos en el presente, trabajamos con seguridad para el porvenir. Para el presente y para el porvenir ha sido, pues, escrito el libro de Augusto Comte.

Tenemos en Inglaterra una doctrina que yo llamaré, y permítaseme la expresion, nuestra prima hermana. No se acomoda más que la nuestra á lo sobrenatural y absoluto, y como nosotros, se mantiene en el dominio relativo y experimental. Pero en vez de dar por base á la filosofía, como nosotros hacemos, el conjunto gerárquico de las ciencias positivas, aquella le da por base la psicología. He discutido ántes de ahora (1) esta cuestion con todo el interés que se merece, y no volveré sobre ella; pero el conflicto está pendiente, y para el desenlace me remito al progreso de la fisiología psíquica. Cuanto más se ponga en claro que la fisiología psíquica es el equivalente biológico de la psicología tradicional, más ó menos modificada por el método experimental que los filósofos ingleses aplican, tanto más cierto será que el estudio de las facultades psíquicas no es, como lo ha proclamado Augusto Comte, más que un aferente de la doctrina general, el cual no puede ser tomado por origen de ésta. Este firme juicio ha encontrado favor entre los biólogos y contribuye á facilitar ante estos hombres científicos tan importantes el acceso del libro que hoy se reimprime.

¿Es posible detener la decadencia de las opiniones teológicas que han regido al mundo moral y todavía lo rigen, aunque aminoradas, bajo la forma judáica, cristiana, musulmana, brahmánica y budhista? En la forma cristiana es en la que la minoracion es más marcada; pero importa considerar el problema en toda su generalidad, y de buen ó mal grado, las creencias lejanas dependen de la suerte de la creencia occiden-

(1) *Auguste Comte et Stuart Mill*. Paris, 1867, pág. 9 y siguientes, reproducido en *Fragments de Philosophie positive*, pág. 245.

tal, en cuyo país se elaboran las concepciones directoras de las cosas humanas. El islamismo, el brahmanismo, el budhismo están heridos, por singular que esto parezca, de todos los golpes que recibe en los países cristianos la teología cristiana.

¿Es posible, y vuelvo á mi tema, detener el desuso de las opiniones teológicas, á las cuales muchos espíritus se van haciendo más ó menos extraños? No, esto no es posible. ¿Por qué? Porque las mismas causas que han dañado al régimen teológico, no solamente continúan en acción, sino que, obrando en un medio que les es más congénere y favorable, toman una intensidad más grande. Y nada puede cambiar una pendiente semejante, porque todos los días, la ciencia, que se acrece en la vía positiva, y la industria, que recibe las direcciones de la ciencia, hacen penetrar más hondamente las nociones que contrarían directamente la vieja concepcion del mundo. Entre saber positivamente y creer teológicamente, la incompatibilidad produce sus efectos manifiestos.

Esto resuelve una cuestion que muchas veces me he propuesto: ¿Por qué la Iglesia católica que, en definitiva, es el mejor representante del pasado, se vuelve en nuestros días, con una especie de arrebató, hácia lo sobrenatural y el milagro, y se compromete con ello, al parecer, con gozo y júbilo? Este movimiento es sin duda inconsciente, pero no por esto es ménos el resultado de exigencias mentales que llevan el socorro, ó lo que creen ser socorro, al lado más amenazado. Ahora bien; la amenaza más apremiante viene del lado de la ciencia, que, sin hablar de la filosofía positiva su hija, elimina rigurosamente de todas partes lo sobrenatural y el milagro. Entónces, como echando un peso en el otro platillo de la balanza, la Iglesia católica maravilla á las turbas que le dan su fe, por todos los asombrosos espectáculos, cuyas narraciones se esparcen con profusion. Es menester á toda costa destronar á lo natural, á lo experimental, á lo positivo; y ¿cómo destronarlo sino por el antiguo milagro, que se presenta á nuestra vista? Asistimos á estas curiosas exhibiciones como espectadores sorprendidos, pero no inquietos. La trama de la naturaleza y de la historia se ha hecho demasiado tupida para dejar colar lo sobrenatural, y el espíritu moderno triunfa del milagro, hasta sin pensarlo.

Rehacer el pasado, que ha llegado á ser tan profundamente diferente del presente, cosa es juzgada imposible por todos, á excepcion de los teólogos, que se irán á pique si no consiguen volver á poner la tierra en el centro del mundo. Pero ¿qué hacer entónces en el estado inestable, digamos la verdadera palabra, en el estado revolucionario á que esta discordancia ha lanzado á las sociedades? Ya hace mucho tiempo que la filosofía positiva ha respondido: no hay más que un punto estable, y este es la ciencia que no varia casi en sus principios y no se modifica más que en sus crecimientos: no hay más que una reunion asegurada, es la ciencia, la cual se impone, ora por la demostracion á los espíritus suficientemente preparados, ora por los resultados á los que lo están ménos; porque los resultados, de consuno con los principios, subyugan á los hombres y extienden la clientela positiva mucho más allá del círculo científico ó filosófico. Esta respuesta, que coloca á la ortodoxia sociológica en frente de la ortodoxia teológica, está inscrita en el libro de Augusto Comte y se le lee en ediciones y más ediciones; en él se encuentra la gran respuesta de su plenitud; se comprende que la antigua doctrina no basta ya y que la nueva trabaja para reemplazarla, y se sabe por cuales intereses legítimos y bienhechores se apasiona y se entrega la gente.

El libro de Augusto Comte ha provisto por mucho tiempo al desarrollo del espíritu positivo entre los pueblos occidentales. No hay ya necesidad de decirlo siquiera, ni, segun la frase vulgar, de lanzarlo á la corriente. Ya en el prefacio que precede á este estudio he advertido contra el dejarse llevar por las inquietudes que podrian hacer nacer tantas y tan grandes novedades como surgen en nuestro tiempo en el dominio científico: la astronomía estelar, el espectroscopio, el estudio curiosísimo de los corpúsculos cósmicos, la equivalencia de las fuerzas, la aclaracion de los geroglíficos egipcios y de las inscripciones cuneiformes de la Asiria, el conocimiento profundizado de los Vedas y de los libros sagrados del budhismo; en fin, la resurreccion inesperada del hombre prehistórico. Al revés de la teología, que á cada novedad científica está obligada á renovar sus problemáticos procedimientos de acomodacion, la filosofía positiva ha permanecido firme sobre

su base. No tiene necesidad de buscar ninguna argucia para ponerse de acuerdo con todo esto; y he podido escribir en 1874 y repetir en 1876 (1): «Si el libro de M. Comte, en lugar de aparecer de 1830 á 1842 hubiera aparecido hoy, en medio de los descubrimientos de estos treinta años, la filosofía positiva hubiese sido exactamente la misma en principios, carácter y alcance.» Tenemos ahora cincuenta años de existencia, de experiencia y de conducta; por esto me creo en el derecho de caracterizar así la permanencia de la acción del libro de M. Comte.

Pongámonos nosotros al corriente, no había para qué decirlo, de todas estas preciosas novedades; pero no soñemos en poner á M. Comte que para nada necesita de ellas. Y á decir verdad, la verdadera *mise en courant* de este gran libro es el número creciente de espíritus separados de la teología, fatigados de la metafísica, deseosos de saber positivo, que lo abordan y lo estudian. La nueva edición para la cual escribo aquí con satisfacción algunas páginas, es una feliz contribución á esta divulgación de la obra.

Pero nada se hace por sí solo. Para cada obra son menester manos laboriosas é inteligencias activas. Y estas no han faltado. Quedaría mi tarea incompleta si no recordase yo el trabajo cuyo punto de partida ha sido el libro de Comte. En Francia y fuera de Francia han venido muchos á encender su antorcha en esta gran luz. La doctrina positiva ha sido predicada, expuesta, vulgarizada, aplicada, extendida, según el punto de vista en que cada cual se ha colocado. La polémica ha tenido su parte; se ha atacado y se ha defendido, y los adversarios no han dejado de contribuir á hacer conocer la doctrina. En el momento en que el maestro se apodera más del espíritu público, los discípulos merecen que se tenga de ellos un recuerdo.

É. LITTRÉ.

(*La Philosophie positive.—Revue.*)

(1) *Fragments de Philosophie positive et de sociologie contemporaine.* página 571.

CANTO NOCTURNO

DE UN PASTOR ERRANTE DEL ASIA.

TRADUCCION DE LEOPARDI (1)

¿Qué haces luna en el cielo, dí, qué haces,
Oh silenciosa luna?
Sales de noche y vas, desde que naces,
Contemplando desiertos, y te escondes.
¿No estás aún saciada
De recorrer la sempiterna vía?
¿Aún no desdeñas, y mirar te agrada,
Estos montes y valles todavía?
A tu vida asemeja
La vida del pastor; sale al primero
Albor de la mañana,
Mueve el rebaño por el campo, y mira
Rebaños, fuentes, yerbas, y rendido,
Reposa por la noche sosegada,
Y ya no espera nada.
Dime, luna, ¿de qué su vida sirve

(1) La presente composición es una de las más bellas de los *Cantos* del gran poeta italiano Giacomo Leopardi, cuya traducción completa y en verso verá pronto la luz en un tomo.

Sabido es que, según el barón de Meyendorff y otros viajeros, muchos pastores de ciertas tribus errantes del Asia pasan las noches, sentados sobre una piedra, mirando á la luna é improvisando palabras melancólicas, cantadas sobre aires no ménos tristes. Leopardi ha encarnado su escéptica amargura en el canto del pastor, cuya forma y rima, casi despojada de consonantes, he tratado de reproducir con la mayor fidelidad posible.

(N. del T.)

Al pastor, y á vosotros vuestra vida
De qué sirve? Do tiende en su carrera
Mi vagar lento y breve,
Y tu curso infinito por la esfera?

Canoso anciano enfermo,
Mal vestido, descalzo,
Con carga pesadísima en los hombros,
Por valles y por montes,
Y agudas rocas y anchos arenales,
Azotados del viento y la borrasca,
Con tiempo abrasador y cuando hiela,
Corre aquí, cruza, anhela,
Atraviesa torrentes y pantanos,
Cae, se alza y más y más ya se apresura,
Sin tregua ni reposo,
Herido, ensangrentado, hasta que llega
Allí donde el camino
Y tanto fatigar se dirigia,
Abismo horrible, inmenso,
Donde al precipitarse todo olvida;
Tal es, virgínea luna,
La triste imágen de la humana vida.

Al dolor nace el hombre,
Y es peligro de muerte el nacimiento.
Prueba tormento y pena
Desde el primer aliento,
Y apenas ha venido,
Progenitor y madre
Le quieren consolar de haber nacido.
Luego, conforme crece,
Entrambos le sostienen, de continuo
Con actos y palabras
Se afanan en cuidarle, se disputan
El consolarle del humano estado;
Más precioso cuidado
A su prole los padres no tributan.

¿Por qué dar á la luz del claro cielo
Y por qué dar la vida
A quien despues es fuerza dar consuelo?
¿Si es vivir desventura
Para qué tanto dura?
Tal es, intacta luna,
El estado infeliz de los mortales;
Mas tú mortal no eres
Y no te cuidas de lamentos tales.

Tú, solitaria, eterna peregrina
Que vas tan pensativa, acaso entiendes
Este vivir terreno
Lo que es, y el suspirar, nuestra agonía;
Lo que es este morir, esta suprema
Palidez del semblante,
Y faltar de la tierra para siempre
Toda usual compañía dulce, amante.
Y en verdad, tú comprendes
El por qué de las cosas, ves el fruto
Del alba, de la tarde placentera,
Del callado infinito andar del tiempo,
Sabes, tambien, á qué dulces amores
Rie la primavera,
Por qué son los calóres,
Y á qué son del invierno las heladas.
Mil cosas sabes tú, mil tú descubres
Que al sencillo pastor le están veladas.
A veces, al mirarte
Tan muda estar sobre el desierto llano,
Que en círculo remoto
A lo léjos confina con el cielo,
O bien con mis ovejas
Mano á mano seguirme caminando;
Y al mirar las estrellas refulgentes
Digo entre mí, pensando:
¿Para qué luces tantas?
¿Qué hace el aire sin fin, y esa profunda

Serenidad del infinito abismo?
¿Qué quiere decir esta
Inmensa soledad? ¿Qué soy yo mismo?
Conmigo así discurro, y de la estancia
Soberbia, inmensurable,
Y de aquesta familia innumerable,
Luego de tanto obrar, del movimiento
De las celestes y terrenas cosas
Girando sin descanso, presurosas,
Para siempre volver donde nacieron,
Fin ni objeto ninguno
Adivinar no sé, ni fruto alguno;
Sólo conozco y siento
Que en el girar eterno de los orbes,
Y que en mi frágil vida
Otro hallará quizás bien ó contento,
Mas para mí el vivir es un tormento.
¡Oh, tú, cuán venturoso
Eres, rebaño mio,
Que tu miseria, pienso, no adivinas!
¡Cuál te miro envidioso!
No sólo porque ajeno de pesares
Casi libre caminas,
Y todo sufrimiento y todo daño,
Todo extremo dolor súbito olvidas,
Sino porque jamás el tedio sientes,
Cuando á la sombra paces en la yerba
Contento y sosegado,
Y del año gran parte;
Pero tú ciertamente
Jovenzuela inmortal, lo sabes todo.
Consumes sin enojo en tal estado,
Mientras sentado yo tranquilamente
Sobre la verde yerba y á la sombra,
Un fastidio voraz nubla mi frente
Y cuasi un aguijon me punza luego,
Tal que, sentado, disto más que nunca
De hallar paz y sosiego;

Empero nada ansío,
Ni motivo hasta aquí tuve de llanto.
Cómo goces ó cuánto,
Decir no sé, más sé que eres dichoso;
Yo poco goce siento,
Oh tú rebaño mio,
Mas no por esto sólo me lamento.
Si hablar supieses, yo preguntaría:
Dime, ¿por qué yaciendo sin cuidado
Todo animal, ocioso,
Se aquieta, y, sin remedio,
Cuando descanso yo me asalta el tedio?
Tal vez si alas tuviese
Para volar sobre las altas nubes
Y contar las estrellas una á una,
Más feliz fuera yo, dulce rebaño,
Más feliz fuera yo, cándida luna.
O acaso yerro, y la verdad no acierte,
Viendo la ajena suerte
Mi pobre pensamiento,
Y en todo estado y forma, en cueva ó cuna,
Es fatal á quien nace, el nacimiento.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

LA CÁRCEL DE MADRID

AL EXCMO. SR. D. MANUEL SILVELA.

I.

Mucho ántes de que el gran Bentham y el generoso Howard indicaran la urgente necesidad de reformar las prisiones, ya habian acometido tan noble empresa los escritores españoles de los siglos xvi y xvii. Las cárceles de Europa eran igualmente detestables; en todas ellas se cometian las mayores crueldades con los infelices prisioneros, y tratando de impedir la evasion á toda costa, para nada se tenian en cuenta ni la dignidad del hombre, ni la probable inocencia del acusado. En inmundos calabozos, donde faltaban el aire y la luz, tanto como abundaban el mal olor y las sabandijas, se encontraban confundidos en horrible hacinamiento los sospechosos y los criminales de todos grados y condiciones, sin distinguir la edad, ni muchas veces el sexo de los detenidos. A tan asquerosa promiscuidad, á tan fatales condiciones higiénicas, únase la falta de alimentos sanos y suficientes, y tendremos explicado el origen de devastadoras epidemias, cuyos estragos se recordarán siempre con horror.

Si en el órden físico eran tales los defectos de las cárceles, mayores eran aún en el órden moral. En aquellas escuelas del crimen perdía todo resto de pudor el que, víctima de su desgracia, caía en poder de la justicia; mientras el criminal perfeccionaba sus conocimientos, «convirtiéndose en salteador el ra-

tero, y en asesino el salteador;» y no debe sorprendernos que la sociedad rechazara, algunas veces con injusticia, á los que salian absueltos y á los que extinguian sus condenas. Para el caido no habia rehabilitacion posible; el que entraba en la cárcel tenia que renunciar á ser honrado, pues aún justificando su inocencia, encontraria cerradas todas las puertas, de todas partes le arrojarian con fundada desconfianza, y lleno de ira, sediento de venganza, no quedaba otro recurso al cumplido que volver á delinquir para ingresar de nuevo en la prision, buscando la única sociedad que no le rechazaba.

El mal tomaba proporciones alarmantes, era urgente buscar el remedio, y cuando á nadie, excepcion hecha de algun piadoso sacerdote, se le ocurría mirar al interior de aquellas mazmorras, donde arrastraban mísera existencia séres humanos, dos españoles, Bernardino de Sandoval, primero (1), y el doctor Cerdan de Tallada despues (2) hacen públicas las crueldades que sufren los presos, indican la urgencia de reformar los edificios carcelarios, piden se clasifique á los detenidos por razon del sexo, de la edad y del delito, y sobre todo, que se repriman con mano fuerte los abusos escandalosos de los alcaides que, dueños de sus destinos (3), procuraban sacar á *su propiedad* la mayor renta posible á cambio de las mayores infamias. Para aquellos alcaides propietarios todo se resolvía con oro; sin él, «ni los baños de Argel eran tan terribles como las cárceles españolas;» en aquella cofradía de malhechores sólo podia redimirse la persona á costa de la hacienda (4).

Esta vez, como en otras muchas, ocurrió que, siendo españoles los autores de la reforma, España fué la última nacion

(1) Tratado del cuidado que se debe tener de los presos pobres. Toledo, 1554. (Biblioteca Nacional.)

(2) Visita de la cárcel y de los presos. Valencia, 1574. (Biblioteca Nacional.)

(3) Sabido es que el cargo de alcaide fué entre nosotros, hasta 1840, uno de los oficios que enajenaba la Corona, y el que lo adquiria usaba y abusaba de su derecho, á pesar de las limitaciones de la ley y de la vigilancia de las autoridades, que no siempre cumplian con sus deberes.

(4) Cristóbal de Chaves. *Relacion de la cárcel de Sevilla*, obra muy curiosa, escrita probablemente en 1558. Se encuentra en la obra de los señores Gallardo, M. Rayón y Zarco del Valle, titulada *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*.

que se aprovechó de ella. Los esfuerzos generosos de Sandoval y Tallada se estrellaban contra la inmoralidad de los funcionarios y el abandono de las autoridades; y si un ministro fijaba por un momento su atención, olvidaba después la reforma y continuaban los desórdenes y los crímenes, que tanto perjudicaban á la honra y al prestigio de nuestra patria. Es cierto que á fines del siglo pasado y principios del actual se organizan sociedades filantrópicas para la mejora del sistema carcelario (1), es verdad que mucho se hace en las leyes; pero el personal no cambiaba, el régimen no existía ni existe aún, y nuestras cárceles y presidios son hoy, con raras y honrosas excepciones, lo mismo que eran cuando escribían Sandoval, Tallada y Cristóbal de Chaves.

Las dimensiones de este trabajo, dedicado especialmente al exámen de la última ley sobre la cárcel-modelo, no nos permiten extendernos en reseñar, ni aún de pasada, la historia de nuestra legislación penitenciaria; pero no podemos dejar de decir algo sobre lo que eran las prisiones de la capital de España, no ya en los siglos remotos, sino en el presente, y lo que son aún en el año de gracia en que vivimos.

Muy poca importancia tenían los edificios de Madrid en la época anterior á la de su elevación á corte y capital del reino, así es que nada tiene de extraño no se sepa á ciencia cierta dónde estuvo situada la cárcel de la antigua *Magerit*, siendo las noticias de dicho establecimiento posteriores al siglo xvi.

(1) Merecen especial recuerdo las siguientes: *Asociación de caridad del Buen Pastor*, fundada en 1799. *La Real Asociación de cárceles de Madrid*, fundada en 1804. *La Sociedad para la mejora del sistema carcelario*, fundada en 1840 por iniciativa del Marqués de Pontejos y del señor Mesonero Romanos, y de la que formaban parte, además de los nombrados, los Sres. Olózaga, general Manso, Drumén, Aribau, Egaña, Arratia, Tarancon, Beltran de Lis, Cobo de la Torre, Moreno, Pastor, Asuero, La-Sagra, Puche y Bautista, Madoz, Arias y el arquitecto D. A. Alvarez. A los esfuerzos de esta Sociedad se debió la reincorporación á la Corona de las alcaldías de las cárceles, cuyos oficios, como hemos dicho ántes, se habían vendido á particulares que los explotaban por sí ó los arrendaban al que más ganancia les ofrecía. El Gobierno indemnizó á los propietarios de dichos oficios, y desde entonces nombra y separa libremente á los alcaides. Real orden de 26 de Enero de 1840.

Por el testimonio del maestro Juan Lopez de Hoyos (1), puede asegurarse que la cárcel estuvo situada al fin de Platerías, pues afirma el cronista que al pasar por dicho punto la Reina Doña Ana de Austria, los presos asomados á las rejas pedían á gritos que el Rey les hiciera alguna gracia y «á los cuales S. M. hizo merced.» Esta cárcel fué suprimida cuando se construyó á principios del siglo xvii la actual Casa Consistorial al extremo opuesto de la Plaza de Villa, destinándose á carcelaria comun la parte posterior del edificio municipal que da al llamado Callejon de Madrid, donde permaneció hasta que en 1833 fueron trasladados los presos al Saladero (2).

Era la cárcel de Villa lo más estrecho, lóbrego é inmundo que puede imaginarse, y un padron de ignominia para la capital su célebre calabozo de *El infierno*, en el que indistintamente ingresaban los más terribles criminales y los patriotas víctimas de las venganzas de El Deseado. Allí permanecieron varios dias en forzada sociedad Olózaga y Candelas, Bringas y Balseiro, y muchos honrados patriotas salieron de la prision de Villa para morir en el cadalso: el mismo Olózaga se libró del suplicio que le esperaba, fugándose de modo tan extraño y arriesgado, que sólo se comprende considerando la energía de su carácter, su resolucion para las grandes empresas y lo bien que le ayudaron su familia y amigos, realizándose la fuga gracias á las malas condiciones del edificio y á las cualidades de los empleados, que esta vez se prestaron á ejecutar una buena obra, pasando el ilustre Olózaga por un puente de plata tendido desde su calabozo á la calle (3).

No molestaremos la atencion del lector detallando lo que era la cárcel llamada de Villa; figúrese lo peor que puede ocurrirle en materia de edificio, de personal y régimen, y siempre distará mucho de la realidad, y dentro de la citada cárcel, nada tan terrible como el calabozo general conocido con el nombre

(1) Del real aparato y recibimiento que hizo la villa de Madrid á la Serenísima Reina Doña Ana de Austria. Madrid 1572.

(2) Archivo Municipal. Seccion 3.^a, legajo 103, núm. 6, y Seccion 1.^a, legajo 233, núm. 45.

(3) Fernandez de los Rios. *Olózaga. Estudio político y biográfico*. Madrid 1863.

de *El Infierno*. Aquella mazmorra estaba completamente á oscuras, y para reconocer á los que entraban, encendian sus habitantes la luz clandestina que tenian costumbre de procurarse, haciendo hilas de las camisas y privándose del tocino que les servian en el rancho y que ningun preso probaba, reservándole para empapar en él las mechas que formaban con las hilas y obtener por ese procedimiento la triste luz del calabozo, la que apagaban en cuanto sentian los pasos de algun guardian. Nada diremos de las humillaciones á que sujetaban aquellos foragidos al recien entrado, sobre todo si era hombre de bien y liberal perseguido; nada diremos tampoco de los juegos, riñas y escándalos que ocurrían diariamente, sin que los alcaides ni las autoridades pudieran ó quisieran evitarlos. Lo que seria el edificio destinado á cárcel municipal de Madrid, se comprende con sólo saber que trasladados los presos al Saladero, no se encontró medio de limpiar la inmundicia aglomerada durante muchos años de increíble abandono, y fué indispensable derribar toda la parte interior ocupada por la cárcel de Villa y construir de nuevo las habitaciones donde desde aquella época se instalaron las oficinas municipales (1).

Sólo habia una cárcel peor que la de Villa, su compañera la de Córte, destinada sin duda, al principio para los nobles y sujetos distinguidos; pero que luego de ensanchada con el oratorio y casa de los padres del Salvador, sirvió para toda clase de criminales. El edificio, obra del marqués del Crescenci, es uno de los pocos buenos que quedan de aquella época (2), y segun reza la inscripcion que aún se conserva en la fachada: «Reinando la majestad católica de Felipe IV año de 1634, con acuerdo del Consejo, se fabricó esta cárcel de Córte para comodidad y seguridad de los presos,» á pesar de lo cual nada tan incómodo ni ménos seguro que la tristemente célebre cárcel.

No era, sin embargo, prision la parte principal del edificio, donde están hoy la Audiencia y Juzgados municipales, aún

(1) El despacho del Alcalde primero y otras dependencias muy importantes.

(2) Llaguno y Cean Bermudez. *Noticia de los arquitectos y arquitecturas de España*. Madrid 1829.

cuando así debiera creerse por la inscripcion de la fachada; la verdadera cárcel de Córte tenia su entrada por la calle de la Concepcion Gerónima, ocupando el convento que perteneció á los misioneros del Salvador, los cuales lo cambiaron por la casa del Noviciado de los jesuitas en la calle Ancha de San Bernardo, que les ofreció el Gobierno á la extincion de dicha compañía en 1767 (1). Un tomo entero no bastaria para consignar los recuerdos lúgubres ú ominosos de esta funesta mansion durante la última mitad del siglo anterior y primera del presente, en que ha servido de encierro á tantos célebres bandidos ó malhechores, y en que tambien vió penetrar por sus ignominiosas puertas, y á consecuencia de los disturbios y conmociones políticas de 1814 y 1823 á tantos ilustres proscritos, injusta é indecorosamente confundidos con aquellos grandes criminales (2). De la cárcel de Córte salieron para el patíbulo el noble Riego, el bravo Iglesias, el caballeroso Miyar y otros mil heróicos defensores de nuestras libertades, víctimas sacrificadas por la más negra perfidia, por el más nefando absolutismo.

Del edificio que servia de prision de Córte poco diremos, porque no merece describirse: el convento de los padres del Salvador, no sufrió modificacion de importancia para dedicarlo á la cárcel. Componíase ésta de salones ó cuadras de distintos tamaños, sin luz ni ventilacion los unos, sujetos á todos los rigores de la intemperie los más, y albergando todos ellos un número de habitantes muy superior al que racionalmente debian contener. En la cárcel de Córte ingresaban sin distincion los reos políticos y los comunes; los hombres, las mujeres y los niños; los criminales y mendigos; y la falta de limpieza era tan grande, que cuando los Magistrados hacian la visita iban precedidos de dependientes que quemaban incienso ó plantas aromáticas para minorar la fetidez que exhalaban los

(1) La cárcel de Córte se comunicaba con el edificio de la Audiencia, pues no sólo pasaban los presos para prestar declaraciones, sino que el Jueves Santo se asomaban á las rejas que dan á la plaza de Provincia, y sonando las cadenas, pedian limosnas á los transeuntes.

(2) Mesonero Romanos. *El antiguo Madrid*.

calabozos (1). No busquemos tampoco régimen ni disciplina interior: si había dinero, se permitían el juego, las bebidas, las armas, hasta la prostitución en todo su escandaloso desarrollo; si los presos eran pobres, ni aún se les guardaban las consideraciones que se tienen con animales de precio. Los empleados especulaban con todo, con el rancho, con las ropas, hasta con la libertad, no permitiéndose la salida al absuelto ó cumplido si no pagaba al alcaide y demás funcionarios las gabelas que unas veces la ley, otras la inmoralidad habían establecido, y entre tanto las fugas de criminales de nota se repetían con escandalosa frecuencia y por falta de vigilancia un preso murió de hambre en el calabozo que desde aquella ocurrencia se llamó del *olvido* (2).

Por fin llegó un día en que el Gobierno, apiadándose del vecindario, quiso librar á Madrid de aquella sentina llamada Cárcel de Córte. Alguna parte del edificio amenazaba ruina y aprovechando esta circunstancia el Ayuntamiento pidió su derribo una y otra vez, hasta que consiguió ver trasladados los presos al Saladero, donde se encontraban desde 1833 los procedentes de la extinguida Cárcel de Villa. Gran energía desplegaron en este asunto todos los dignos individuos del municipio madrileño, especialmente el alcalde corregidor Marqués de Peña Florida, el comisario de cárceles D. José María Alós y el distinguido cronista de Madrid Sr. Mesonero Romanos, á quien tantas reformas debe la capital (3), los cuales, despues de una lucha titánica (4), consiguieron en 1848 que

(1) Madoz. *Diccionario geográfico*, artículo *Madrid*.

(2) Este calabozo sirvió de encierro á distinguidos liberales, y entre otros al eminente jurisconsulto D. Manuel Cortina, cuyo trabajo inédito sobre la cárcel de Córte deseáramos ver publicado.

(3) Merecen especial recuerdo por el celo y actividad que desplegaron hasta conseguir el derribo de la Cárcel de Córte, además de los citados concejales, los Sres. Quesada, Galiano, Jimenez Haro, Pardo, Sanchez Ocaña, Betegon, Rios, Posadillo, Gaya y el arquitecto Sr. Sanchez Pescador. (Archivo municipal, *legajo sobre la Cárcel de Córte*.)

(4) Es digna de leerse la exposición dirigida á la Reina por el marqués de Peña Florida en nombre del Ayuntamiento pidiendo no se gastara nada en la Cárcel de Córte, pues no era posible remediar los grandes defectos que tenía, insistiendo en que era urgente derribarlo y vender el solar para que los particulares construyesen casas, como en efecto lo hizo el

desapareciera la Cárcel de Córte, empleándose el producto de la venta del solar en las obras que necesitaba el Saladero para recibir los presos procedentes de las dos cárceles. Es preciso remontarnos al año 1848 y pensar en lo que serian las prisiones de Madrid en aquella época, para explicarnos los grandes y merecidos elogios que prodigaron la prensa y el vecindario á los autores del informe que dió por resultado el derribo de la Cárcel de Córte. La habilitacion del Saladero, que entónces era mucho peor de lo que es hoy, se consideró por todos como un progreso colosal en el camino de nuestra reforma penitenciaria.

Habiéndonos ocupado de las prisiones suprimidas, justo es que digamos algo del edificio que sirve en la actualidad de cárcel pública, cuya desaparicion se ha intentado tantas veces y que ahora parece próxima á conseguirse, si hemos de juzgar por lo apremiante de los plazos de la última ley.

Corta es la historia del Saladero, pues su construccion data de mediados del pasado siglo. A consecuencia del desarrollo que adquirió esta capital por el establecimiento de la córte, pensó la Real Junta de Abastos en el modo mejor de atender á la subsistencia del vecindario, pues los mataderos primitivos eran insuficientes para las nuevas necesidades de la villa, y al efecto ideó construir un edificio para la matanza de las reses, especialmente de cerda, y salazon del tocino. Escogido el solar frente al convento de Santa Bárbara (1) y obtenida la autorizacion necesaria se encargó el proyecto á D. Ventura Ro-

opulento capitalista Sr. Casariego, primer propietario de la manzana levantada á espaldas de la Audiencia.

(1) El terreno que hoy ocupa el Saladero perteneció á principios del siglo pasado á Ruiz Diaz Angel, arrendador de los *almojarifazgos* (a) de Sevilla, y por quiebra de éste, se incautó de dicho solar la Real Hacienda, la cual lo vendió al duque de Arcos, que tuvo la idea de hacer un palacio para él y su familia. Pareciendo bueno el sitio para construir el Saladero, la Junta de Abastos consiguió que el duque le cediese el solar por el precio de 84.375 reales vellon en que lo habia subastado, otorgándose la escritura de compra en 1757. (*Archivo municipal. Corregimiento 128—27.*)

(a) Derecho que pagaban los géneros al ser importados ó exportados del Reino, exceptuando los que venian de las Indias españolas.

driguez (1); las obras principiaron en 1762 y terminaron dos años despues. El célebre arquitecto comprendió bien el objeto á que debia destinarse el edificio, así es que proyectó una casa muy grande, bien distribuida y de sólida construccion; pero sin belleza en la fachada, ni más luz ni ventilacion que la indispensable para conservar fresco el tocino, pues nunca pudo soñar D. Ventura Rodriguez que llegaria un tiempo en que la casa construida para almacenar cerdos muertos, habria de servir para contener hombres vivos.

Conocido el origen del Saladero, bien puede asegurarse que por muchas reformas que se ejecuten jamás podrá ser una prision digna de la capital de España. Muchos miles de duros lleva invertidos el Municipio de Madrid desde 1833; pero á pesar de su buen deseo é inmensos sacrificios, la cárcel sigue siendo lo que ha sido, lo que no tiene más remedio que ser, una cloaca inmunda, foco de males sin número, amenaza constante para la salud del vecindario y la pública tranquilidad. Gloria inmensa tendrá el que al fin consiga que se derribe el Saladero y se construya la cárcel nueva; pero ya que pedimos con tanta insistencia la destruccion de aquel asqueroso edificio, debemos decir lo que es la prision de Madrid para que se vea que no obramos por apasionamiento, sino apoyados en razones de tanto peso que no creemos puedan ser fácilmente contestadas. Compónese el Saladero: de sótanos, planta baja, principal, segundo en parte de la fachada y guardillas. En los primeros se encuentran los rematados que esperan salir á cumplir la condena impuesta, los presos de tránsito y los mendigos recogidos por las calles de la capital, los cuales son despues trasladados á los Asilos del Pardo, aún cuando lo más justo seria enviarlos desde el primer momento ó detenerlos en otra parte; pues no siendo hoy ni delito ni falta la mendicidad,

(1) Registrando en el archivo municipal los expedientes relativos al Saladero, y en especial los marcados con las signaturas 49-29 y 17-13, no hemos visto citado ni una sola vez el nombre de D. Ventura Rodriguez y sí muchas el del teniente de arquitecto D. Juan Duran, lo cual nos induce á creer que el primero proyectaria solamente el edificio, encomendándose la construccion al segundo; pues todas las cuentas, contratos y demas documentos aparecen firmados por Durán.

creemos injusto encerrar en la cárcel á los que se dedican á ella.

La planta baja del Saladero es una de las más dignas de estudio por la gran semejanza que tiene con los célebres patios de la cárcel de Sevilla de que nos habla Cristóbal de Chaves. También hay aquí nada ménos que cuatro patios: el grande, el chico, el de detenidos y el de los micos. Los patios grande y chico, son desahogo de seis lóbregos é inmundos calabozos donde se encierra á los procesados mientras se termina su causa, y á los condenados á penas leves, siempre que unos y otros sean pobres, pues los que pagan tienen derecho á habitaciones mejores aún cuando también muy malas. La mayor parte de los calabozos de la planta baja de la cárcel de Madrid, son tan oscuros como el célebre de *El Infierno* de la antigua prision de Villa, y todos tan mal ventilados y tan súcios que el estómago más fuerte tiene que resentirse al visitar aquellas pocilgas. En un tiempo se construyeron bancos de fábrica algo elevados sobre el nivel del pavimento para que los presos no durmieran en contacto con el piso; pero éste y aquellos han desaparecido ó deteriorado con el trascurso de los años, y á pesar de los buenos deseos de la Junta de cárceles, los procesados duermen sobre la piedra ó descansan sobre un mal rollo de esparto, pues ni aún tarimas de madera tienen los infelices. Lo que más afecta al que por primera vez visita los calabozos de los patios grande y chico, es el olor irresistible que se percibe apenas se abre la puerta de cualquiera de ellos, mal olor producido no sólo por la falta de ventilacion, sino porque los retretes están en medio de las habitaciones, sin salida posible para los miasmas, y lo más triste es que al lado de aquellos lugares están las tinajas que contienen el agua que beben los reclusos.

El departamento y patio de detenidos es tan malo como los anteriores y digno de recuerdo aún que sea sólo para decir algo sobre la clase de presos que contiene, porque su situacion es verdaderamente excepcional. Todas las Constituciones que nos han regido y la vigente lo mismo, disponen que nadie puede ser detenido más de veinticuatro horas por las autoridades administrativas, las cuales están obligadas á entregar al preso á

los tribunales de justicia; mas á pesar de lo prescrito en el Código fundamental, siempre hay en el Saladero más de 50 y más de 100 hombres detenidos por orden del Gobernador civil, por un tiempo ilimitado. Comprendemos que esas detenciones existan cuando están en suspenso las garantías constitucionales, pero es el caso que en las épocas de mayor adoracion hácia los derechos individuales, los gobernadores de Madrid han detenido y enviado al Saladero *auctoritate propria* á los indocumentados, vagos ó sospechosos, sin entregarlos á los tribunales de justicia segun dispone la legalidad constitucional, y como el abuso es grande, hemos creido deber decir algo sobre él para que se corrija por quien corresponda.

Patio de los micos, es el destinado al recreo de los mendigos y presos jóvenes, que bajan á jugar á las horas que marca el reglamento, y como el patio no tiene nada de particular, nos reservamos hablar de los micos cuando nos ocupemos de la guardilla que les está destinada. Concluiremos la descripcion de la planta baja de la cárcel, diciendo que tambien corresponde á ella la capilla del establecimiento, en donde los dias de fiesta se celebra el sacrificio de la misa, al que asisten los presos que lo desean, y aunque el local no es grande, caben con comodidad trescientos hombres. Esta capilla sirve sólo para el culto, la de los reos de muerte se encontraba en la planta principal, hoy no existe porque se destruyó cuando las últimas obras ejecutadas en los locutorios; pero si, por desgracia, se necesitara, habria que habilitar alguna de las salas de jueces, abogados, ó presos políticos.

En la planta principal de la cárcel están la enfermería y los departamentos llamados de *correccion*, por más que á nadie corrigen, y sólo sirven para los presos que pagan cuatro reales diarios, á los que se les concede mejor local que á los pobres del patio. Próximo á estas salas, están los encierros para los incomunicados y los que infringen el reglamento interior de la cárcel, cuyas faltas puede castigar el jefe. Casi en frente de la puerta, se halla el departamento destinado á presos políticos, y muy cerca los despachos de los jueces y abogados, los locutorios, la Sala de actos públicos, las oficinas de la cárcel y las habitaciones del alcaide.

La parte de piso segundo que tiene la fachada, se destina á los presos que pueden pagar seis reales diarios, y, dentro de las pésimas condiciones de la cárcel, no puede decirse que están mal, pues disponen de una celda para cada dos, no se mezclan con la chusma de los patios y gozan de ciertas prerogativas que, no se avienen con la igualdad que la ley establece para todos los procesados, cualquiera que sea su posición anterior al delito que se les atribuya y la fortuna de que puedan disponer.

Hora es ya que digamos algo del departamento de jóvenes, y aún cuando nada hay más triste que la precocidad en el crimen y tener que hablar de delincuentes niños, también es gran consuelo saber que en esa edad es más fácil la corrección y son más seguros los resultados de un buen régimen penitenciario. Por fortuna, poco tardarán en salir de la cárcel comun los menores de diez y ocho años, pues desde S. M. hasta el humilde y honrado obrero, todos, absolutamente todos, están interesados en que Madrid posea pronto la prisión preventiva y correccional para jóvenes, cuyas obras, inauguradas solemnemente el día 20 de Julio último, adelantan con rapidez. A ninguna puerta se ha llamado inútilmente, y pruebas está dando el vecindario de Madrid de sus generosos sentimientos, cuando de un modo tan decidido apoya la idea de la Penitenciaría para jóvenes, que está levantándose en el barrio de Salamanca.

Nuestro entusiasmo por esta reforma y la parte que hemos tomado en la realización del pensamiento, quizá fuera motivo para que alguno sospechara que exajerábamos al describir el sitio que hoy se destina á los jóvenes en la cárcel de Madrid; y para que no se crea que hablamos con pasión, transcribiremos dos párrafos del magnífico discurso pronunciado por el Sr. D. Manuel Silvela, explanando en la alta Cámara su interpelación sobre la cárcel. Decía el Sr. Silvela (1): «Hay en el Saladero un departamento consagrado á los delincuentes mayores de nueve años y menores de diez y ocho; á esos pequeños, árboles tiernos, que si algunos se pueden enderezar, son esos; ese departamento también lo he visitado. ¿Saben los señores Senadores cómo se llama allí á la infancia, siquiera sea

(1) *Diario de Sesiones.*—Senado.—Sesión del lunes 8 de Mayo de 1876.

pecadora, cómo se califica á la adolescencia, siquiera sea delincuente? Con el nombre de *micos*; y al patio, *patio de los micos*. Hasta en las comunicaciones oficiales de la Audiencia se encarga á un Juez que vigile el patio y departamento de los *micos*. Allí no hay niños ni adolescentes; no hay más que *micos*. Yo pregunto al Senado si puede continuar semejante estado, si es digno de una nacion culta, de la capital de la Monarquía. Pues compónese aquel departamento de niños de un desvan (porque éstos no están en los sótanos), es decir, que entre ellos y el sol del verano no hay más que la teja; de un desvan que no tiene cristales, cuyas pocas ventanas no tienen más que maderas; de modo que, si se quiere impedir el frio, hay que impedir la luz, es preciso cerrar las maderas. Y es más; á casi todas las hojas de ventanas les falta, yo lo he visto y palpado, les falta el cuarteron del centro; de manera, que este invierno han pasado crudísimas noches aquellos treinta ó cuarenta infelices, casi desnudos, haraposos, abandonados, sin familia, sin amparo, tendidos en un duro camastro y apoyándose unos á otros para no perecer de frio, pues dentro de aquella horrorosa mansion se sufre, Sres. Senadores, y se sufre por unos pobres niños, abandonados de todos; se sufre la temperatura glacial de la plaza de Oriente.» (1)

»Excusado es decir los crímenes de esos infelices; el hurto de una corneta, el pregon de una noticia falsa, el vender un periódico, la fuga de la casa paterna, esos son los grandes delitos que allí se expian. Y salvo la enseñanza de un pobre maestro y un capellan que allí se me presentó, los medios de correccion son la holganza, el juego en un patio enlosado, al cual, aun cuando está prohibido, se tolera que acudan los detenidos adultos.»

Es triste la pintura que hizo en dia memorable para la ciencia penitenciaria, el ilustre senador y aun cuando mucho más pudo decir, lo calló, por respeto á consideraciones que no deben olvidarse nunca, sobre todo cuando, como ocurrió en-

(1) Despues de compuestas estas páginas, hemos sabido que se han ejecutado algunas mejoras; pero siempre quedan en pié todos los defectos principales, y entre éstos, el más grave es estar dentro de un edificio los presos mayores y menores de edad.

tónces, escuchaban la palabra del Sr. Silvela las distinguidas damas que poblaban las tribunas del Senado.

Hemos procurado dar una idea aunque pálida de lo que es la cárcel de Madrid como edificio, algo diremos sobre lo que quieren algunos que se llame régimen interior. La primera condicion que debe satisfacer un establecimiento preventivo ó correccional, es la más completa seguridad tanto por el edificio como por los encargados de su custodia, para alejar de los reclusos la idea de la fuga; pero de tal modo falta esa condicion á nuestra cárcel, que desde la habilitacion del Saladero se han escapado muchos cientos de presos, unos practicando escalos ó minas que comunicaban con las alcantarillas de la ciudad; otros valiéndose de disfraces más ó ménos ingeniosos; y no pocos por la puerta de la calle, aprovechando, como era natural, la órden del jefe para *barrer la escalera ó salir á buscar agua fuera del edificio*.

No son, sin embargo, estas fugas frecuentes lo más digno de censura que hay en la cárcel, lo peor, es la vida que arrastran los procesados.

El preso no hace absolutamente nada, como no sea combinar un nuevo crimen unido á sus cómplices del interior ó del exterior, nada de ese trabajo que entretiene y convierte á los criminales en hombres de bien, segun la feliz expresion de Howard; en la cárcel todos viven en la más escandalosa ociosidad, considerándose gran merced y favor de mucha estima que *permitan trabajar* en su oficio de carpintero ó zapatero al que lo solicita con insistencia y recomendaciones.

Ochocientos hombres en holganza continuada ¿en qué han de pensar sino en crímenes? Así se conciben y ejecutan los *entierros*, las estafas y falsificaciones en tan gran escala, que han conquistado fama universal para nuestra Cárcel de Villa, y como es útil saber de qué modo se estafa desde la prision de Madrid, diremos en qué consisten los entierros, advirtiéndole que los que á ellos se dedican son considerados hombres de talento, á los que es preciso respetar, hasta el punto de cuando se visita el edificio suelen señalarlos como diciendo: ese es un genio, una especie de gloria nacional.

Llámase *entierro* la estafa que consiste en lo siguiente: Un

preso de cierta ilustración escribe en papel comercial unas veces, blasonado en otras y siempre de buena clase, una carta á la persona á quien se propone engañar, y no importa que resida en el extranjero ó no entienda el castellano, pues dentro de la cárcel hay quien posee los idiomas y aún los dialectos más usuales. En la carta dice el firmante: que es un desgraciado capitán de nuestro ejército que se hallaba al servicio particular del emperador de los franceses, cuando ocurrió el desastre de Sedan, y como persona de confianza, recibió una caja llena de joyas con encargo especial de entregarla en España á la señora madre de la emperatriz; pero que complicado en un movimiento revolucionario en sentido republicano ó carlista, se vió obligado á esconder su tesoro en un sitio que no es posible descubrir sino mediante el plano exacto del terreno que levantó al efecto el firmante, el cual asegura que se halla preso por haber abortado la conspiración fraguada. Después de ciertos detalles para no inspirar sospechas, pide 3 ó 4.000 pesetas para darlas en fianza y salir de la cárcel, prometiendo en cambio enviar el plano, aún antes de venir el dinero, para que vea la víctima la lealtad con que se procede y la honradez del firmante de la carta, que en premio de ese servicio ofrece á su protector la cuarta parte del tesoro *enterrado*.

Por este estilo son casi todas las cartas que se escriben para cometer la estafa llamada *entierro*, y aún cuando no puede ser más ridícula ni inverosímil la historia, lo cierto es que muchos miles de duros se han estafado por tan cómodo procedimiento. Verdad es que los autores del delito, si la víctima cae, cuentan con varios elementos de impunidad, pues dar dinero para sustraer un tesoro perteneciente á persona conocida, es cometer un verdadero robo, y por no descubrir un criminal intento muchos de los burlados se callan y otros no dicen nada, por temor al ridículo en que los coloca su incomprensible credulidad, por más que las cartas están escritas en correcto idioma, y el número y calidad de las alhajas que se suponen enterradas, se acreditan por una lista que suscribe el jefe de la casa del emperador, y lleva además el sello imperial; firma y sello que están admirablemente falsificados.

El entierro es una estafa muy antigua que también explotan

los presidiarios de Ceuta, Melilla, Cartagena y demás establecimientos penales, aun cuando no en tan gran escala como en el Saladero. Cada vez que ocurre un cambio político de importancia, se intentan nuevas estafas valiéndose de los personajes caídos. A principios del siglo sirvieron para ese objeto los respetables nombres de los vencidos de 1814 y 23; más tarde los de los revolucionarios de 1837 á 1868, y ahora además del tema de la emperatriz, que va cayendo en desuso, sirven para los entierros los carlistas derrotados, los cantonales de Cartagena y los individuos de la *Commune*.

Escandaloso es, que desde el interior de una prision puedan cometerse estafas como la que hemos descrito que exigen muchos complicados dentro y fuera del establecimiento, y que se haya dado lugar á que algun Gobierno extranjero haya dirigido al nuestro observaciones en este sentido; pero más escandaloso es que se sustraigan cartas del correo, sorprendiendo á los empleados con cédulas de vecindad falsas; y es digno de notar que casi siempre las cartas robadas contienen letras ó billetes de lotería premiados, letras y billetes que se cobran, éstos como documentos al portador, y aquellas falsificando la firma del dueño y el conocimiento que se finge siempre puesto por una casa respetable.

No acabaríamos si fuéramos á explicar todos los medios de robar que se emplean dentro del Saladero; pues estamos convencidos de que la mayor parte de los delitos contra la propiedad que se cometen en Madrid, ó han sido preparados dentro de la cárcel, ó sus habitantes por lo ménos tienen noticia exacta de ellos. Mas dejando esto á un lado, llamaremos la atención hácia otro dato no despreciable para juzgar del régimen de la prision de Madrid, y es la frecuencia con que ocurren dentro de ella, riñas tumultuarias en las que los contendientes atacan y se defienden con armas blancas y otras herramientas, á pesar del escrupuloso registro que está mandado se practique con todo el que éntre en la cárcel, bien como detenido ó visitante. El reglamento así lo dispone, los empleados cumplen todos con su obligacion, pero cada vez que ocurre una riña, se recogen navajas y puñales que nadie sabe por dónde han entrado.

Con los crímenes alternan los juegos á que se dedican los presos, como consecuencia de la ociosidad en que viven, aun cuando el Reglamento prohíbe el uso de naipes y dominós; pero en materia de diversiones, han llegado los habitantes del Saladero hasta ejecutar obras dramáticas en escenario que improvisaron el día del santo de cierto jefe que dirigió el establecimiento hace años, y al que, según pública voz y fama, obsequiaron los actores con intencionadas poesías.

Otro abuso ó defecto vamos á indicar, y con él concluimos de reseñar el llamado régimen de la cárcel de Madrid. Disponen nuestras leyes y reglamentos que para los cargos subalternos de las cárceles y presidios se nombre á los detenidos ó penados de mejores antecedentes, pero en la práctica ocurre exactamente lo contrario. Los cargos de calabocero, ordenanza y otros, están vinculados, por regla general, en los valientes; en los matones de oficio, que por sus malos antecedentes y peor conducta, se imponen á sus compañeros y, en momentos difíciles, sirven por esas mismas condiciones, para reprimir los desórdenes y los conflictos que ellos mismos suelen provocar con sus palabras ó sus hechos.

La carencia de trabajo y la abundancia de recreo, hacen que la vida de la cárcel sea agradable para el hombre desprovisto de toda idea del honor; así es que muchos, para ingresar en la prision, cometen delitos de poca importancia, especialmente cuando se acerca el invierno, pues saben que su causa y pena durarán, poco más ó menos, lo que dura la cruda estación de los hielos, y que para el verano, en que no hay peligro de dormir á la intemperie, estarán otra vez en libertad. Esto, que parece mentira, ocurre con escandalosa frecuencia, á muchos se lo hemos oído referir, así como los procesados de importancia se ponen de acuerdo para reñir y causarse heridas leves, pero que exigen la formación de un sumario nuevo, prolongándose la estancia en la cárcel, en vez de salir al presidio, donde el régimen, aun cuando no sea científico ni racional, á lo menos tiene ó debe tener alguna parte de trabajo que desagrade al holgazan de profesion, que sabe que dentro de la cárcel tiene cuanto necesita para la vida material, sin ocuparse de nada bueno. Mucho podríamos decir sobre el modo de abreviar los

sumarios para que no durara tanto la prision preventiva; pero ni las dimensiones ni el objeto de este artículo lo permiten, y ademas, ya lo hemos indicado en otra parte (1).

Los defectos del Saladero son conocidos de todos los hombres y de todos los partidos, los distintos Gobiernos que nos han regido han ideado muchas veces dotar á Madrid de una cárcel digna de la capital de España, pero dificultades que no se han querido ó no se han podido vencer han estorbado hasta hoy la realizacion del pensamiento. Debemos, pues, ocuparnos de esas tentativas sin resultado, y de la última ley sobre la cárcel-modelo que, por su importancia y trascendencia, merece un exámen especial.

(Se continuará.)

FRANCISCO LASTRES.

LA FRATERNIDAD.

SONETO.

Vírgen de los alcázares del cielo,
Quiso fijar su imágen en el mundo
Y descendió del piélago profundo
Entre auroras de paz y de consuelo.

Llega al planeta, que en dormido vuelo
Giraba en los espacios, ya fecundo,
Y despues de luchar breve segundo,
Logra extender su egida sobre el suelo.

En dobles pliegues, de la nieve hermana,
La mira el hombre, su fulgor le enoja;
Haciendo alarde de su fuerza vana,
Logra manchar Cain la primer hoja,
Fija el camino á la flaqueza humana
Y de blanca que fué la han vuelto roja.

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

(1) Estudios sobre sistemas penitenciarios por Francisco Lastres, lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid.—1875.

CORRESPONDENCIA DE LÓNDRES.

Siendo el teatro una de las más importantes y en todos tiempos la más genuina manifestación del estado de la literatura en una nación civilizada, páreceme conveniente dar principio á mis Revistas con una breve ojeada sobre la situación actual del teatro inglés, en la que sentaré los principios y consideraciones generales que podrán servir de guía á mis lectores para comprobar el juicio que habré de hacer en lo sucesivo sobre las más notables composiciones dramáticas de nuestra época, y aún para ir más adelante y completarlo con arreglo á tales cánones, en la parte que mi crítica fuese deficiente.

Sin este método creo no merecen la pena de leerse críticas literarias de países extranjeros, y más si éstos son tan especiales en su organización política y social como lo es el pueblo inglés, con la añadidura de que raras veces pueden las otras naciones encontrar el medio de juzgar por sí mismas, puesto que las obras dramáticas populares ó impopulares, no se imprimen como sucede en Francia, Italia, España y otras naciones. El lector se encuentra en cierto modo á merced del capricho y humor del crítico; mientras que con el precedente indicado se convierte en crítico, le interesa la lectura, completa lo imperfecto de la narración del cronista, y sobre todo, adquiere el convencimiento de que lo expuesto á su consideración no son juicios arbitrarios ó apasionados, sino consecuencias lógicas de principios fundados en la base de un criterio razonado y justo.

Si prestamos oídos á lo que generalmente se dice acerca de los teatros modernos en todas las naciones de Europa, todos se encuentran en estado de decadencia, incluso el de la Francia, de cuya cosecha abundante todos trasplantan semillas, y que es como el ama de leche que á todos alimenta. Esta opinión la conceptúo exagerada, errónea é hija de temperamentos desequilibrados. Tengo para mí que en Francia, como en España é Italia, ha producido este siglo autores dramáticos al nivel de los mejores del teatro antiguo, y en cuanto á la forma infinitamente superiores. Un exámen comparativo en tiempo y con espacio suficiente, sacaría esta verdad

de la duda en que la han envuelto esos espíritus descontentadizos y temperamentos atrabiliarios, contra los cuales nada tengo que decir, ántes aplaudo su pertinaz insistencia, pues parece que hacen en la esfera del arte el oficio de aquellos esclavos cerca de los generales victoriosos en Roma, y que impiden que el aplauso momentáneo y la ovacion pasajera del teatro y de la prensa turben la vista y ofusquen el cerebro de los autores.

Pero cuando llegamos á tratar del teatro inglés corre otra cuenta, cuando no pensásemos en otra cosa sino en que *excelencia obliga*, como se dijo de la nobleza. El teatro inglés nació como la Minerva de la fábula, ó como esos héroes de las epopeyas caballescadas de la estampa del hijo de Milon, el famoso Orlando, que en su niñez vencía á puños al espantable monarca de las horrorosas selvas. El teatro inglés es de por sí una de las grandes anomalías de la naturaleza. No comenzó como semilla que produce un pequeño arbusto, de dia en dia trasformándose hasta parar en árbol frondoso y gigantesco, sino como pirámide de base anchísima que viene á terminar en punta y en nonada.

¿Es su historia única y especial ó la comparacion que de ella se saca, lo que ha hecho calificar de prostituido y degradado el teatro inglés moderno, ó más aún, aseverar que no existe tal teatro moderno, por temor de no confesar y hacer suyos los vicios, flaquezas y fealdad de que adolece?

Esta, y no otra, es la manera de proponer la cuestión, que como se ve, envuelve gravísimas y trascendentales consideraciones. Sobre el estado enfermizo y tísico del arte en Inglaterra, incluso autores y actores, tuve ocasion de ocuparme tiempo há, cuando periódicos algo recalcitrantes comenzaron á querer desflorar la materia, é intentaron un paso de armas, con cañas en vez de lanzas, contra los otros benditos colegas de la prensa conservadora, enemiga de rijas y pelamesas, bien avenida con todos y con todo, y tan hecha á quemar incienso y columpiar el *thuribulum*, que sacarla de este ejercicio es marchitarla y fenecerla. A juzgar por lo que se lee en las páginas de estos órganos de Móstoles, los dramaturgos contemporáneos eclipsan al colosal genio del *Avon*, y cualquier actor ó actriz de la legua deja atrás á *Kemble* ó la *Rachel*, á *Mme. Duval* ó *Federico Lemaitre*. No se vino ni podía venirse á ningun acuerdo. No hubo un Leandro Fernandez de Moratin, conocedor de la alta *teórica* de los mejores teatros de Europa, que se brindase á ser Director de los de Lóndres, como nuestro desgraciado compatriota (que maldecia la hora en que aprendió á escribir) lo hizo para los de la hispana córte; y alguno que lo intentó, salió con las manos en la cabeza. Concluyó la disputa sin otro resultado que el del camaranchon de la venta de Montiel; es decir, rodar la bola, ó por mejor decir, el puño, del ventero á la moza, de la moza á Sancho y de Sancho al arriero. Los autores echaban la culpa á los empre-

sarios, los empresarios al público, el público á los actores y éstos á los autores. *Tom Taylor*, uno de los más concienzudos escritores dramáticos ingleses, fué el iniciador de la polémica que pudiera haber sido fructífera y beneficiosa, si la prensa ilustrada y experimentada hubiera querido dar en el punto de la verdad. Pero así como se dice «quien al altar sirve del altar come,» los que al abuso y á la ignorancia sirven, de ello engordan.

Hubo, por de contado, extrañas y peregrinas observaciones acerca del estado del *paciente* de parte de críticos especuladores, y no ménos singulares recetas de curanderos empíricos. La supremacía del arte, se dice por unos, no es como vínculo ó mayorazgo en los pueblos, cosa para gozarse á perpetuidad; sino un don pasajero, una dádiva temporal, un resplandor como el de la juventud en la mujer, como la primavera en el año; es un resultado y consecuencia de la complexión social y política en los pueblos, que hace nacer los génios, á manta de Dios; cual la hierba en los campos, y crecer, como los hongos de la noche á la mañana. Más diré, siguiendo en esta línea de consideraciones. Observad la naturaleza. ¿No veis el sol, que con toda su brillantez tiene su ocaso? No pierde el astro su luz, pero la reparte, y cuando para nosotros es noche para otros es día. Es preciso que todas las naciones tengan su día, y que ninguna se apropie la parte del león. Vosotras que tuvisteis vuestros Calderones, Moretos, Riojas y Solises, vuestros Racines, Corneilles y Molières, y tú, sobre todas afortunada, en cuya frente brilló el rayo del *Gran Desconocido*, cejad, aflojad, amainad vuestro orgullo; dejad que nuevos pueblos, nuevas naciones, entren en la plenitud de sus fuerzas y logren también el premio de sus esfuerzos. No sed avaras de gloria. Grecia no pudo pedir otro Fidias ni otro Esquilo, ni Roma otro Virgilio, ni Italia otro Dante, ni España otro Cervántes. ¿Aspirais por ventura á desalojar de su gigantesca columna al autor de *Hamlet*? Dejadle ser el astro y el centro del brillante sistema *Elizabethano*; construid «Grandes Orientales;» perforad montañas; rivalizad con Lesseps en cortar istmos; inundad el desierto de *Sahara*; convertid vuestras islas en Península, con una lengua de tierra que os una al continente europeo bajo el Canal de la Mancha; producid *Newtons* corregidos, *Brunels* aumentados y *Stephensons* magnificados, y que podamos decir parodiando á Argensola:

Y al teatro dejad sus glorias ciertas.

Persistiendo en este género de reflexiones, que forman el punto de vista histórico, la fuerza irresistible de la lógica me lleva á proclamar como inconcuso el que la supremacía dramática coincide con la supremacía política y militar de las naciones, la cual llega á todas por turno en la sábia ordenación de la Providencia, para que todas entren á la parte y cada cual tenga su época de ceñir el laurel divino y empuñar el cetro imperial. Según esto, nosotros los es-

pañoles que allá en tiempos de D. Juan II, éramos tan grandes y prósperos que hasta los peces del mar se honraban con llevar pintadas en sus lomos las barras de Aragon; que, despues, so el reinado de los Católicos Reyes descubriamos un nuevo mundo, y bajo el imperio del invicto Cárlos no se ponía el sol en nuestros dominios; que, más despues, cuando los tercios de Flandes habian hecho temblar la tierra, llenaba el espíritu de asombro y admiracion la Biblia humana, que tiene por nombre el Quijote, y á manera de *via lactea*, lanzábamos al atónito mundo torrentes de estrellas literarias de primera magnitud, todavía resplandecientes para las venideras generaciones, estamos condenados á ir vegetando y decayendo hasta que llegue el dia en que algun pedrusco diga á más afortunados poseores: *En otros tiempos poblaron esta Península los españoles.*

Francia, Italia, Portugal y la misma Inglaterra seguirán la triste marcha hácia su ruina, pues pasó su preponderancia política y militar, y ya en nosotros no es posible concebir sino parodias de las épocas del Dante y de la córte de Leon X, de las de Moliere y Luis XIV, de las de nuestros Cárlos y Felipes, de Juan II y Camoens, y sobre todo, de la *Shakesperiana*, ó de Isabel, en que ese mónstruo divino que subió á las más altas regiones del espíritu y descendió á las más bajas cavidades del corazon, dejó agotado el campo á sus sucesores.

Lo peor es que los hechos parecen justificar esta desconsoladora teoría, pues la Francia pierde en supremacía política y militar; Italia y España hacen desenfrenados esfuerzos para tenerse en pié el resto de sus dias; Portugal es un recuerdo para la geografía, é Inglaterra, el Neptuno de otros tiempos, no puede oponer más glorias presentes á las pasadas que Abisinia y Ashantee contra *Waterloo*, y una escuadra cuyos navíos se sumergen periódicamente por incapacidad de los marinos, como se sumergió nuestra *Invencible* por inclemencia de los elementos.

Si es cierta la afirmacion del príncipe de los modernos filósofos, el autor del *Novum Organum*, de que las grandes glorias artísticas van de par con las grandes glorias militares, *nulla est redemptio* para nosotros; del Norte nos ha de venir la luz futura, y de las robustas razas teutonas y eslavas los futuros Dantes, Cervántes y Shakespeares. Alemania y Rusia son hoy las afortunadas que han de llenar al orbe de asombro, y ya la primera deja entrever la grandeza de su nueva hornada de genios por el ruido, aparato y avasallamiento con que en *Bayreuth* se presenta el autócrata del drama musical, si ya no es que el mismo *Bismark* ó *Moltke*, cual *Disraeli* y *Gladstone* (que nunca la espada embotó la pluma), no nos regalan alguna produccion de sus ociosos ratos, pareja en intriga y argumento con el drama de gran espectáculo recientemente puesto en escena en el teatro real del globo, ó Ignatieff una epopeya como la que se

prepara en las plácidas y ricas márgenes del codiciado Bósforo.

No ha faltado tampoco quien diga con respecto al teatro inglés: ¿A qué os cansais, defensores y detractores? ¿Cómo quereis génios en una sociedad entregada en cuerpo y alma al culto de Mammon y adoracion de Baal? Cambiad la estofa del hombre de nuestros dias; creadle instintos y dadle ocupaciones varoniles, educacion completa, la libertad de los espartanos, el sentimiento artístico de los atenienses, la fibra poética de los trovadores y el mágico resorte del honor que inspiraba las galanteadoras cortes de la Edad media, tendreis obras dramáticas maestras y público inteligente que las comprenda y las aplauda.

En todo lo que antecede hay sus puntas de verdad y sus ribetes y collares de errores y paradojas. Nada más cierto que las naciones, como los individuos, aparecen, brillan y desaparecen; pero no se halla tan averiguado si son las épocas de grandeza las que producen los génios, ó son los génios quienes producen la grandeza de las naciones, y como que éstas se componen de hombres, yo estoy por lo segundo. En medio de todo, no son las colectividades las productoras de las grandes obras de génio, sino el individuo; y los génios brotan en las condiciones más desfavorables, en las sociedades más prosáicas, contra viento y marea, en abierta lucha con toda suerte de obstáculos. La postracion de España no impidió que brotasen un Moratin y un Goya, un Tassara y un Fortuny con otros muchos verdaderos génios que son la gloria de nuestra edad, y si por contra se tratase de educar á un pueblo física é intelectualmente con toda la perfeccion y refinamiento imaginables, en vez de génios profundos daria abundante cosecha de sendas calabazas.

Hay una causa superior, un punto principal é importantísimo que no se quiere tener en cuenta, y que es en la máquina social el regulador de la fuerza en todos sus organismos, y en especial en los del arte y la ciencia. Un campo puede ser más ó menos estéril; pero en el más estéril pueden producirse frutos. Nada más estéril que la argamasa de un muro y allí arraiga la higuera. Pero donde no es posible fruto es allí donde se le corta al nacer, y esto sucede en las naciones, sino por los medios directos de la legislacion, por los indirectos de las preocupaciones y errores sociales.

Examinemos el teatro inglés con arreglo á este criterio incontestable.

Una de las preocupaciones que nacieron con el teatro inglés y que aún no ha podido desarraigar la civilizacion, es el desprecio, el mal concepto, la poca ó ninguna estima y consideracion social que autores y actores merecieron siempre de sus compatriotas. Este fué el tormento, la hiel que amargó la vida del gran poeta inglés, cuyo nombre se enorgullecen hoy de pronunciar los nobles y poderosos. El autor de *Enrique V*, como este calavera heredero de una corona, pero más inmortal é imperecedera que la que adornó las sie-

nes del vencedor en *Agincourt*, pasaba su vida en el *parlour* de la taberna de *La Sirena*, porque para él estaban cerrados todos los salones. Él, aristocrático por naturaleza, católico por herencia de familia y amante de la gerarquía, se consideraba vilipendiado, degradado al ver que no era más que un actor, y de tercer orden, que escribía á destajo para un teatro, y de ahí la adoracion extravagante y sin límites hácia el conde de *Southampton*, el único aristócrata que se dignó levantar sus ojos al sol que habia de iluminar al mundo literario de la futura Inglaterra.

El génio era libre entónces. No habia prévia censura en la córte de Isabel como en la córte de Felipe II, y cosa extraña, la inquisicion y la persecucion de que fué objeto nuestro Cervántes no estuvieron tan á pique de privarnos del *Quijote*, como el error social y la preocupacion de la aristocracia y las clases medias de privar á la Inglaterra del tesoro *shakesperiano*. Cervántes luchó y venció. Shakespeare desesperó y se rindió. Su afan fué acumular dinero, huir del teatro que le degradaba, comprar una casa en su pueblo natal y poder darse aires de propietario y caballero independiente. Sus obras sufrieron la suerte que los hijos de padres desnaturalizados: fueron hijos expósitos. Parecian salir de su cerebro como frutos del crimen. Los colegas del teatro se apoderaban de ellas, hacian corta y poda; pero al fin evitaron su destruccion inminente. Si hoy viven no es por el aprecio ó conciencia del valor de ellas en la mente de su padre espiritual, y esta es una fuerte razon en que se fundan los que creen que no ha existido tal *Shakespeare*, y que los dramas que llevan su nombre fueron obra del Canciller Bacon.

En el fondo de esa preocupacion, aún existente, se ve la mano y la obra del fanatismo religioso en la forma y bajo el nombre de puritanismo, superior en intolerancia y ceguera á todos cuantos han dominado en los pueblos católicos. En España, al ver que el teatro se secularizaba, el instinto sagaz del clero le hizo ponerse al frente y dirigirlo en vez de colocarse en oposicion abierta. De ahí el prodigioso número de sacerdotes dramaturgos en que descuella el gran Calderon de la Barca. En Inglaterra el clero se puso frente á frente y en declarada guerra, apoyado en cánones de Concilios y sentencias de Santos Padres que llamaban al teatro invencion de Satanás para perder las almas. Gracias que las compañías de cómicos dependian directamente de la córte y ellos mismos se honraban con el título de criados ó servidores del Chambelan, y los reyes fueron aficionados á estos espectáculos. Con todo eso, los puritanos lograron vencer y fueron recogidas las licencias y cerrados los coliseos en varias ocasiones, amedrentados con el *Histrionomax* de *Prynne* que azotó sin piedad á príncipes y vasallos. *Shakespeare* hubiera quedado sin ocupacion en las tablas, y por lo tanto no hubiera escrito muchas de sus obras, á no ser de nuevo

por la intervencion del conde de Lemos inglés, el nunca bastante-mente elogiado conde de Southampton, que presentó un memorial á la córte y le recomendó eficazmente en favor del teatro *Blackfriars* «frailes negros» de que era accionista y actor el gran poeta, y es de notar que más se funda el memorial en las pérdidas y perjuicios pecuniarios, que en las que iba á experimentar la literatura, en lo cual se ve que la redaccion estuvo confiada al poeta, desconocedor del caudal que brotaba de su pluma.

Aunque el teatro hubiese sido invencion de los ángeles, los puritanos, saturados de *iconoclastismo*, le habrian hecho la guerra por apelar á los sentidos con decoraciones y personificaciones de caracteres, todo lo cual, en el mero hecho de ser un goce sensual, estaba *a priori* anatematizado por sus impasibles y éticos doctores, que redujeron los templos á cuatro paredes lisas y escuetas, para concentrar más y más el puro goce del espíritu. Al puritanismo se debe la invencion de los *lectures*, planta indígena inglesa, que nunca habrian imaginado los católicos continentales. ¿Quién habia de pensar en reunirse en un salon para oír leer un drama de *Shakespeare*, cuando en el teatro le pueden ver representar con mayores atractivos y á veces con ménos costo? Pues esto tiene lugar diariamente en Inglaterra, donde hay millares de familias acomodadas que jamás han puesto el pié en un teatro.

La profesion de actor se halla hoy dia muy léjos de la estimacion y consideracion que la sociedad inglesa concede hasta al carnicero y al verdugo, anomalía extraña en un país práctico y positivo en que la mayor recomendacion debia ser el trabajo. Verdad es que el actor inglés conserva aún prácticas de los tiempos de degradacion personal de los cómicos que le asemejan al saltimbanqui. El actor empresario se dirige al público desde las tablas, pronunciando un humilde discurso en que da las gracias á los favorecedores por los rendimientos que le han proporcionado durante la temporada, pondera los esfuerzos de la compañía por agradarle, y suplica la continuacion de sus favores en la próxima campaña teatral. Por más que estos discursos estén bien redactados, tienen en sí algo que rebaja la dignidad del actor á la condicion de titiritero, puesto que la médula es el vil interes en su más desnuda y repugnante manifestacion. Esa actitud suplicante, esos chistes payasescos, alusivos al placer de llenar la bolsa, que pudieran bien excusarse, porque el público no es tan necio que se deje llevar por tales reclamos, no son compatibles con la dignidad é independendencia que debiera tener la profesion y que en realidad tiene en el continente, donde el actor no es más que actor en las tablas, y un caballero si como tal quiere conducirse fuera de ellas; pero el sórdido interes es tan conspícuo en el cómico inglés y tan por encima del puro interes del arte, y las preocupaciones sociales le aislan tanto por otro lado del trato de sus semejantes, que la profesion, como al principio dije, se halla muy

léjos de imprimir á los que la ejercen carácter elevado ni liberal.

Pero lo que más ha contribuido á la degeneracion del teatro inglés, por cuanto afecta á la parte esencial, que es el progreso del arte mismo, es la prévia censura. Mis lectores quedarán sin duda sorprendidos al saber que esa Inglaterra, que á sí misma se apellida *el país clásico de las libertades*, que tanta burla y chacota, tanta befa y ridículo arroja sobre las naciones del continente por su submission y sufrimiento de intervenciones paternales de los gobiernos, no sólo aguanta prévia censura, sino ejercida de la manera más tiránica, arbitraria, ofensiva y degradante que jamás llegó á ejercerse en España, Francia é Italia en las épocas de mayor y más irritante yugo inquisitorial. Para abreviar, la prévia censura se ejerce por el Camarero mayor de Palacio, á quien llamó con gran acierto el escritor *Carlyle* «el lacayo en jefe de la Côte;» y para mayor oprobio, éste comisiona á una nulidad entre sus servidores para que juzgue las composiciones dramáticas, y conceda ó rehuse la licencia de representacion. El efecto de esta pesada losa, que desde hace mucho tiempo abrumba y aplasta el entendimiento de los autores ingleses, no podia ser una excepcion de la ley general, que dió muerte en nuestra patria á todo lo grande, original y valioso en la literatura, produciendo en cambio monstruosidades, y haciendo la inmoralidad más aceptable, por lo mismo que la más pequeña dosis que se escapa al censor trae el *visto bueno* de la autoridad, la aprobacion del Caton oficial, y como si dijéramos, el «pase, circule é infiltrese en las masas populares.» Los autores, temerosos de la tijera censorina, no acometen nada grande ni profundo, y se contentan con escoger los argumentos más triviales y pueriles, apoyándose en exterioridades, y descansando en que el pintor escenógrafo, el tramoyista y los sastres le ayudarán á completar su obra y compartir con él los aplausos. Nada más comun en Lóndres que oír encomiar las producciones del teatro, no por la profundidad de la idea, no por lo original de la concepcion del artista, el acertado desarrollo del argumento y la fiel pintura de los caracteres, sino por tal escena en que aparece un espectro, cuál que representa una tempestad, ésta que figura una espléndida funcion de córte, ó aquella que ofrece á la vista un incendio, batalla ó terremoto. Falta la savia producto de la libertad de la inteligencia, y los frutos que se recogen no son más que hojas secas. El campo de la novela y del periodismo es libre, y la Inglaterra ha tenido á *Scott, Thackeray, Dickens, Bulwer, Braddon, Wilkie*, sin contar con otros eminentes novelistas, y posee revistas y periódicos que son la gloria y el orgullo de la prensa moderna.

¿Cuándo llegará el dia en que el gobierno inglés abra los ojos á una verdad tan probada y notoria en su mismo suelo? ¿Es por ventura la prensa más inmoral que el teatro? Luego veremos que sucede cabalmente lo contrario. Caso de existir la prévia censura, lo

más lógico y discreto fuera aplicarla á la novela y no al teatro. Una jóven puede ocultar un libro más fácilmente que asistir á un coliseo. En la muchedumbre de novelas que se publican, muchas escapan á la noticia de los críticos; pero ninguna representacion primera se salva de dos censuras rigurosas: la del público que recibe con marcadas muestras de indignacion lo que es descaradamente torpe é inmoral, y la de la opinion de toda la prensa al dia siguiente. El mal, si alguno viniese de la libertad, se ataja inmediatamente por la sensatez de la opinion pública.

En general pudiera citarse la opinion de *Milton* de que la prévia censura produce siempre los males que pretende evitar; pero si se quieren pruebas y ejemplos particulares abundan en todos los pueblos donde se ha ejercido. No son todos los génios de la talla de nuestro Cervántes, quien al modo que las aves rompen la tela de araña y las moscas se enredan en ella, supo burlar la prévia censura, elevarse á la altura inconmensurable y desde allí arrojar fuego del cielo contra sus censores. La inteligencia necesita espacio donde volar y cuando no le encuentra anda á rastras sobre el lodo.

Pero el ejemplo de la Inglaterra es mucho más elocuente. Aquí no existe sólo el mal, sino en su forma más ridícula y humillante. Las torpezas y absurdos del lacayo mayor representado de costumbre por un lacayo de escalera abajo, son verdaderamente irritantes. En época en que apenas hay capital de primer orden sin un teatro francés, Lóndres carece de esta institucion porque todos los empresarios se ven privados de poner en escena las mejores piezas de *Augier*, *Dumas*, *Scribe*, *Feuillet*, *Sardou* y *Girardin*; piezas que son las delicias del teatro de la *Rue Richelieu*, infinitamente más moral que los teatros ingleses con toda su hipocresía de decoro. Durante el tiempo que transcurrió desde la elevacion al trono de la reina Victoria y su enlace con el príncipe Alberto, el Camarero censor no permitió se representase dentro de su jurisdiccion el *Ruy Blas*, de *Víctor Hugo*, bajo el pretexto ridículo de que en este drama corteja un vasallo á su soberana, y no se debia consentir esto en las tablas mientras la reina era soltera; y ántes de esto, cuando Jorge III se volvió loco, el censor prohibió la representacion del *King Lear* de *Shakespeare*, por la grave razon de que el protagonista es un rey que pierde el juicio. No há mucho tiempo ordenó el censor *ex-cátedra* que las bailarinas de los teatros bajasen ¡una pulgada! sus enaguas. Las bailarinas de los cafés cantantes, exentas de su jurisdiccion, vengaron á sus colegas de los coliseos, subiendo las suyas ¡pulgada y media ¿Puede darse mayor ridiculez?

Pero hé aquí la inconsistencia y contradiccion, lo ineficaz y arbitrario de las instituciones ilógicas. En medio de este puritanismo fastidioso é intolerable, la familia real, la aristocracia y las clases ricas, asisten á representaciones donde la inmoralidad y el vicio descuellan más triunfantes. *Lucrecia Borgia* es un libreto amasado

con incesto y asesinatos al por mayor. El *Don Giovanni*, de Lorenzo Aponte, que con *Lucrecia* forma una de las representaciones más usuales en los teatros de Lóndres, ofrece ya en la segunda escena á un héroe que seduce á la hija y por postre mata al padre, gloriándose de que le mató en regla. Despues viene el catálogo famoso de las damas arruinadas por D. Juan en Italia, Alemania, Francia, Turquía y España. La escena del baile y la escapatoria de D. Juan y Zerlina son algo picantes que digamos, mientras que su fin impenitente y toda la diablería que viene á prenderle y llevarle á los profundos, sobre ser una farsa que hace reir, no quita que sea una sátira si sátira hubo jamás de lecciones morales en el teatro; y que no encubre ni puede encubrir la belleza y grandiosidad de la música.

A estos contrasentidos y absurdos se expone lo que por sí mismo es ilógico y absurdo. Claro es que el lacayo mayor de palacio no se atreve hoy á impedir la representacion de *Don Giovanni*, como está proscrito el poema de Don Juan, de *Byron*, que es un santo al lado del de la ópera, porque impedirlo seria ejecutoriar un pecado sobre el cual hay que hacer, como suele decirse, la vista gorda; pero no podia caer mayor descrédito sobre una institucion, que el ser impotente para proscribir lo que es inmoral en gran escala, y por universal consenso, y cebarse en producciones dramáticas como *Le supplice d'une femme*, *Diane de Lis*, *La Dame aux camelias* y otras obras por el estilo.

En conclusion, el teatro moderno inglés carece de originalidad, profundidad y alma, encadenado como se halla desde hace mucho tiempo por censores estúpidos.

Con alguna rara excepcion, el teatro inglés se alimenta de refundiciones y traducciones de obras francesas de segundo y tercer órden haciéndolas valer y realzar con incrustaciones de equívocos picantes y alusiones de mal género, pero que halagan la vanidad del público inglés. Eso sí, mucho decorado y mucha luz de Bengala, como para sufrir la falta de la luz de la inspiracion y los brillantes rayos del génio. De todo cuanto se da al teatro, lo mejor son las adaptaciones de argumentos de novelas inglesas, que han merecido aplauso de la prensa y aceptaciones del público. La única originalidad que encuentro, (y realmente las piezas de que puede decirse: *il y a du soleil la-dedans*,) son esas transportaciones de la novela al teatro, en que el refundidor se escuda ante el censor con el pase y la aprobacion del público. ¡Pobre teatro inglés moderno. Afortunadamente entre los vicios de este país, *sui generis*, hay su mezcla de virtudes. No todas las puertas están cerradas, y por el recodo de la novela se puede entrar vergonzosamente en el teatro. *Et, nunc censores, intelligite.....*

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Lóndres 1.º de Enero de 1877.

VOL. I.—TOMO VII.

CORRESPONDENCIA DE ALEMANIA.

SR. DIRECTOR:

Reanudando el hilo de mis correspondencias, interrumpido por mi viaje veraniego á Noruega y Suecia, empiezo por expresar á V. mi sentimiento por la pérdida de *Anastasio Grün*, nuestro gran vate lírico-épico, nuestro eminente poeta romántico, que aún más que Uhland y tanto como Eichendorff amaba los castillos y los conventos, los árboles y las flores, el musgo y las ruinas, y que aún más que el inspirado cantor de Tubinga cantaba la patria y la libertad, saliendo de repente á la tribuna, coronado cual bacante llamada por la primavera espiritual. Su musa estaba sentada cual hada peregrina sobre el caballo de la romántica, cabalgando por los bosques y los valles, atravesando los rios más anchurosos á la mágica luz de la luna, llevando sobre el pecho un escudo con letras de oro, que decían «libertad,» y teniendo una buena espada.

Uhland era el padre del canto político de la libertad, y *Anastasio Grün* lo ensanchaba, haciendo de él á la vez un himno ideal y un epigrama. Por su Alemania querida; no olvidaba á su Austria idolatrada. Y ésta parecía exclamar desde mediados de Marzo último, hasta el 11 de Abril: «En tu corazón, en tus cantos ¡oh Anastasio! encuéntrase el Austria entera.» Pero ya el 12 de Setiembre último se digeron las endechas por su muerte, como medio año ántes los parabienes por su septuagésimo cumpleaños. El cadáver del poeta yacía altivo entre flores, como si estuviese sentado en un trono, y era tal la copia de laureles que no se veía la muerte. Los espíritus y corazones agradecidos le erigirán un monumento; pero el monumento más magnífico se lo levantaba él mismo en la roca de Gastein, poniendo en la boca del gnomo estas palabras: «Augustos como mis rocas son los lúcidos pensamientos de una frente varonil. Así como flores magníficas brotan en el valle de mis Alpes, fluctúa y arde el sentimiento en tu ánimo, y así como mi seno encierra mineral aurífero, muchos granos de oro guarda también tu corazón. Así como mi catarata se abre paso por entre las rocas, corre libre tu palabra varonil conmoviendo é hiriendo, y como mis aguas minerales levantan las flores marchitas, tu liberalidad ha animado muchos corazones abatidos. Te llamo un hombre perfecto á quien el mundo de mis Alpes muestra el espejo de su propia grandeza.»

El poeta *siempre verde y siempre vernal*, descansará pronto en la verdura del parque de su castillo, á la sombra de los árboles de cuarenta años que él mismo plantaba, y en torno de su sepulcro

cantarán en las ramas los canoros pájaros con aquella espontaneidad, con aquella frescura con que él propio cantaba en vida.

Ante el cadáver de *Anastasio Grün*, dije á la Parca: «Otra vez nos cortas un dedo,» y lo mismo exclamaré ante los restos mortales de otro varon septuagenario en quien lloro un preceptor querido y en quien todos lloran al «*princeps philologorum Germaniae.*»

Ese título honroso lo mereció *Federico Ritschl*, á quien el genio de la muerte bajaba la antorcha en la alborada del 9 de Noviembre de 1876, cuando se encontraba todavía á la altura de su prodigiosa actividad académica, que formaba el tono fundamental de su armónica vida.

Nació Ritschl el 6 de Abril de 1806 en Grossvargula (Thuringia). En la Universidad de Halle, á que él mismo debió su desarrollo científico, cautivaba ya por su elocuencia á la edad de veintitres años, desde 1829 á 1830, un auditorio de 180 alumnos. Cada palabra que pronunciaba se encontraba animada del mismo gozo en el trabajo científico, electrizando hasta á los tibios y perezosos. En 1839 fundó en Bona un foco de la ciencia filológica, prestando á la Universidad Rhiniana un esplendor que se extendía más allá de los límites de Alemania. Haciendo suya la divisa de Terencio: *Nihil tam difficile est quin quaerendo investigari possit*, abrió las puertas que conducen á los vastos territorios del saber. Él nos abrió el conocimiento de la métrica Plautiniana, y con la adivinación más libre, restituyó el texto de las comedias de aquel cómico original, poniendo con el ingenio más congenial lo que Plauto probablemente había escrito, ó si eso no era posible, siquiera lo que Plauto podía haber escrito. Y sumergiéndose tanto en las comedias de Plauto, conoció que lo que al principio él mismo había considerado cual albedrío subjetivo, ó cual imperfecciones en la métrica y prosodia, era la verdadera figura de la lengua latina de aquel tiempo. Esa disciplina entera de la historia de la lengua latina no sólo la enriqueció con sus descubrimientos fecundos, sino que la fundó, mostrándonos una fuente de conocimiento que hasta entónces no había sido observada á saber las inscripciones, sobre todo las del tiempo republicano que derraman tanta luz sobre las leyes del desarrollo del idioma latino en sus grados distintos.

Por suerte adversa, el héroe incansable de la filología que debió á su patria, Thuringia, su frescura, se vió obligado en 1865 á abandonar á Bona, el teatro de su gloriosa actividad, y con el ánimo de un jóven trasladó la bandera de su ciencia á la Universidad de Leipzig, donde el prestigio de su nombre llenó pronto un aula, de manera que el número de los que se dedicaban á estudios filológicos alcanzó una altura que jamás había alcanzado Universidad alguna de Alemania ni del extranjero.

El *seminario* de Ritschl ha contribuido eficazmente á la cultura de nuestra patria: más de 40 profesores académicos, más de 40 directores de gimnasios, están derramando los vestigios de su espíritu, el método de su investigación, la fuerza y la veracidad de sus pensamientos en todas las esferas del pueblo alemán. Él enseñaba á sus discípulos que no hay nada pequeño en la ciencia, porque lo que parece pequeño perjudica, cuando se lo menosprecia, también á lo grande.

Ritschl era, segun la frase de un discípulo suyo, una de aquellas naturalezas felices que no pagan con el corazón el bien del saber: á su genio eminente correspondía un corazón ardiente y leal. Hasta que exhaló su último suspiro fué el consejero más fiel de sus discípulos, á quienes enseñaba á caminar por su propio camino. No los

había preparado también para el paso fúnebre con que el 11 de Noviembre habían de acompañarle á la última morada. El profesor Luis Lange aplicó al ilustre muerto palabras análogas á las que se pronunciaron con motivo de las exequias de Escipion Africano, diciendo: *Ite, celebrate exequias, majoris filologi funses nunquam videbitis*. La memoria de *Ritschl* será inmortal mientras se cultiven los estudios clásicos.

Así como el 11 de Noviembre hemos presenciado con el espíritu las exequias en honor del gran filólogo, el 17 del mismo mes las miradas de la culta Alemania se dirigieron hácia el punto extremo de Oldenburgo, la pequeña ciudad de Jever, donde hace un siglo nació el historiador *Federico Cristóbal Schlosser*, á quien el pueblo alemán no puede dejar de hacer la justicia debida á su mérito, reconociendo las virtudes y los talentos que le adornaban.

Schlosser es uno de aquellos inmortales á quien la nación que le tenía por maestro no debe olvidar, si no quiere olvidarse á sí misma, pues olvidar al que se inscribió en la historia de su pueblo de una manera aún más vigorosa que muchos generales ó políticos, sería agotar la fuente del amor más noble á la libertad, del amor más ardiente á la patria, de la contemplación más ética del mundo; olvidarle equivaldría á perder los bienes ideales que constituyen el orgullo, el timbre más noble del nombre germano. *Schlosser* es una de aquellas naturalezas originalísimas y poderosas por su inmensa riqueza de fuerza moral y espiritual; es uno de aquellos varones á quienes han de aplicarse estos versos del Dante:

Sta come torre fermo, che non crolla
Giammai le cima per soffiare di venti.

En él, el hombre privado, el maestro y el historiador muestran el mismo rostro, y su talento estuvo en la unión más estrecha con su carácter. Sabiéndose conformar con el juicio moral del pueblo á quien había de educar para la cultura histórica, hizo de la moral más rigurosa, del juicio ético más severo y más acerbo, el fundamento de su historiografía. Le placía manifestar su juicio moral, y lo manifestaba en todos los tiempos, en todas las circunstancias, á toda costa, y por lo tanto derramaba tanta pureza, tanta virilidad, tanta elevación en el corazón y en la cabeza de sus discípulos—y discípulo suyo fué el pueblo entero—que importa poco que las consecuencias de aquel elevado punto de mira le hayan inducido á veces á ser injusto.

Es verdad que la contemplación de *Schlosser*, que aplicaba las leyes de la moral de la vida privada á los grandes acontecimientos de la humanidad, no es el ideal de la historiografía, pues confunde la acción política con la actividad privada, y representa como serie de acciones más ó menos arbitrarias el proceso del desarrollo político, el cual nos parece un proceso natural, y de necesidad. La acción histórica tiene cierta afinidad con la creación artística, dándonos á conocer por el espíritu del héroe el carácter y el progreso de la acción, el madurar lento de sus proyectos y los grados distintos de su realización. Pero el querer del héroe tropieza con fuerzas elementales, de las cuales sabe, sí, aprovecharse prudentemente, pero que no puede dominar sino raras veces. Esa fluctuación de las pasiones que se encuentra en la historia, requiere para ser comprendida una categoría más rica de juicios que los que ofrece el examen de la actividad privada desde el punto de vista moral. Pero el ejemplo de *Schlosser* nos amonesta aún hoy á que no omitamos lo ético en la historia, á que no creamos que en el éxito de una acción está también el derecho á realizarla.

Si *Schlosser* fué acerbo, discúlpale su juventud, falta de sol que la alegrase, y si careció de sentimiento político, retirándose del mundo de las grandes luchas políticas al reino de las reflexiones éticas, le disculpa el tiempo en que escribió, que fué un período de muerte política. El no defendió ningun partido determinado, ninguna Constitucion determinada; no tuvo como historiador otro fin que el de contribuir á la salud del pueblo, y así como escribió sus obras para derramar el bálsamo del consuelo sobre aquel, diciéndole que fueron hijos de pastores y carpinteros, pobres pescadores y misioneros perseguidos los que curaron las heridas que hacian á la humanidad el orgullo, la lujuria y la barbarie, encuéntranse siempre en el fondo de su representacion los pueblos, y no las córtes régias. Tampoco hace caso de lo que tanto estimaba el historiador Ranke, de los documentos diplomáticos, pues, segun él mismo dijo, desdeñaba cavar en un secreto pozo de las minas, cuando en la selva verde de la historia abierta hay todavía tanta leña fresca que cortar. Es el mérito de *Schlosser* haber primero tenido presente las corrientes espirituales del pueblo, y haber hecho de la historia de la literatura una parte viva de la historia popular. Es su mérito inmortal haber comunicado á su nacion en aquellos dias sombríos las doctrinas eternas de la historia desde el punto de vista de la más augusta moralidad, del amor más ardiente al pueblo, del anhelo más enérgico de la libertad; y de las palabras del ilustre autor de la *Historia del siglo XVIII* y de la *Historia Universal para el pueblo aleman*, brota aún hoy un aliento vivo. Su ciudad natal se propone erigir un monumento en honor de hijo tan preclaro.

Me complazco, Sr. Director y amigo mio, en concluir esta carta con mi parabien por los elogios que la prensa alemana y especialmente el *Almacen para la literatura del extranjero*, tributa á su acreditada *REVISTA* por el primer año de su gloriosa campaña en pró de la luz y de la cultura.

Mande Vd. á su afectísimo

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 8 de Diciembre de 1876.

CORRESPONDENCIA DE PARIS

Paris Diciembre de 1876.

MM. Erckmann y Chatrian son dos honrados alsacianos que andan muy cerca de los cincuenta años y dos amigos de la infancia que fueron un tiempo condiscípulos en el colegio de Phalsburgo. Acostumbrados estaban á vivir, á observar, á pasear juntos y un día se pusieron á escribir asociados. Empezó su reputacion allá por el año de 1860, y desde entónces no ha cesado de aumentar un solo instante.

Tiene su literatura un sabor muy particular y característico. No á todos gustan sus libros. Ocupan estos autores entre nuestros novelistas contemporáneos especialísimo lugar. Nuestra literatura, la del segundo imperio sobre todo, es en cierto modo exclusivamente parisiense y cura muy poco del resto de la Francia. Sólo conoce y pinta la gran ciudad, y aún en ésta no estudia las costumbres de las familias de la clase media, más numerosas, gracias al cielo, que las cree la generalidad. Aplícase á los caracteres y las pasiones de un pequeño grupo especialísimo, al mundo de los artistas, teatros, banca, extranjeros ricos, sobre todo al de las damiselas, pequeñas y grandes, que se ven todas las tardes en el Bosque de Boloña, y que se pueden ver todas las noches en el proscenio de los teatros. Digámoslo de una vez; esta literatura es sobre todo la del vicio, y ha contribuido no poco á la reputacion de inmoralidad de que goza Francia en el mundo.

No son, por el contrario, MM. Erckmann y Chatrian, parisienses en modo alguno. Se han encerrado en la provincia de Alsacia, que era su patria; han tomado de sus montañas y de sus valles los paisajes que encierran, como han sacado de allí todos sus personajes y han tratado de expresar la poesía de esa existencia dulce y tranquila, no de otra suerte que Jorge Sand expresó la poesía de nuestras provincias del centro. No hay en sus libros jóvenes corrompidas, ni adulterios, ni especulaciones audaces. Nos hallamos, al leerlos, en medio de buenas gentes que trabajan con honradez, y entre las cuales, cuando se ama, se ama con buen fin. No se encuentran en esas obras cuadros de pasion con las violencias y la depravacion que aseguran el éxito de otras; pero se respira un aire sano, el de la naturaleza; y si las personas de costumbres refinadas no dan con lo que buscan, es lo cierto que tales libros se han hecho

para agradar á los corazones sencillos y á los espíritus rectos. Estos autores han intitulado á sus libros *Novelas populares*, y ellas merecen sin duda este nombre.

Tambien los han llamado *Novelas nacionales*, y este segundo título no es ménos merecido que el primero. Ocupa en ellas efectivamente un importante lugar el sentimiento patriótico, y no olvidemos que la Lorena y la Alsacia—que la infausta guerra de 1870 ha arrancado á Francia—eran, entre todas nuestras provincias, precisamente aquellas en que con más energía se ostentaba el patriotismo. Habian sido siempre las primeras en llevar la guerra al territorio de nuestros enemigos y en sufrir los efectos de las invasiones.

Erckmann y Chatrian han cantado nuestras victorias así como nuestros desastres; nuestras victorias republicanas en *Madame Therese*, por ejemplo; nuestras derrotas y desastres cuando finalizaba el imperio, en el *Conscrit de 1813*, en *Waterloo, l'Invasion* y otras novelas. La idea que sobre todo les inspiraba era el horror á la guerra, á las de conquista, que son tan odiosas como santas las defensivas, y que son seguidas de muy cerca por los reveses, y en que espian muy pronto los pueblos así su ambicion como el mal que causan á los demas. Sin duda adivináis que esta campaña literaria agradaba muy poco al segundo imperio, que soñaba reproducir con otro Napoleon la política conquistadora del primer imperio. Por lo demas, los autores á quienes nos referimos no se limitaban á deshacer en lo pasado la leyenda napoleónica, esa leyenda que tanto daño ha causado á nuestra patria; no dejaban tampoco de combatir al mismo Napoleon III cuando se les presentaba la ocasion, y uno de su más bellos libros fué *Le Plebiscite raconté par un des 7.500.000 oui*, dedicado á hacer entender á todos los aldeanos el riesgo que corre un país cuando se entrega voluntariamente á las manos de un hombre.

Ya os he contado brevemente estos hechos en mi última carta para explicaros las iras del partido bonapartista, cuando supo que el *Teatro Francés* acababa de admitir una obra en tres actos, de MM. Erckmann y Chatrian, sacada de una de sus novelas, y titulada *L'ami Fritz*. Al punto organizóse una cábala en todos los diarios de dicho partido, y á la cabeza de los cuales púsose *Le Figaro*. Esperábase al principio que la misma *Comedie française* rechazaría la obra ó conseguir que fuese prohibida por la censura. No habiéndose logrado estas ruindades, intentóse prevenir en contra la opinion con objeto de que el público fuese á silbar la obra sin verla, haciendo imposible la representacion. Esta segunda campaña no ha sido más afortunada que la primera. *L'ami Fritz* se ha representado dos semanas há, y ha sido escuchada con gusto y aplaudida con entusiasmo, logrando tan sólo los enemigos de los autores que el éxito obtenido por éstos sea más brillante.

Fuerza es confesar que la ocasion no pudo estar peor elegida para organizar una manifestacion política. *L'ami Fritz* no tiene cosa alguna de carácter político. Es la historia de un excelente muchacho, dotado de buen corazon al par que de buen estómago, que llega á los veinticinco años sin casarse y con la firme resolucion de no hacerlo nunca, que es rico y hace el bien cuando puede, y que funda su alegría en tener buenos amigos, viviendo holgadamente en compañía de éstos. Mas no habia previsto, en su agradable filosofía, que algun dia habria de dar con una bella jóven de diez y siete años, hija de uno de sus arrendatarios, criatura ingénuo y buena, de azules ojos y rubios cabellos ni que se enamoraria de ella tan fácilmente como ella de él. Llegó, sin embargo, ese momento, y

á despecho de su epicúrea filosofía, se casa al fin el amigo Fritz, y hace por cierto muy bien.

Tal es el asunto. No hay en esta obra complicados incidentes ni hábiles peripecias. Hay en los tres actos de que consta más diálogos que accion, y con algun esfuerzo se hubieran podido reducir á uno solo. Mas son tan agradables y están tan bien elegidos los cuadros que se suceden, son tan verdaderos y están con tanto arte dibujados los personajes sin salir de la realidad, se siente, por último, el espectador tan profundamente conmovido, y se experimenta un placer tan grande en estarlo, por tan honrados y sinceros sentimientos, que no se ha necesitado más para asegurar á la produccion de que hablamos uno de los más lisonjeros éxitos de la temporada. Sobre todo el segundo acto, aquel en que nace el amor al mismo tiempo en el corazon de Fritz y de la bella Suzet, su arrendataria, es encantador todo él. Viértense lágrimas sinceras y que no se arrancan por medio de dramáticos recursos. Esperiméntase en ese acto una emocion de las más espontáneas.

Preciso es decir que la obra está admirablemente ejecutada con la igualdad y perfeccion que sólo se encuentran en la *Comédie française*. Los más insignificantes papeles están confiados á excelentes actores. Dos, sobre todo, son sobresalientes. Mlle. Rechemberg en primer lugar, que representa á Suzet: imposible es imaginar más candor, más castidad, un amor más inocente y una gracia más virginal. No creo que esta ya ilustre actriz haya encontrado nunca un papel más apropiado á sus dotes. El otro actor, no ménos notable, es Got, nuestro cómico ilustre, que desempeña el papel episódico de viejo rabino, lleno de ingenuidad y cuya suprema dicha consiste en reunir los buenos mozos y las jóvenes apuestas, casarlos y ver realizado el bíblico precepto: *creced y multiplicaos*. Este personaje es, como habreis comprendido ya, el que sin darlo á entender dirige toda la obra. Got es de piés á cabeza el viejo rabino. El traje, los gestos, la voz, todo está perfectamente amoldado. No sé si hay para el espíritu un placer más grande que ver de esta suerte vivir en la escena, en carne y hueso, á un personaje creado por la imaginacion humana. Olvídase entónces al arte mismo para no pensar más que en la naturaleza, ante la cual parécenos que estamos.

El *Théâtre Français* ha hecho por su parte todo lo que de él dependia para asegurar el éxito de la obra. Esta ha sido puesta en escena brillantemente, aunque sin ostentacion. La decoracion del segundo acto es de un gusto exquisito. Ni los trajes, ni los accesorios han sido descuidados, y sin embargo nada distrae la atencion del interés principal. Así es que cuando cayó el telon y volvió luego á levantarse para que se adelantara Got el decano y dijera, segun es costumbre, los nombres de los autores, os suplico que me otorgueis entero crédito al deciros que resonaron muy nutridos aplausos. Aquellos espectadores que habian ido con el propósito de silbar comprendieron tan perfectamente que el juego estaba perdido para ellos, que renunciaron á su manifestacion. ¡Uno solo tuvo el valor de silbar! Entónces fué cuando dijo Got sin variar lo más mínimo la fórmula sacramental: «Señores: la obra que hemos tenido el honor de representar...» limitándose á acentuar la palabra *honor*, de tal modo, que la concurrencia prorumpió al punto en *bravos*. Este fué el único incidente de la representacion. Con razon acentuó Got la palabra *honor*: en efecto, un éxito como éste, obtenido exclusivamente por medio de la apelacion á los sentimientos más nobles, es de aquellos que honran á un teatro. Con *L'ami*

Fritz y Rome vaincue tiene asegurados para largo tiempo pingües rendimientos. No descansa, sin embargo, y ya han empezado los ensayos de *Jean D'acier*, drama en cinco actos y en verso de un poeta de veintidos años que se llama M. Lomon. Esta obra ha sido muy elogiada antes de darse á la escena y ha sido escrita en tiempo de nuestra revolucion. Probablemente tendré que hablaros de ella en mi próxima carta.

M. Alexandre Dumas, que sabe arreglar hábilmente las obras dramáticas, complácese en tomar por su cuenta las que un principiante ó un extranjero le lleva, y las dispone convenientemente para la escena francesa. El año pasado dió en *Les Danichef* una excelente prueba de su talento para esta clase de trabajos, y acaba de hacer en el *Gymnase* una tentativa del mismo género con la obra que se titula *La Comtesse Romani*. Aunque no tan grande, ha sido honroso el éxito de esta produccion. La condesa Romani es una comedianta á quien un gran señor florentino ha cometido la torpeza de hacer su esposa por amor, y la cual sólo ama en el fondo, á su arte. Empieza ella por engañarle, y acaba por volver á las tablas, despues de reducirle á la ruina, y si de resultas no muere el marido, no es por culpa suya, pues se asesta una cuchillada, impulsado por la desesperacion que le domina. Conclusion: no caseis con comediantas; estas tienen de costumbre aparentar sentimientos sin abrugarlos, y en la vida están continuamente en escena, engañando á todos y á sí propias en primer término.

La *Opera* acaba de reanudar las representaciones de *Roberto el Diablo*, las cuales equivalen casi á un estreno. Los trajes y deceraciones son admirables. Madame Krausse y Madame Carvalho cantan con su arte y estilo de siempre. No es *Roberto el Diablo* la ópera de Meyerbeer que más estiman los músicos; pero es una de las que gustan más al público francés; y es que la imitacion italiana, tan preciosa para la unidad musical de la obra, agrada á nuestros oídos latinos.

La *Opera cómica*, cuya mala suerte parece que se va desde que se ha encargado M. Carvalho de su direccion, acaba de dar nuevamente á la escena con el más lisonjero éxito *Lalla-Roueh*, del noble artista á quien perdió la Francia há dos meses, de Feliciano David. Imposible de imaginar es cosa más delicada, ni más amorosa música, ni de inspiracion más verdadera, y en que el estudio se advierta ménos. Ha habido más completos y potentes músicos: no le hay ni más original ni más sincero. ¿Se ha tocado por ventura alguna vez en Madrid el *Desierto* del mismo autor, oda sinfónica en que intervienen coros, solos y recitados? Esta es la obra que dió á conocer á Feliciano David, hará cosa de treinta y cinco años. Trajo esa sinfonía de un viaje á Oriente, emprendido despues de su paso por la escuela sansimoniana. El estreno de esta creacion musical, fué un verdadero acontecimiento. Dos conciertos populares han tocado al mismo tiempo esta sinfonía el domingo pasado en medio de los aplausos, y no cabe duda que obtendria en España el mismo éxito que en Francia.

No dejemos la música sin que os hable de *Pablo y Virginia*, de M. Victor Massé, obra representada en el *Théâtre Lyrique*. Tiempo há que una ópera no habia obtenido en Paris un éxito como el de ésta á que me refiero. Al ir ahora al despacho del *Théâtre Lyrique* para tomar un palco se os ofrecen localidades para fin de Enero ó para los primeros dias de Febrero. Hasta entónces no habrá billetes. Yo no creo que en el fondo valga por ventura la música de *Paul et Virginie* tanto como la del *Fausto*, de M. Gounod, por

ejemplo; no creo que tenga ni su perfeccion en la armonía ni su frescura de sentimiento. Mas no puede negarse que es fácil, agradable de oír y áun á las veces de dulce inspiracion. Es esa ópera debida á un hombre que ha alcanzado ya la madurez de su talento y que no desconoce ninguno de los recursos de su arte.

El asunto de *Paul et Virginie* debe ser en España casi tan popular como en Francia. Sólo le han añadido los autores del libreto lo que habian menester para una obra dramática en tres actos. El escenógrafo ha hecho por su parte maravillas. Debo decir tambien que *Paul et Virginie* ha sido muy bien cantada. Apláudese á una encantadora principianta, Mlle. Cecile Ritter, hermana del pianista de este nombre y que apenas cuenta diez y siete años, á la vez que al tenor Capoul á quien conoce Europa desde cinco ó seis años há, y al cual Paris no le ha regateado hoy dia más que ántes sus aplausos. Los hombres son severos de buena gana para con él: mas tiene á su favor la generalidad de las mujeres. ¿No es esto lo principal en el teatro? Confieso que por mi parte prefiero á él en esta ópera *Paul et Virginie* á otro cantante, un barítono que figuraba ántes en la compañía de la *Opera cómica* y que se llama Bouhy. No me extrañaria que en algunos años adquiriese este cantante, por su estilo y la belleza de su voz, reputacion igual á la que disfruta Faure hoy dia.

Y hablemos ahora de libros. No es lo que más florece actualmente la literatura séria. Los meses de Noviembre, Diciembre y Enero no son favorables á la produccion de obras importantes: harto lo saben los editores. La literatura que prospera en estos momentos es de un género muy especial: lo que llamamos literatura de aguinaldos. Aproxímase el dia de año nuevo y con este el momento de hacer regalos: grave y temible momento para todos los que han visto trascurrir en esta vida cierto número de años y han pasado de aquella parte de la sociedad que recibe los regalos á la que los hace. Puede decirse sin escrúpulo que há un mes no se vive más que en espectacion del dia de año nuevo, y áun durante algunos el mal no hará otra cosa que aumentar y agravarse. Lo conocéis segun creo, en España lo mismo que nosotros. Verdad que es una gran alegría ver con cuánto entusiasmo los niños y los jóvenes acogen los regalos que les destinan. El placer de procurarles algunas horas de felicidad vale sin duda la pena de aligerar un tanto la bolsa.

Todos los almacenes tienen en este momento sus escaparates llenos de objetos de lujo ó de utilidad, expuestos al público los unos al lado de los otros para solicitar al transeunte; los hay para todas las edades, para todos los sexos, gustos y bolsillos. No puede *uno* pasearse sino en medio de las tentaciones, no se encuentra más que á gentes que van á compras ó que vienen de hacerlas, y cargados con algun pequeño paquete. Nuestros *boulevards* están cubiertos de puestos en los que abunda toda clase de juguetes: es una fisonomía de Paris, muy animada, y del todo particular. Muchos millares de obreros trabajan todo el año para estas pocas semanas.

Los libros ocupan un gran lugar aquí entre los regalos de aguinaldo. No son, ya lo presumireis por el gran número de los que han de recibirlas, obras muy graves: muchas veces no son siquiera libros nuevos. Bueno es, para encontrar muchos compradores, que un libro de año nuevo tenga su reputacion hecha y pueda ser ofrecido con sólo el título; pero lo que importa más que todo es que sea un libro hermoso, bien impreso, con buen papel y grandes márgenes, y que esté vestido con bella encuadernacion. ¡Casi es de

tanta importancia en el día de hoy que esté ilustrado! Preciso es que el arte del grabado venga en ayuda de la literatura, y un libro sin estampas tiene, en esta ocasion, pocas probabilidades de encontrar compradores.

En estos últimos años se ha hecho una verdadera revolucion en este arte ó en esta industria de los libros para aguinaldo. Láminas y texto eran en otro tiempo todavía bastante medianos por lo comun, y lo que más nos faltaba eran libros que ofrecer á la juventud, que no fueran insignificantes en absoluto. Tres ó cuatro grandes editores de Paris se han puesto, de una docena de años á esta parte, á disputarse el primer lugar en este género de publicaciones, y aquí, como en todas partes, la concurrencia ha producido sus dichos efectos. Es menester citar especialmente á la casa Didot, á la de Hetzel y á la de Hachette.

La casa Fermin Didot guarda en ésta, como en todas las cosas en que quiere ocuparse, el primer puesto. Desdeña los negocios pequeños, y únicamente publica aquellas obras que puedan dar honra á la imprenta francesa. Son aguinaldos soberbios, pero caros, adornados de grabados espléndidos, en los que nada se ha economizado para llevar la obra á su más alto grado de perfeccion: los artistas á quienes se les encarga, figuran entre los más ilustres. Sería verdaderamente lástima entregar tales regalos á niños ó adolescentes. Hay que reservarlos para las gentes cuyo gusto está formado, capaces de apreciar todo lo que valen.

La casa Hetzel trabaja, sobre todo, para la infancia. Tiene para ésta, desde los *bébés* de tres ó cuatro años hasta los niños de doce á trece, colecciones de libros y libritos ilustrados, que son el contento de sus jóvenes lectores. Allí es donde se venden los *Viajes extraordinarios* de Julio Verne, en los que tanto se puede aprender divirtiéndose, los volúmenes de Juan Masé y los libritos de P. J. Stahl; pseudónimo, como sabeis, que oculta el nombre del mismo dueño de la casa, el editor Hetzel. No acertaria á decirnos el bien que en estos últimos tiempos han hecho dichos libros en la educacion de nuestra juventud. En ellos toma ésta el gusto á la lectura, sin darse cuenta siquiera, y las estampas, que siempre abundan, excitan desde temprano en los espíritus la aficion al dibujo y á las curiosidades artísticas. Muchas veces, hojeando las colecciones, siente uno no poder volver á la infancia para comenzar de nuevo su educacion. ¡Parece que habia uno de aprender tantas cosas que ¡ay! no sabrá uno nunca!

La librería Hachette se ocupa más con la adolescencia. Tiene dos especialidades principales: los libros de viajes, sin hablar de la publicacion regular de *La vuelta al mundo*, y los libros de vulgarizacion científica. Hace trabajar á una legion de sábios, de profesores encargados de explicar las maravillas de la ciencia y de la industria. Uno hace conocer las grandes fábricas de Francia; otro expone los secretos de la fabricacion del vidrio, del hierro, del acero; estotro hará comprender lo que es la electricidad y los aparatos en que se la ha utilizado; esotro describirá el cielo y los mundos. La geología, la botánica, la historia natural son las que revelan en otra parte sus secretos. No hay en ninguna parte una serie de regalos, tan propios para los colegiales ó para las muchachas que no sean frívolas. Los que ya no son niños encuentran tambien lo que les conviene en la librería Hachette. Para ellos se publican todos los años magníficas obras, hechas para adornar una biblioteca ó para decorar la mesa de una sala. Sin duda se conoce en España el soberbio *Don Quijote* publicado hace ya algunos años. No mencionaré entre

los libros de este año, otros que *La chanson du vieux marin* de Coleridge, ilustrado igualmente por Gustavo Doré; *Le Voyage au tour du monde*, del baron de Hübner; *L'histoire du mobilier*, de Jacquemart. En medio de tantas cosas, el comprador no corre más riesgo que el del *embarras du choix*.

Entre tantos aguinaldos el país ha tenido los suyos. Conocéis hace ya algunos días la caída del ministerio Dufaure y el advenimiento del de Jules Simon, á quien presumo yo que es innecesario presentar al público español. Tan conocido le es por su importancia política y su talento oratorio como por la fama de sus libros. El advenimiento al poder de M. Jules Simon es una prueba más del papel que desempeñan en nuestra sociedad moderna las letras y la inteligencia. Pobre hijo de una familia de Bretaña, que con grandes trabajos llegó á concluir sus clases, luego discípulo de la Escuela normal superior, M. Jules Simon, gracias á su elocuencia y al mérito de sus obras filosóficas, llegaba muy pronto á las más altas posiciones de la enseñanza superior. En la Sorbona suplía á M. Victor Cousin. Allí fué donde los electores en 1848 le escogieron para hacerle miembro de la Asamblea Constituyente. En 1851, en el momento del golpe de Estado, protestaba en la cátedra de la Sorbona contra la violacion de la ley y era destituido. Entónces, durante algunos años, aparecieron en sucesion esos libros notables: *El deber*, *La religion natural*, *La libertad de conciencia*, *La Escuela*, *La obrera*. En 1863 los electores de Paris le enviaban al Cuerpo legislativo. Allí se distinguió al lado de M. Jules Favre, de M. Ernest Picard, más tarde de M. Gambetta. El 4 de Setiembre le hizo miembro del Gobierno de la defensa nacional y continuó siendo, bajo la presidencia de M. Thiers, el ministro influyente de Instruccion pública. Héle ahora hecho el jefe del gabinete del mariscal Mac-Mahon. Hoy por vez primera se confia la direccion de la cosa pública á un republicano de la víspera. Es lícito pensar que este acuerdo entre el Gobierno, la mayoría de la Asamblea y la opinion pública, tendrá para nuestro país felices consecuencias. Los republicanos tienen hoy más que nunca el deber de ser prudentes y moderados, porque teniendo el poder en sus manos, no podrian echar la culpa á otros de su mal éxito. La desgracia de M. Jules Simon consiste en que dentro de su propio partido encuentra ménos simpatía por su persona que admiracion por su talento. Tiene muchos enemigos que se los debe, más que á otra cosa, á sí mismo. Bueno es, sin embargo, hacer justicia á su habilidad, que es grande, y es verosímil que todo el mundo comprenderá, lo mismo los enemigos que los amigos, que su eleccion es la mejor actualmente, y aún la única posible en interés del partido republicano. Si no sobreviene algun incidente enfadoso, este Ministerio es de aquellos que pueden durar muchos años y nada seria más de desear en favor tanto de nuestras nuevas instituciones cuanto de la paz y de la prosperidad del país.

CHARLES BIGOT.

REVISTA CRÍTICA.

Todavía continúa el Ateneo discutiendo acerca de la Constitución inglesa, ó mejor dicho, ventilando multitud de cuestiones que nada tienen que ver con ella. El debate se ha extraviado lastimosamente, sin que logre ni intente encauzarlo ninguno de los oradores que en él toman parte. Llevada la cuestión al candente terreno de la política, agriados los ánimos y exacerbadas las pasiones, surgen del debate incidentes lamentables que no queremos recordar, extraviáse la cuestión, y lo que comenzó con tanta elevación, ciencia y templanza, va terminando con muy distinto carácter.

No cabe pequeña responsabilidad, en este sesgo que la discusión ha tomado, al Sr. Moreno Nieto. Ciertamente que el Sr. Sanchez había comenzado á extraviarla; pero él, que anunció que iba á restablecer los términos del debate, nada ha hecho de lo que prometía; ántes al contrario, renovando con ligeras variantes el discurso que pronunció el año pasado acerca de los partidos políticos, ni se ha ocupado de la Constitución inglesa ni ha hecho otra cosa que mostrar los inconvenientes de la monarquía doctrinaria y del gobierno republicano, y encarecer las excelencias de lo que él llama monarquía constitucional ó parlamentaria.

De las opiniones que el Sr. Moreno Nieto ha manifestado en este punto nada podemos decir por motivos que fácilmente adivinarán nuestros lectores. Limitémonos á indicar que el Sr. Moreno Nieto estuvo exacto, imparcial y severo al ocuparse de la monarquía doctrinaria ó ecléctica, y condenó con razón, aunque exajerando no pocas veces, los graves errores de la democracia radical francesa; pero en cambio no manifestó igual espíritu de justicia ni análoga fuerza de razonamientos al combatir á la democracia conservadora, que en suma se diferencia bien poco del constitucionalismo ámpliamente liberal que defendió el Sr. Moreno Nieto. Salvo la cuestión religiosa, no hay demócrata sensato que no se diera por muy contento con que se llevaran á la práctica las ideas que en este punto desenvolvió el presidente del Ateneo.

Por lo demas, el Sr. Moreno Nieto, arrebatado por su elocuencia, y olvidando que ciertas instituciones están puestas fuera de discusion por las leyes vigentes, se permitió dirigir á los demócratas ciertos retos y á exigirles ciertas declaraciones, con notoria inoportunidad. El Sr. Moreno Nieto sabe muy bien que ni es posible contestar a los primeros ni hacer las segundas, y en su buen talento debió comprender que su conducta en aquel momento tenia mucho de improcedente y desacertada.

Terminados los tres discursos, ó mejor dicho, el curso de derecho público del Sr. Moreno Nieto, han terciado de nuevo en el debate los Sres. Figuerola y Sanchez, contestando el primero al Sr. Moreno Nieto con razones poderosas, pero con excesiva dureza; extraviando de nuevo el debate el segundo, segun su costumbre, y mostrando una vez más su gracejo, su habilidad como polemista y juntamente su tendencia á empequeñecer las cuestiones, perdiéndose en detalles de escasa importancia y malgastando su claro talento en fútiles argucias.

En tal estado se encuentra el debate y ninguna esperanza tenemos de que vuelva á recobrar el carácter elevado con que se inició. Bien es verdad que para ello fuera necesario que en las dos grandes escuelas que en el Ateneo se disputan el campo dominara ménos la pasion política y hubiera en cambio aquella serenidad, templanza y circunspeccion que rara vez ofrece en sus polémicas esta raza latina, á quien parece que ha negado el cielo el don de la prudencia.

La seccion de literatura del Ateneo ha suspendido sus trabajos para reanudarlos en breve. Parece que la poesia religiosa será el tema que ahora discuta y que de exponerlo está encargado el señor Sanchez Moguel, de cuya erudicion se espera mucho y no sin fundamento.

*
* *

Varios libros nuevos solicitan nuestra atencion en estos instantes. Entre ellos merece mencionarse el *Ensayo histórico-crítico del teatro español desde sus orígenes hasta nuestros dias*, debido á la bien cortada pluma del catedrático del Instituto de Cádiz D. Romualdo Alvarez Espino, conocido ya por algunos trabajos filosóficos. El libro que acaba de dar á la estampa es el más completo que en su género se ha publicado en España, y tanto por la abundancia de sus datos y noticias como por lo acertado de sus juicios, que acaso pecan algo de benévolos, es acreedor á la estima de los aficionados á esta clase de estudios. Algunas faltas de método y un exceso de citas de las obras que juzga, son los únicos defectos que hallamos en el libro del Sr. Espino.

En estos dias ha visto la luz pública el octavo y último tomo de la *Historia Romana* de Mommsem, traducida por el Sr. García Mo-

reno y anotada por el erudito profesor D. Francisco Fernandez y Gonzalez. Excusado es encarecer la importancia de esta obra verdaderamente clásica y el servicio prestado á la ciencia por los que la han dado á conocer entre nosotros.

Importante es tambien por varios conceptos la *Relacion del viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por Enrique Cock, notario apostólico y archero de la guardia real, y publicada de real orden por dos diligentes y laboriosos escritores, D. Antonio Rodriguez Villa y D. Alfredo Morel-Fatio. Ambos son muy conocidos por el celo infatigable con que se dedican á esclarecer la historia española con notables documentos y eruditas monografías que circulan con estimacion entre las gentes doctas. El libro que hoy publican es de gran valor histórico, como todo lo que puede contribuir á ilustrar el importante reinado de Felipe II. Los aficionados á trabajos históricos y literarios esperan con impaciencia las importantes publicaciones que preparan los Sres. Rodriguez Villa y Morel-Fatio, señaladamente la nueva edicion de *El Mágico Prodigioso*, en que el segundo se ocupa, y las monografías sobre la Princesa de los Ursinos y el Marqués de la Ensenada, en que trabaja el primero.

Y ya que de publicaciones históricas hablamos, séanos lícito deplorar que la prensa no se haya ocupado con mayor detenimiento de una obra verdaderamente monumental, publicada en reciente fecha. Tal es la *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, escrita por el Sr. D. José Amador de los Rios, uno de los literatos que más honran á España. Resultado de largos años de trabajo, esta obra, por la importancia de su asunto, por la riqueza de noticias y documentos en que abunda, por la severa imparcialidad con que está escrita, merece especialísima atencion y compite con los mejores trabajos de su autor.

Y dejando para otro número el exámen de un nuevo libro del Sr. Azcárate, titulado *El Self-government y la monarquía doctrinaria*, que aún no hemos tenido ocasion de leer y que de seguro será tan notable como todos los suyos, terminaremos esta série de noticias bibliográficas, mencionando un tomito de poesías del Sr. D. Rafael Ginard de la Rosa, que se titula *Melodías de otros climas*, inspiradas en su mayor parte por la belleza de las comarcas tropicales, en las que no faltan poéticas descripciones, nobles sentimientos y bellos conceptos, y que valdrian mucho más de lo que valen si el autor se hubiera cuidado más de la correccion y pureza de la forma.

* *
*

Los teatros no han ofrecido otras novedades que un drama del Sr. Catalina, titulado *Luchas de amor* y estrenado en el Español, y una tragedia titulada *Norma* y traducida del italiano por los señores Bonafós y Diaz Cobeña. Prescindiendo de esta obra, cuyo único mérito consiste en el esmero de la traducción, y en la que una vez más ha manifestado sus eminentes facultades la señora Civili, diremos del drama del Sr. Catalina, que nunca se revela en él el atrevido y poderoso instinto dramático que el Sr. Catalina manifestó en su anterior obra *No hay buen fin por mal camino*, y que las dotes de poeta lírico que demuestra, no pueden absolverlo del error de haberse inspirado en asunto tan poco dramático como los amores del Petrarca y de haber dado á la escena una producción tan fría, descolorida é insignificante como *Luchas de amor*.

M. DE LA REVILLA.